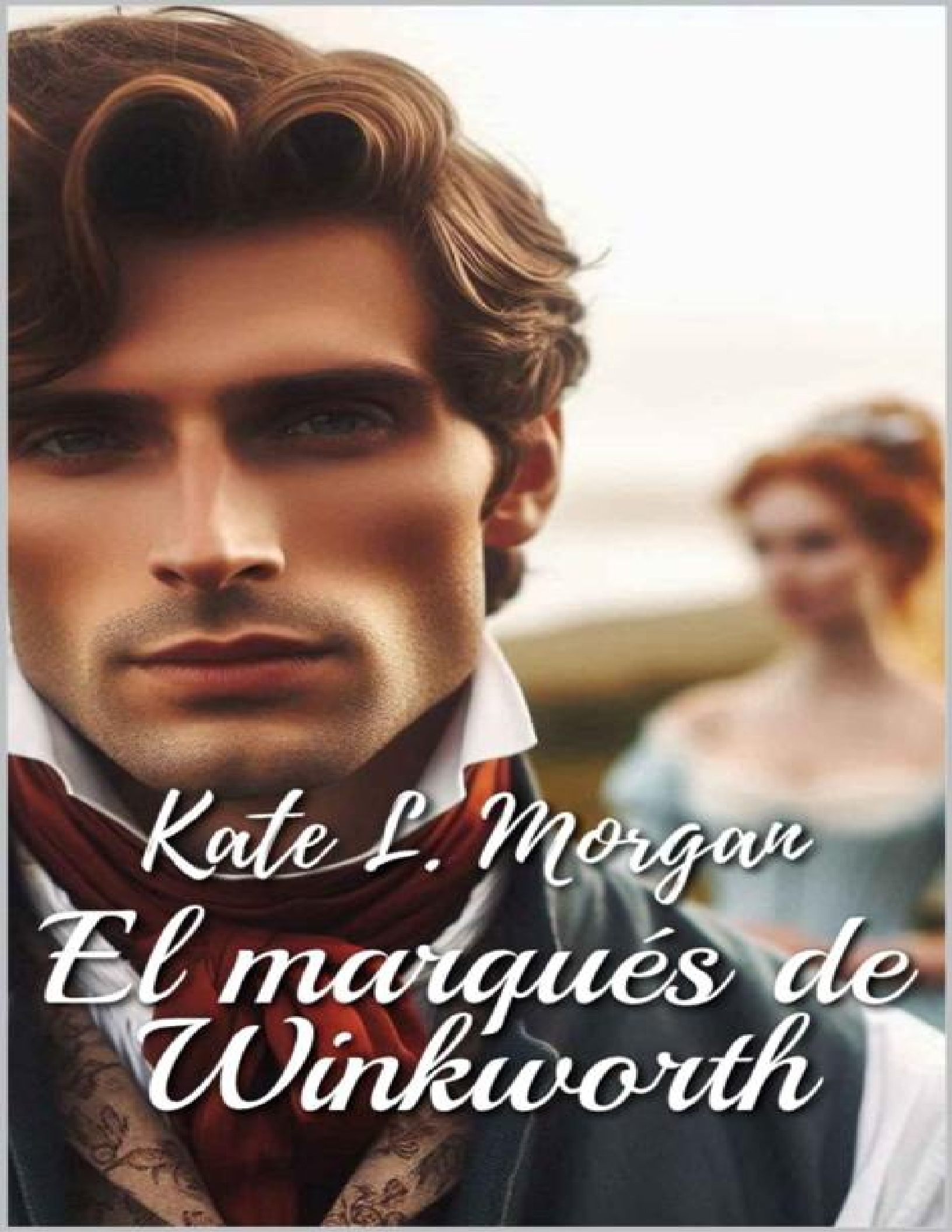




Kate L. Morgan

*El marqués de
Winkworth*

El marqués de Winkworth

Serie aristócratas 1

KATE L. MORGAN

[PRÓLOGO](#)

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[CAPÍTULO 19](#)

[CAPÍTULO 20](#)

[CAPÍTULO 21](#)

[CAPÍTULO 22](#)

[CAPÍTULO 23](#)

[CAPÍTULO 24](#)

[CAPÍTULO 25](#)

[CAPÍTULO 26](#)

PRÓLOGO

St Giles-without-Cripplegate, Barbican, Londres

En la iglesia de St Giles-without-Cripplegate, la luz de la mañana se filtraba a través de las vidrieras, proyectando un caleidoscopio de colores sobre los antiguos muros de piedra. Los rayos solares se filtraban a través de los vitrales, dibujando en el suelo vibrantes mosaicos que danzaban al ritmo de las sombras.

Frente al ataúd abierto, dos amigos se turnaban para pronunciar unas palabras. El primero, Leif, un joven de cabellos rizados y mirada pícaro, avanzó hacia el féretro e hizo una reverencia exagerada.

—Amigo mío, Wolf —comenzó Leif, tratando de mantener una voz solemne—. Hoy te despedimos no con alegría, sino con tristeza, porque mañana te casarás y dejarás de ser el soltero más codiciado de la tempora. Has sido un compañero leal en nuestras aventuras, un hermano en nuestras travesuras. ¡Cuántas noches pasamos planificando nuestras correrías! Pero ahora te enterramos simbólicamente, pues pronto serás un hombre de familia, encadenado por tu linaje.

El segundo amigo, Cassian, alto y de semblante serio, pero con un brillo burlón en los ojos, se acercó al ataúd y continuó:

—Wolf, te conocimos como un alma libre, un espíritu indomable. Y aunque hoy te despedimos, sabemos que tu próxima aventura será la más grande de todas. Te deseamos felicidad, sabiduría y, sobre todo, paciencia. Que este «entierro» sea el último de tus días de soltero. Y que tu nueva vida esté llena de las mismas risas y momentos que hemos compartido hasta ahora.

Desde la parte trasera de la iglesia, una anciana gitana observaba la escena con tristeza. Creía que estaba presenciando la despedida de dos amigos por la muerte de un tercero. Las lágrimas asomaban en sus ojos, conmovida por la aparente tristeza del momento.

La anciana, envuelta en un chal descolorido y arrugado que revelaba historias de una vida llena de desafíos, sentía en lo más profundo de su ser el peso de la ceremonia. Para ella, la muerte no era solo el final, sino una transición sagrada hacia otro reino donde las almas encontrarían paz y descanso. Su fe, forjada a lo largo de los años con hilos de esperanza y resignación, le indicaba que cada despedida era un acto solemne, cargado de significado y reverencia.

El olor de los cirios encendidos y el incienso en el aire le recordaban los rituales de su propio pueblo, donde se honraba la muerte con danzas y cantos, y el alma del difunto era guiada con amor y respeto hacia el más allá. La mezcla de cera derretida y perfume ahumado la transportaba a tiempos pasados, a noches bajo el cielo estrellado, donde las llamas de las hogueras brillaban en los ojos de los presentes, reflejando su devoción y fe en lo eterno.

Observaba a los dos jóvenes junto al ataúd y su corazón se llenaba de compasión. Aunque no podía escuchar todas sus palabras con claridad, estas parecían cargadas de amor y dolor. La anciana, que había vivido marcada por pérdidas y despedidas, comprendía el sagrado deber de decir adiós y acompañar al ser querido en su último viaje. Para ella, este acto era el testimonio más puro y profundo de la humanidad, un reflejo de la conexión entre las almas que trasciende el tiempo y el espacio.

Sin embargo, de repente, su conmoción se transformó en sorpresa cuando el supuesto difunto, Wolf, se incorporó de un salto del ataúd, sacudiendo las flores que lo cubrían y exclamó:

—¡Ya basta, muchachos! Estoy cansado de estar acostado aquí. ¿Están satisfechos con la

broma?

La anciana gitana, sorprendida y luego profundamente ofendida por la burla que acababa de presenciar, sintió cómo su compasión se convertía en indignación. Alzó una mano temblorosa y lanzó una maldición:

—Por burlarse de la muerte y del amor, los tres sufrirán antes de encontrar su verdadero destino. No conocerán la paz ni el amor verdadero hasta que cada uno de ustedes haya aprendido la verdadera esencia del compromiso y la devoción.

Los tres amigos se miraron entre sí, y la sonrisa se les borró de los rostros mientras la anciana gitana salía de la iglesia. A partir de ese día, las vidas de Leif Haywood, futuro duque de Silbury; Wolf Lancaster, futuro marqués de Winkworth, y Cassian Kenric, futuro conde de Thursley, cambiarían para siempre. La maldición de la anciana gitana resonaría en sus corazones y mentes, obligándolos a enfrentarse a desafíos y penurias inimaginables en su búsqueda del amor auténtico.

CAPÍTULO 1

Castillo de Windsor, condado de Berkshire

La dama, esbelta y elegantemente vestida, esperaba de pie la llegada de la reina. Se masajeaba las manos, visiblemente nerviosa, sintiendo cómo el peso de la situación se hacía cada vez más insoportable. Cada tic-tac del reloj de pie resonaba en sus oídos, acentuando la tensión en el ambiente. No podía evitar que su mente volviera una y otra vez al malentendido que la había llevado a ese punto.

El nerviosismo de Lady Brenna no solo nacía del inminente encuentro con la soberana, sino también de la preocupación por las repercusiones que todo el asunto tendría sobre su anciana madre, Lady Agatha Collins, quien siempre había sido una figura de dignidad y respeto en la alta sociedad. Sin embargo, su salud se había deteriorado en los últimos años y cualquier escándalo podría afectarla gravemente.

Brenna se preguntaba cómo soportaría su madre el hecho de que su hija, la dama de honor favorita de la reina Victoria, estuviera implicada en un escándalo tan bochornoso. La anciana siempre había soñado con ver a Brenna feliz y respetada en la corte, y ahora ese sueño parecía desmoronarse.

«¿Cómo pude ser tan estúpida?», se recriminó a sí misma.

Ella era una de las damas más apreciadas. Su belleza y su gracia, combinadas con un espíritu independiente y un agudo intelecto, la habían convertido en la favorita de la soberana. Sin embargo, su deseo de permanecer soltera y alejada de los constantes cotilleos de la corte la habían mantenido en una delicada balanza. Nunca podría haber imaginado que un acto de inocente confianza la colocaría en una situación tan precaria.

«Cuando descubra quién me tendió la trampa...», no podía continuar con ese pensamiento porque siempre llegaba a un punto muerto.

Todo había comenzado durante un baile de máscaras en el castillo de Windsor, donde la nobleza y los dignatarios extranjeros se mezclaban bajo la opulenta luz de candelabros dorados. Lady Brenna, con su disfraz de doncella medieval, había sido abordada por un noble que le susurró al oído que quería que le ayudara a entregar una carta de amor. La petición parecía inofensiva y, sin pensarlo demasiado, Brenna accedió. Más tarde, descubrió que la carta contenía información altamente confidencial que involucraba una conspiración política contra la reina.

«Me encerrarán en la Torre y me cortarán la cabeza», pensó Brenna, cada vez más nerviosa.

La noticia de la conspiración se extendió por el castillo como la pólvora encendida. Los sospechosos fueron arrestados rápidamente, pero el nombre de Lady Brenna Collins salió a la luz durante los interrogatorios. Aunque su participación había sido completamente involuntaria, el daño ya estaba hecho. La reina Victoria, conocida por su rigidez y su estricta moralidad, quedó profundamente disgustada con ella.

Mientras seguía masajeándose las manos, la puerta se abrió lentamente y la figura imponente de la reina Victoria apareció en el umbral. La soberana avanzó con la majestad que la caracterizaba, seguida de su séquito de seguridad.

La reina viuda vestía de riguroso luto. Rara vez aparecía en público y cuando lo hacía era de mala gana. Tras la muerte de su marido, Victoria abandonó Buckingham y se trasladó al castillo de Windsor. La actividad de la corte siguió llevándose a cabo en el Castillo de Windsor, y Buckingham quedó relegado a la sombra de la reina Victoria. La soberana fijó sus ojos

escrutadores en Brenna.

La joven, que estaba de pie ante ella, sentía el peso de su mirada. El silencio en la sala era abrumador, solo interrumpido por el ocasional chasquido del reloj de pie en la esquina.

—Lady Collins —comenzó la Reina con voz fría—, he recibido informes de su implicación en una conspiración política. Aunque sus acciones fueron involuntarias, su falta de juicio ha puesto en peligro la seguridad de la corona y la estabilidad de nuestro reino.

El mensaje detallaba reuniones secretas, nombres de conspiradores y sus posiciones estratégicas, así como planes precisos destinados a desestabilizar el Gobierno y socavar la autoridad de la Reina. Brenna, con la vista baja y las manos entrelazadas nerviosamente, intentó defenderse.

—Su Majestad, le aseguro que nunca tuve la intención de causar daño a la corona. No sabía lo que contenía el mensaje, erróneamente creí que se trataba de un mensaje amoroso.

—¡Silencio! —interrumpió la Reina, levantando una mano para detener cualquier justificación—. Su ingenuidad no es excusa. Ha manchado el buen nombre de su familia y ha deshonrado mi confianza. Este castillo no puede permitirse tales imprudencias.

La figura imponente de la reina dominaba la estancia. La soberana dio unos pasos hacia Brenna al mismo tiempo que la escrutaba con su mirada aguda.

—Para enmendar este desliz, he pensado que estar bajo la tutela de un matrimonio garantizará que sus acciones futuras estén bajo la supervisión de alguien más juicioso.

—¡Majestad! —exclamó Brenna, muy sorprendida.

Con los rayos de sol que atravesaban las vidrieras del palacio, el rostro de Brenna se veía todavía más pálido. Permanecía de pie junto a la ventana con la mirada perdida en pensamientos contradictorios. Sabía que pronto tendría que tomar una decisión que cambiaría el rumbo de su vida para siempre. Brenna siempre había sido una mujer de espíritu libre, con una mente aguda y un corazón lleno de sueños propios. Desde temprana edad, había demostrado una independencia inquebrantable, rechazando los límites que la sociedad intentaba imponerle. Sin embargo, su reciente desliz había puesto en riesgo esa libertad tan preciada. Un acto impulsivo de buena fe había causado un escándalo de dimensiones gigantescas. Aunque sus intenciones habían sido nobles, las consecuencias fueron graves.

—Le ordeno que se case de inmediato. Un esposo adecuado restaurará la honra de su familia y borraré esta mancha sobre su actuación.

Para Brenna, la idea de casarse no representaba simplemente la unión con otro ser humano, sino la pérdida de su identidad, la anulación de su voluntad y la subyugación de sus sueños. El matrimonio, en los términos que la reina proponía, significaba renunciar a su voz, a su autonomía y a su capacidad para actuar según sus convicciones. Significaba someterse a la tutela de alguien más, alguien que, según la reina, sería más juicioso.

Brenna se negaba a aceptar que su destino estuviese controlado por otro, que sus acciones estuviesen dictadas por la prudencia de un esposo elegido no por amor, sino por conveniencia. Ella entendía que, al ser mujer, su margen de acción era limitado, pero se negaba a creer que su única opción fuera someterse a un destino que otros habían trazado para ella.

—Majestad —comenzó Brenna—. Entiendo su preocupación sobre mi actuación anterior, pero le prometo que no se volverá a repetir una situación tan lamentable y que tanto ha perjudicado a la corona.

La reina entrecerró los ojos.

—Es una orden —recalcó muy seria—. Un esposo se encargará de que mantenga el buen juicio y la mesura en las acciones.

Brenna sintió cómo se le hundía el corazón. El matrimonio era lo último que deseaba, pero era una orden y no tenía otra opción. Desobedecer a la Reina significaría perder no solo su posición en la corte, sino también la reputación de su familia.

—Sí, Su Majestad —respondió finalmente con voz apenas un susurro. Haré lo que sea necesario para enmendar mi error.

La reina Victoria asintió con severidad.

—Bien. Tiene un mes para encontrar un esposo adecuado. No me decepcione nuevamente, lady Brenna Collins.

Así terminó la audiencia. Lady Brenna hizo una profunda reverencia antes de retirarse de la sala, mientras su mente ya comenzaba a elaborar un plan. Tendría que buscar un esposo entre los nobles de la alta sociedad, sin importar la personalidad del elegido.

«Casi habría preferido ser encerrada en la Torre», se dijo con amargura.

Lady Brenna se encontraba en sus aposentos privados, revisando una lista de posibles candidatos para ser su futuro esposo. La reina había dejado claro que debía elegir a alguien aristocrático y de buena reputación, pero Brenna no podía evitar sentir una profunda aversión hacia toda la situación. La lista, elaborada con la ayuda de su dama de compañía, incluía nombres ilustres: Lord Percival Ashford, un duque joven y apuesto, conocido por su amor por las artes y su amabilidad, pero también por su falta de interés en los asuntos serios. «¿Deberé convertirme en la madre además de en la esposa?», se preguntó apenada.

Luego estaba sir Edmund Fawkes, un caballero respetado por su inteligencia y su éxito en los negocios, aunque se decía que era extremadamente serio, carente de humor, y le triplicaba la edad. «Si lo acepto, sería como enterrarme en vida».

Leyó el nombre del vizconde Henry Radcliffe, famoso por su valentía en el ejército, pero también por su temperamento impetuoso y su tendencia a beber en exceso. «Lo último que deseo es lidiar con los vicios».

Mientras repasaba los nombres, sus dudas aumentaban. Lady Brenna Collins era conocida en la corte por su rebeldía y excentricidad, cualidades que ella consideraba virtudes, pero que en la rígida sociedad victoriana se veían como defectos. Había rechazado numerosas propuestas matrimoniales en el pasado, ya que prefería su libertad a un matrimonio sin amor. Ahora se veía obligada a elegir un esposo, sin siquiera considerar la posibilidad de enamorarse.

«Esto es más difícil de lo que imaginaba», se dijo con expresión severa.

—Milady, ¿le prendo ya las flores en el cabello? —le preguntó su doncella.

Brenna se miró en el espejo de pie y soltó un largo suspiro. El vestido elegante era demasiado serio, pero ella no pretendía dar una apariencia errónea. Tenía una misión que cumplir, y no podía dar un traspié con su apariencia. Esa noche se celebraba un gran baile en el castillo de Windsor, y Brenna sabía que sería su mejor oportunidad para observar a los candidatos y tomar una decisión.

—Ahora lamento no haber elegido las rosas —se lamentó.

—Las orquídeas son preciosas, milady, y combinan con el color de su vestido.

La doncella le prendió las orquídeas de forma cuidadosa en el elaborado recogido y las sujetó con un prendedor de oro.

—El carruaje espera, milady —le dijo la otra doncella, la que en ese momento le traía la capa y los guantes.

Brenna soltó un largo suspiro, se colocó los guantes y permitió que la doncella le abrochara el enganche de plata de la capa de terciopelo azul.

—Los cobardes nunca son recordados.

CAPÍTULO 2

El salón de baile estaba magníficamente decorado con candelabros de cristal que proyectaban luces centelleantes sobre las paredes doradas. Las damas vestían elegantes vestidos de seda y encaje, mientras que los caballeros llevaban trajes de sobria etiqueta. Brenna, con un vestido de terciopelo verde que resaltaba sus ojos esmeralda, entró en el salón con una sensación de determinación mezclada con resignación. Miró a su alrededor, buscando los rostros familiares entre la multitud.

«Casi habría preferido ser encerrada en la Torre», se repitió con amargura, mientras su mirada se encontraba con la de Lord Percival Ashford, quien le sonreía tímidamente desde el otro lado del salón. ¿Cuántas veces lo había rehuido en el pasado? No lo recordaba.

Con su fama de rebelde y excéntrica, sabía que muchos de los nobles la evitaban, temiendo que su espíritu independiente pudiera ser una fuente de escándalos futuros. Sin embargo, también había quienes la miraban con curiosidad, atraídos por su belleza, por el misterio que la rodeaba y por la asignación de quince mil libras anuales que percibía tras la muerte de su padre.

Brenna había elaborado una lista de posibles pretendientes y debía atenerse a ella.

Lord Percival fue el primero en acercarse, con una sonrisa encantadora y un cumplido sobre su vestido, pero sus conversaciones pronto revelaron su superficialidad. Sir Edmund Fawkes, por otro lado, la impresionó con su inteligencia, pero su severidad la hizo sentirse incómoda. El vizconde Henry Radcliffe, a pesar de su valentía, no pudo ocultar su temperamento y ella percibió su aliento a alcohol, algo que la desagradó por completo.

—Disculpe, lord Radcliffe, tengo que saludar a alguien.

Brenna caminó deprisa hacia una figura que estaba situada en una esquina del enorme salón. Seguía llevando la copa de vino en la mano, pero sus pasos no se detuvieron al llegar a la esquina, sino que siguió caminando en dirección a los jardines. Necesitaba tomar aire fresco y descansar de tantos cumplidos empalagosos.

«No voy a salir viva de esto», se dijo desolada.

Tenía que descartar de la lista a todos los candidatos que había analizado esa noche y preparar otra con posibles pretendientes.

«Esto es agotador», susurró al mismo tiempo que se apoyaba en la balaustrada del jardín trasero.

Había luna llena, pero apenas distinguía nada salvo los grandes maceteros de terracota. Se sentía tan frustrada que dejó la copa de vino en la balaustrada de piedra para mirarla como si el cristal tuviese la culpa de su infortunio. Aun así, agradeció el momento de intimidad porque así tenía la oportunidad de tranquilizarse y recuperar el aliento. Ahora que tenía un momento para pensar, lamentó su situación. Pero ella había sido la parte inocente en ese juego de conspiraciones políticas. Estaba furiosa porque tenía que enmendar sus acciones. Volvió a coger la copa de cristal que había quedado olvidada. Al mirar el oscuro líquido que contenía, dudó en dar un sorbo, pues no quería emborracharse. Ya había bebido bastante vino durante la cena para marearse, así que levantó la copa y lanzó su contenido al vacío.

Wolf seguía oculto bajo la balaustrada de mármol. Había escogido ese lugar porque se sentía incapaz de estar en la misma habitación que el vizconde Henry Radcliffe. Aunque su intención había sido abandonar la casa, hacerlo equivaldría a desairar a la reina, y él no actuaba así. Por ese motivo, había decidido quedarse en los jardines hasta tranquilizarse, pero detestaba a ese hombre con todas sus fuerzas porque se había convertido en el amante de su esposa y, además, era el causante del accidente de carruaje en el que ella perdió la vida. Solo el estricto control que poseía le impedía volarle la cabeza de un tiro.

A través de las cristaleras abiertas se oía la música que continuaba sonando en el gran salón de baile. También podía oír las conversaciones de algunos intrépidos invitados que alzaban la voz para hacerse oír entre el gentío que reía. Wolf dirigió de nuevo su atención hacia la mujer que mascullaba de forma ininteligible. Le pareció que estaba enfadada. Desde su posición, podía apreciar el color rubio de su cabello y su cutis dorado, el gesto de enfado de su rostro y sus hermosos ojos verdes, que le arrancaron una media sonrisa.

Él la conocía muy bien porque era la favorita de la reina. Lady Brenna Collins era la mujer más independiente y la más atractiva por su fortuna. Su nombre había surgido en varias ocasiones en las reuniones del club George's. La dama había roto el corazón de más de uno, y aunque ya no era una jovencita debutante, seguía siendo muy hermosa.

La mujer lo miró unos segundos en la dirección de la sala de baile antes de girar la cabeza hacia donde él estaba situado; era obvio que no podía verlo. Si ella hubiese bajado los ojos, se habría percatado de quién estaba entre los rosales bajo la balaustrada de piedra. Wolf observó cómo giraba la cabeza hacia las cristaleras de acceso a los salones para asegurarse de que no la veía nadie y, acto seguido, vació la copa que sostenía entre sus manos, pero con tan buen tino que el líquido cayó justo encima de su cabeza.

El líquido templado se deslizó por su cara. Wolf se sintió confuso, aunque dudaba que lo hubiese hecho a propósito porque estaba convencido de que ella no sabía que él se encontraba debajo de ella. Pero ese incidente le había dado el motivo para un acercamiento. Justo cuando Brenna se daba la vuelta para regresar a los salones, le preguntó de la forma más sonora posible:

—¿Siempre tiene tan buena puntería, milady?

Brenna se detuvo en seco, sorprendida por la voz que provenía de debajo de la balaustrada. Se inclinó ligeramente para ver de quién se trataba y sus ojos se encontraron con los de Wolf Lancaster, marqués de Winkworth.

Era el Lord Canciller del reino. Un puesto político de alta influencia, donde el marqués estaba a cargo de la administración de la justicia y los asuntos legales del reino. Este puesto le permitía estar siempre en el centro de la política, involucrado en decisiones clave sobre leyes y castigos, lo que le proporcionaba acceso a secretos y conspiraciones legales.

Ambos se miraron, evaluándose mutuamente, durante un momento.

—Disculpe, milord —dijo ella, recuperando rápidamente la compostura—. No esperaba encontrarlo escondido en los jardines.

—Créame. Ni yo esperaba una ducha improvisada a esta hora de la noche —respondió él con una mirada severa mientras salía de su escondite.

Brenna no pudo evitar sonreír ante la imagen del hombre con el rostro y el cabello empapados de vino tinto. La pulcra camisa ahora estaba rosa. El noble se limpió la cara con el pañuelo que había desatado del cuello.

—Le ofrezco mis disculpas, pues no era mi intención... —comenzó a decir, pero Wolf la

interrumpió.

—No se preocupe, lady Collins. Aunque, considerando su fama, debería haberlo esperado.

Ella levantó una ceja, resistiendo la tentación de cruzar los brazos sobre el pecho en actitud defensiva.

—¿Y cuál es esa fama, según usted, milord? —preguntó con un tono que denotaba tanto curiosidad como desafío.

Wolf dio un paso más cerca y clavó sus ojos grises en los de ella.

—La de una mujer que no sigue las reglas, que prefiere la libertad a la seguridad y que no teme decir lo que piensa, aunque eso le cueste miradas de reprobación en la corte.

Brenna inclinó la cabeza ligeramente al mismo tiempo que una sonrisa amarga asomaba a sus labios. No ignoraba la mala opinión que despertaba entre el resto de damas y caballeros de la corte.

—Y también he oído que usted es un hombre cínico, amargado por las circunstancias, que prefiere el aislamiento a la compañía y que no confía en nadie. ¿Acaso le suenan familiares esas descripciones? —lo provocó.

Wolf dejó escapar una risa seca.

—Parece que ambos somos prisioneros de nuestras reputaciones.

Brenna dio un paso hacia él, acortando la distancia.

—Quizás —dijo con suavidad—, pero no siempre somos lo que los demás piensan de nosotros. ¿No le parece, milord?

Wolf la observó con atención, percibiendo una mezcla de desafío y vulnerabilidad en sus ojos verdes.

—Tiene razón, lady Collins. Las apariencias suelen engañar.

Ella se apartó ligeramente, mirando hacia el salón de baile donde la música continuaba sonando.

—Supongo que está aquí para el mismo espectáculo que yo —dijo, desviando la conversación—. ¿También está buscando algo en este baile?

Wolf miró hacia el salón y endureció un poco su expresión.

—Digamos que estoy aquí para observar, no para participar.

Brenna asintió, comprendiendo que había una historia más profunda detrás de sus palabras.

—Bueno, observemos juntos entonces —propuso, volviendo a mirarlo—. Puede que descubramos algo interesante.

Wolf la observó con atención, sintiendo una inesperada conexión con ella. Quizás era su valentía, su disposición a enfrentarse al mundo con la cabeza alta.

—Esa invitación puede llevar a equívocos —le dijo con semblante demasiado serio.

A ella no le gustó esa acusación velada. Brenna no escondía segundas intenciones, simplemente deseaba mantener una conversación tranquila alejada del bullicio de la fiesta.

—No esperaba que fuera tan desconfiado, milord —contestó ella entrecerrando los ojos—. Ahora, si me disculpa, debo regresar al baile.

Wolf percibió en la mirada de la mujer determinación, inteligencia y un nulo sentido de la precaución. Esas cualidades lo atrajeron hacia ella como un imán.

—Muy bien, lady Collins. Acepto su propuesta. Observemos juntos el espectáculo.

Brenna se preguntaba qué podría haber motivado aquel cambio inesperado en Wolf Lancaster. El marqués de Winkworth había sido objeto de burla y escarnio por parte de la sociedad años atrás debido al desliz de su esposa con un primo de la familia. La dama había aceptado casarse con el marqués para resolver las grandes deudas de su familia, aunque su

corazón pertenecía a otro hombre.

La trágica muerte de su esposa había evitado un divorcio escandaloso, pero el noble nunca volvió a ser el mismo. El marqués se había convertido en una persona más reservada y distante, evitando los círculos sociales en los que antes solía brillar. Este cambio en su comportamiento intrigaba a Brenna, que no podía evitar sentir una mezcla de curiosidad y empatía por él.

Mientras permanecían allí, en los jardines, bajo la luz de las estrellas y escuchando el suave murmullo de la música, ambos se dieron cuenta de que, más allá de sus reputaciones, había algo que ambos trataban de ocultar.

CAPÍTULO 3

Berwent Hall, Belgrado, Londres

Cassian Langley y Leif Harcour-Blackthorn observaban a su amigo con una mezcla de incertidumbre y curiosidad. Su matrimonio había sido un completo desastre. ¿Qué clase de hombre llevaba bien ser el cornudo de moda en la alta sociedad? Aunque la repentina muerte de Lucy en un accidente había evitado que su reputación se viera más dañada y también le había evitado tomar decisiones más drásticas, como un divorcio escandaloso.

Desde entonces, Wolf se había convertido en un hombre solitario y su corazón se había cerrado a cualquier otra mujer. Sin embargo, algo había cambiado de manera inesperada en la cena ofrecida por la reina en Windsor, un cambio tan sutil como el rocío al amanecer, pero igualmente imponente. Wolf, conocido por su reluctancia a asistir a eventos sociales por miedo a cruzarse con el siniestro vizconde Henry Radcliffe, había abandonado su aislamiento para asistir a varios bailes ofrecidos por la alta aristocracia. Estaba claro que este cambio tenía algo que ver con una dama muy especial, una figura enigmática que había capturado la atención del alto círculo social y que siempre iba acompañada del marqués de Winkworth.

—¿Qué te pasa con lady Collins? —preguntó Cassian con la vista fija en el semblante serio de su amigo—.

—No me vengáis con chismes —replicó Wolf con un tono que dejaba claro que no estaba dispuesto a revelar demasiado.

—Es una dama demasiado visceral y rebelde —intervino Leif con el ceño fruncido, manifestando una preocupación sincera—. Solo puede traerte problemas, y creo que ya tuviste suficientes con Lucy.

Wolf taladró a su amigo sin creerse su falta de prudencia al hablarle de esa forma tan descarnada.

—Lady Brenna Collins no se parece en nada al resto de damas que conocéis —afirmó Wolf.

—Todas son igual de taimadas e interesadas —respondió Cassian sin que nadie le hubiese preguntado.

—Ya no es la favorita de la reina, pregúntate por qué —las palabras de Leif le hicieron entrecerrar los ojos.

—Ahora mismo pareces una de esas damiselas prestas a soltar cotilleos por un poco de atención masculina —contestó Wolf sin mirarlo.

Había servido coñac en copas que les entregó a ellos.

—Tu querida lady Brenna Collins se ha visto envuelta en una intriga política —le informó Leif—. Podía haberle costado la horca.

Wolf tomó asiento de nuevo y bebió un trago de su copa.

—No suelo hacer caso a los cotilleos de criadas —respondió sin humor.

Leif no se dio por vencido.

—Entregó una carta que detallaba reuniones secretas, nombres de conspiradores y sus posiciones estratégicas, así como planes precisos destinados a desestabilizar el Gobierno y socavar la autoridad de la Reina.

—¡Vaya con la dama! —exclamó Cassian perplejo—.

—En el mensaje había varios nombres, entre ellos el del vizconde Henry Radcliffe, cuya ambición desmedida y falta de moralidad siempre me han causado desconfianza —terminó Leif.

Wolf se mantuvo en silencio. Todo eso ya lo conocía por boca de lady Brenna.

—Estamos preocupados por ti y por tu interés en la susodicha dama.

Wolf sonrió ligeramente, en un gesto de complicidad que hablaba más de lo que sus palabras podían expresar. La realidad, pensaba él, era mucho más compleja de lo que sus amigos imaginaban. En los diversos eventos en los que había coincidido con lady Collins, lo que había surgido entre ellos no había sido más que una serie de charlas normales y juegos de ingenio. Hablaban de trivialidades, de sus gustos, de lo que les apasionaba, pero bajo esa superficie se escondía una conexión inesperada. Lady Collins no era la mujer que sus amigos temían; era una mujer de una autenticidad arrolladora, dotada de una inteligencia viva y un humor fino y mordaz.

—Yo sé algo que vosotros ignoráis. Lady Collins está buscando un esposo solícito y rico —reveló Cassian en un tono mezcla de burla y preocupación—. Y tú, Wolf, eres a todas luces su objetivo.

Leif no pudo evitar una sonrisa, una sonrisa que a Wolf le resultaba tan irritante.

—Es verdad —añadió Leif con una mueca irónica—. La noticia va de boca en boca y parece que tu interés por Lady Collins podría ser más que una simple curiosidad. ¿Qué es lo que realmente te atrae de ella?

Wolf, en su mente, repasó las palabras que había intercambiado con Brenna. Recordaba sus conversaciones como una danza elegante, llena de sutilezas y revelaciones ocultas. Ella no era una mujer a la que se pudiera encasillar fácilmente, ni siquiera por sus amigos más cercanos.

—Lady Collins es más que una simple búsqueda de marido —dijo Wolf, con una mirada que reflejaba tanto admiración como misterio—. Es una mujer que no teme desafiar las convenciones, que no se conforma con lo que le ofrecen. Y en ese desafío, en esa valentía, veo algo que ha despertado en mí un interés olvidado.

Sus amigos se miraron entre sí y, en sus miradas, empezó a intuirse un entendimiento.

—Entonces, ¿estás dispuesto a arriesgarte con ella? —preguntó Cassian, cuyos ojos brillaban con una mezcla de inquietud y anticipación.

Wolf no asintió ni negó, pero en sus ojos había una decisión firme. En su interior, había una determinación nueva, una chispa de esperanza que no mostraba desde hacía mucho tiempo. Leif comenzó a preocuparse de verdad.

—Lady Collins puede ser una dama peligrosa —insinuó Leif, sosteniendo la mirada de su amigo.

—Sí, estoy de acuerdo —dijo Wolf con una voz llena de una resolución serena—. Pero estoy dispuesto a descubrir qué hay más allá de las apariencias, a conocer a lady Collins por lo que realmente es, no por lo que otros dicen que debe ser.

Leif y Cassian se miraron y, en sus rostros, el peso de sus preocupaciones parecía diluido por la claridad de la decisión de su amigo. Sabían que Wolf estaba en un camino incierto, lleno de posibles sorpresas, pero también de promesas.

—Sabes que nos preocupamos por ti —dijo Leif finalmente. Pero si estás decidido, te apoyaremos. Ten cuidado con lo que deseas, porque a veces lo que buscamos puede ser más complejo de lo que imaginamos.

Wolf asintió con gratitud. La amistad de sus compañeros era un pilar sólido en el que podía apoyarse mientras exploraba este nuevo capítulo de su vida. Así, con el eco de las palabras de sus amigos resonando en su mente, Wolf se preparó para hacer frente a los desafíos que se le venían encima, con la firme esperanza de que lady Collins podría ser la chispa que reavivara su vida.

CAPÍTULO 4

La reina volvió a dar un baile en el castillo de Windsor. El salón era una sinfonía de luces y colores, un mosaico de esplendor que envolvía a los invitados en una atmósfera de majestad y elegancia. Wolf se adentró en el gran salón con pasos firmes, pero medidos, como si cada movimiento estuviera en sintonía con la melodía que llenaba el aire.

Y la vio de espaldas. Lady Collins resaltaba entre el resto de damas como una preciosa joya. Iba vestida con un sofisticado vestido verde esmeralda que parecía capturar el reflejo de cada luz, creando destellos de estrellas en su movimiento. Su presencia suponía un contraste cautivador entre el brillo del salón y su aura de independencia.

Wolf se acercó con una determinación renovada. Sus amigos habían quedado atrás, sus voces aún resonaban en su mente, pero ahora solo había espacio para una única verdad: su deseo de conocer a lady Collins en profundidad.

—Lady Collins —la llamó él.

La mujer se giró con una sonrisa. Cuando sus miradas se encontraron, hubo un instante de reconocimiento mutuo, una chispa de comprensión silenciosa que se encendió entre ellos. Brenna levantó una ceja con un gesto que combinaba curiosidad y desafío.

—Lord Lancaster —dijo ella en tono formal, pero en su voz se advertía un susurro seductor que sobresalía sobre los murmullos del enorme salón. Me alegra ver que ha decidido salir de su retiro espiritual.

Wolf sonrió, un gesto que mostraba tanto confianza como una sincera intención de conocerla mejor. Parecía que ambos mantenían una conversación formal, pero nada más lejos de la verdad.

—Milady —respondió él con una inclinación de cabeza—, me parece que esta noche es la ocasión perfecta para explorar más allá de lo que los rumores dicen sobre nosotros.

Ella lo miró con una mezcla de sorpresa y diversión, como si acabara de encontrar en él un objeto interesante en el vasto tablero de la sociedad.

—Y yo estoy deseando ver hasta dónde está dispuesto a llegar en esta búsqueda —dijo ella, tomando su mano con un gesto que era tan elegante como provocador—. Vamos, entonces, a explorar juntos los misterios de esta velada.

En medio de este escenario de opulencia, Wolf Lancaster y Brenna Collins destacaban como dos figuras centrales en un drama silencioso. Sus miradas se encontraban a menudo, cargadas de significados ocultos y emociones no expresadas.

Wolf, con su porte elegante y su mirada penetrante, se acercó más a Brenna y le ofreció la mano.

—Le ruego que me permita este baile, milady.

El gran salón del castillo de Windsor resplandecía con la luz de cientos de candelabros de cristal. Las paredes doradas y los techos altos, adornados con frescos de escenas mitológicas, creaban un ambiente de lujo y elegancia. Los invitados, vestidos con sus mejores galas, se movían con gracia por la pista de baile, envueltos en una atmósfera de alegría y expectación.

—Será un placer, milord —respondió tras aceptar la invitación.

Ella, con un ligero sonrojo en las mejillas, aceptó su invitación y juntos se dirigieron a la pista de baile. Los demás invitados se apartaron ligeramente para dejarles espacio y poder desplegar su danza.

La orquesta, situada en un extremo del salón, interpretaba una melodía suave que llenaba el aire con sus notas. Los violines, las flautas y los cellos se entrelazaban en una sinfonía que

invitaba a todos a sumergirse en el hechizo del momento. El aroma de las flores frescas, dispuestas en arreglos exuberantes a lo largo de la sala, se mezclaba con el perfume de los invitados, creando una fragancia embriagadora que añadía una capa extra de sensualidad a la noche.

—Vamos a ser la comidilla de las matronas, ¿lo sabe, milady? —le preguntó él, perdido en las esmeraldas de ella.

Wolf jamás había visto unos ojos tan bellos y cautivadores.

—¿Acaso piensa que nuestra reputación puede empeorar? —le preguntó ella en un tono desenfadado.

La música, con su ritmo cadencioso, parecía guiar sus movimientos y sus palabras, creando un baile no solo de cuerpos, sino también de almas.

—Tiene toda la razón, no puede empeorar más.

Brenna soltó una leve risa que estremeció el pecho del marqués.

A medida que la música cambiaba a un vals más animado, los dos se movían con una gracia innata, sus cuerpos sincronizados como si estuvieran en perfecta sintonía. Los pasos de baile los acercaban y alejaban, creando una tensión palpable entre ellos. Cada giro y cada movimiento eran una conversación en sí mismos, un intercambio de sentimientos que las palabras no podían expresar.

—Ha llegado hasta mis oídos que anda en busca de esposo.

Wolf lo había dicho de forma desinteresada, y a ella no le molestó.

—Es la orden de la reina, pero ya conoce mi opinión al respecto.

Wolf susurró a Brenna mientras giraban:

—¿Por qué rehúye la idea de un matrimonio? —Esta vez su voz sonó seria.

Brenna mantuvo la compostura, aunque su corazón latía con fuerza, y decidió responderle con sinceridad.

—Nunca he pretendido que mis acciones estén bajo la supervisión de nadie, pues valoro mi libertad más que nada..

Wolf asintió, comprendiendo la profundidad de sus palabras. El entorno del baile, con su música y su ambiente mágico, había creado el momento perfecto para esta confesión. La música parecía intensificar sus emociones, llevando su conexión a un nivel más profundo.

—Me honra profundamente que me haga partícipe de sus pensamientos.

Ella sonrió con timidez.

—Milord, no puedo evitar reflexionar sobre la brecha que existe entre lo que somos y lo que deseamos ser. En este entorno de opulencia, me encuentro pensando en los sueños que he dejado en el camino por deberes y circunstancias.

Wolf no se esperaba esa confesión.

—¿Qué sueños ha tenido que relegar al olvido? —le preguntó muy serio.

Su expresión se había vuelto melancólica.

—Desde joven, he alimentado el sueño de ser escritora. Anhele capturar en palabras las historias que habitan en mi mente y compartirlas con el mundo. Pero los años y las responsabilidades han hecho que mi pluma se quede inerte sobre el papel —le reveló ella—. Mi padre murió en la guerra, y mi madre quedó impedida. Su sueño era que formara parte de las damas de la reina, y no pude negarle su deseo.

Wolf la miró de forma comprensiva.

—A menudo, nuestros propios anhelos se ven eclipsados por las obligaciones que nos impone la vida. La responsabilidad que conlleva mi posición me ha llevado por un sendero que

no elegí por pasión, sino por necesidad. Me encuentro atrapado entre el deber y la libertad, entre lo que debo hacer y lo que realmente deseo.

A Brenna le pareció que Wolf le hablaba con doble sentido. Pensó en su joven esposa, muerta poco tiempo después de la boda, y se preguntó si el recuerdo de ella le impedía ser feliz actualmente.

—A veces me pregunto si estas responsabilidades son el precio que pagamos por nuestras elecciones. ¿No es posible, entonces, que nuestras verdaderas pasiones permanezcan en un estado de espera, hasta que encontremos el momento adecuado para revivirlas? —le preguntó ella, mirándolo con atención.

Esa pregunta le removi6 hasta los cimientos.

—La vida, con sus intrincadas circunstancias, a menudo nos empuja hacia lo que no habíamos anticipado —respondió él.

Brenna suspiró melanc6lica.

—Y en esos momentos de añoranza, ¿cómo encuentra uno la paz con lo que ha sido dejado atrás? —quiso saber.

—Creo que es en el reconocimiento de nuestras propias limitaciones y en la aceptación de que algunos sueños se transforman en meros recuerdos. La paz llega al entender que quizás nuestro verdadero propósito reside en el camino que hemos tomado, más que en el destino final. —La voz de Wolf sonaba reflexiva.

Brenna lo miró con verdadero interés.

—Es una perspectiva profunda, milord. Entonces, ¿encuentra en su posición actual algún tipo de realización, a pesar de no ser el camino que había deseado anteriormente?

La pregunta requería una respuesta sincera, y él se la dio.

—Sin duda, hay momentos de satisfacción. Encontrar significado en lo que uno hace es una tarea constante y, aunque mi ocupación actual no es la de mis sueños de la juventud, aún encuentro valor en las contribuciones que puedo hacer desde esta posición.

El vals continuaba envolviéndolos en una elegante danza, reflejando sus esperanzas, miedos y sueños en el imponente Gran Salón de Windsor. En este momento compartido, Brenna y Wolf exploraron juntos la profundidad de sus aspiraciones y desilusiones, y encontraron consuelo en su conversación y en el esplendor que los rodeaba. El baile concluyó, pero Wolf no quería dejarla todavía. Brenna había despertado en él un ansia difícil de controlar.

—¿Le apetece dar un paseo por el jardín para respirar un poco de aire fresco? —le preguntó él.

—La verdad es que me siento un poco acalorada.

Así, juntos, se adentraron en los hermosos jardines, dispuestos a descubrir los secretos y sorpresas que les deparaba el destino.

CAPÍTULO 5

La biblioteca de la casa de Brenna estaba llena de estanterías repletas de libros antiguos y de cuadros heráldicos que adornaban las paredes con escenas de antiguas leyendas y genealogías familiares. El crepitar del fuego en la chimenea proyectaba sombras danzantes sobre los muebles de madera tallada. La luz del atardecer se filtraba a través de las ventanas, bañando la habitación con una luz dorada que contrastaba con el tumulto emocional de Brenna. El sonido ocasional del viento susurrando a través de las rendijas de las ventanas añadía una capa de melancolía al ambiente.

Ella permanecía de pie cerca de una ventana con la mirada fija en el exterior, pero sin realmente ver el jardín que se extendía más allá. El descubrimiento de que el vizconde Henry Radcliffe era primo y amante de la esposa de Wolf había sido un golpe devastador, uno que había desestabilizado todo lo que ella había creído sobre el hombre con quien había compartido sus pensamientos más íntimos. Sus manos, que antes habían estado tranquilas sobre el libro que estaba hojeando, ahora se aferraban con fuerza al regazo, un reflejo inconsciente de la turbulencia interna que sentía. Cada objeto de la biblioteca parecía ser un recordatorio de las ilusiones perdidas y las verdades ocultas. Los libros antiguos, con sus lomos dorados y sus cubiertas de cuero desgastado, parecían testigos mudos de un pasado lleno de secretos y traiciones.

Brenna consultó la hora en el reloj de carrillón: su puntero señalaba las cinco menos quince. El tic-tac constante del reloj era un metrónomo implacable que parecía marcar el ritmo de su creciente ansiedad. Cada segundo que pasaba le recordaba que estaba a punto de enfrentarse a Wolf y que su próximo encuentro podría ser el punto de inflexión de su relación.

Se giró lentamente y su mirada se clavó en las sombras danzantes que había sobre los muebles. Se acercó a uno de los cuadros heráldicos de la pared. Observó los detalles intrincados en el marco dorado, sin realmente ver el arte. Los motivos heráldicos, tan llenos de historia y de orgullo familiar, contrastaban agudamente con el vacío que ahora sentía en su propio corazón.

Su mente volvía una y otra vez a las revelaciones que le habían hecho. Henry Radcliffe, el hombre que había conspirado contra la reina, había sido también el amante de la esposa de Wolf, un secreto tan oscuro y traicionero que le había afectado profundamente. A pesar de las semanas de cercanía y confianzas, Wolf había mantenido en secreto este hecho, un acto que había generado una grieta en la base misma de su relación.

Brenna se preguntaba por qué Wolf había elegido ocultar esta verdad tan crucial, por qué no había confiado en ella con la magnitud de su dolor y el peso de su pasado. ¿Acaso había pensado que al mantener este secreto podría protegerla de una verdad que, en realidad, ella podría conocer por otras fuentes? La decepción y el sentimiento de traición la consumían, haciendo que cada rincón de la biblioteca pareciera reflejar su angustia.

Wolf le hablaba sobre sus sentimientos, pero estaba claro que no confiaba en ella.

Mientras se dirigía lentamente a una de las sillas que había cerca de la chimenea, el crepitar del fuego parecía ser el único sonido que acompañaba su introspección. Se sentó con los pensamientos sumidos en la tormenta que había desencadenado el secreto de Wolf. Las preguntas se agolpaban en su mente, cada una más dolorosa que la anterior.

«¿Por qué no me lo dijo? ¿Qué otra cosa podría estar ocultándome?», se preguntó con cierta ansiedad.

El silencio que respondió a su pregunta parecía ser una respuesta en sí mismo. Ella se dio cuenta de que sus sentimientos hacia Wolf no podían desvanecerse por una única verdad

revelada. La conexión que habían compartido durante aquellas semanas había sido profunda y sincera, y había creado un vínculo entre ellos.

Y luego estaba el beso, el primer y hermoso beso que habían compartido en el mejor marco posible: los jardines de Windsor, iluminados por la suave luz de la luna llena, donde las flores nocturnas desprendían su fragancia embriagadora y los setos perfectamente recortados creaban un laberinto de sombras y claroscuros. El cielo despejado mostraba un manto de estrellas, mientras una ligera brisa acariciaba las hojas de los árboles. Habían pasado varias semanas desde que Brenna y Wolf comenzaron a conocerse en profundidad. Sus conversaciones, siempre sinceras, les habían acercado de una manera que ninguno de los dos había anticipado. Aquella noche, después de una elegante cena en el palacio, decidieron pasear por los jardines para continuar conversando bajo el manto estrellado. Caminaban despacio, disfrutando de la compañía mutua, cuando llegaron a un claro en el centro del jardín. Un antiguo rosal trepador, en plena floración, enmarcaba un banco de mármol blanco. La belleza del lugar y la intimidad del momento crearon un ambiente mágico. Wolf se detuvo y miró a Brenna a los ojos, en una mirada cargada de significado y emoción. Sus manos se rozaron casi por accidente, pero ninguno de los dos apartó la suya. En cambio, se miraron profundamente, como si estuvieran buscando respuestas en el alma del otro. Wolf se acercó un poco más, entrelazando sus dedos con los de ella. El acercamiento intensificó el momento. Podían sentir el calor del otro y, con cada respiración compartida, la distancia entre ellos se reducía. Sin decir nada, Wolf se inclinó lentamente hacia el rostro de Brenna, clavando sus ojos en los suyos. Brenna sintió que el mundo se detenía a su alrededor. Los sonidos del jardín, el susurro del viento, todo se desvaneció mientras sus corazones se sincronizaban en un compás compartido. Cuando sus labios se unieron, fue como si una chispa encendiera una hoguera de emociones contenidas. El beso fue suave al principio, lleno de dulzura y ternura, y hablaba de promesas no dichas y sueños compartidos. La presión de sus labios aumentó gradualmente, transformándose en una expresión más profunda de su conexión. El sabor de sus labios, el calor de su aliento, la sensación de estar completamente envueltos en el momento: todo se mezcló en un torbellino de sensaciones que ninguno de los dos había experimentado antes. Ese beso no solo los unió por fuera, sino también por dentro. Cuando finalmente se separaron, ambos permanecieron con los ojos cerrados por un momento, como si quisieran prolongar la magia de ese instante. Wolf acarició la mejilla de Brenna con ternura y ella abrió los ojos para encontrar su mirada, llena de afecto y admiración.

El beso que intercambiaron supuso un cambio importante en su relación y, en ese momento, se preguntó si había sido auténtico.

Pero, a medida que el sol comenzaba a descender y llenaba el cuarto con una luz dorada que se mezclaba con las sombras del atardecer, Brenna se dio cuenta de que debía enfrentar a Wolf con las mismas preguntas que la atormentaban. El deseo de respuestas, la necesidad de conocer la verdad que se ocultaba tras su silencio y la exigencia de una explicación se volvían ahora imperiosos.

Brenna se levantó de la silla con determinación, el dolor y la confusión en su corazón reemplazados por una resolución firme. Aunque la duda aún nublaba su mente, sabía que debía enfrentarse a Wolf.

CAPÍTULO 6

Leif Harcourt-Blackthorn se encontraba en la puerta de la casa de lady Collins, susurrando una disculpa al mayordomo mientras le entregaba un sencillo ramo de flores como gesto de cortesía. Su rostro, normalmente sereno, mostraba una preocupación evidente que no podía ocultar. Vestido con elegancia, pero con gesto grave, avanzó por el vestíbulo hacia la sala de estar, donde lo recibió una sirvienta.

—Buenas tardes. Soy Leif Harcourt-Blackthorn. Me han informado de que la lady Brenna está en casa. ¿Podría decirle que me gustaría hablar con ella, por favor?

—Por supuesto —aceptó la sirvienta con una ligera inclinación de cabeza—. Lord Harcourt-Blackthorn, espere un momento mientras doy el aviso.

Pero no pasaron ni cinco minutos cuando Brenna apareció en la puerta de la sala con expresión un tanto confundida al ver a Leif, un hombre que conocía de los eventos sociales en los que habían coincidido, aunque la fama de mujeriego y libertino lo precedía allí donde iba.

Brenna le ofreció una sonrisa educada.

—Lord Harcourt-Blackthorn, no esperaba su visita. ¿En qué puedo ayudarle?

Leif se inclinó en un saludo formal.

—Lady Collins, lamento presentarme sin previo aviso. Hay asuntos de gran importancia que necesito tratar con usted. ¿Podemos hablar en privado?

Brenna sentía curiosidad.

—Por supuesto, lord Harcourt-Blackthorn. Acompañeme, por favor.

Se sentaron en un par de sillas cerca de la ventana, donde la luz del sol creaba un ambiente apacible, en contraste con la tensión que estaba a punto de desatarse.

Brenna lo observó con una mezcla de cortesía e intriga.

—¿Qué le trae a mi casa en una tarde tan tranquila?

Leif tomó aire profundamente antes de hablar. Que ella no estuviera en la corte lo consideró un golpe de suerte. El noble ignoraba que dos veces a la semana Brenna dejaba su puesto en la corte para ocuparse de los asuntos de su familia, ya que su madre estaba impedida.

—Lady Collins, he venido aquí por un motivo grave. Mi amigo, el Wolf Lancaster, está en una situación muy complicada y creo que es mi deber advertirle sobre la seriedad de su relación con él.

Brenna no pudo ocultar su sorpresa.

—¿Milord? No entiendo bien a qué se refiere. Wolf y yo hemos estado compartiendo anécdotas y preocupaciones, como buenos amigos. ¿Qué es lo que le preocupa?

Ella no pensaba decirle cómo habían cambiado sus sentimientos el uno por el otro. Todo lo que habían compartido en forma de risas y sentimientos...

Leif la miró con seriedad.

—No sé cómo decir esto sin causarle dolor, pero la situación es tan grave que creo que debe poner fin a su relación con él. La verdad es que Wolf está profundamente afectado por las recientes revelaciones sobre su pasado y temo que su relación con usted podría conducirle a un camino aún más oscuro.

Brenna se sintió confundida y se puso a la defensiva.

—¿Qué sabe usted de nuestras conversaciones y de lo que compartimos? ¿Por qué cree que debe interponerse entre nosotros?

Leif tenía una mirada sincera en el rostro.

—Lady Collins, yo he sido amigo de Wolf durante muchos años. He sido testigo de sus

luchas y sus secretos, y ahora veo que su relación con usted, aunque bien intencionada, podría empeorar las cosas. La verdad sobre el vizconde Radcliffe y lo que ha sucedido es más grave de lo que usted imagina.

Brenna se sintió herida y sorprendida a la vez.

—Si conoce la verdad, ¿por qué no ha hablado con Wolf en lugar de venir a pedirme que termine nuestra relación?

Leif no pudo ocultar una mueca de angustia, como si realmente le pesara la relación que habían comenzado Wolf y ella.

—No era mi intención entrometerme en sus asuntos personales hasta que vi el daño potencial que podría causarles a ambos. Ahora, viendo lo que ha pasado, creo que lo más sensato es que se aleje de él para evitar más sufrimiento.

Brenna contuvo un gemido.

—¿Así que mi dolor y el de Wolf son de su incumbencia ahora? ¿Se cree con el derecho de decirme lo que tengo que hacer en mi vida?

Leif carraspeó para que su voz sonara más firme.

—Por supuesto que no, lady Collins, pero se trata de una verdad dolorosa. Wolf está luchando con un pasado sombrío, y usted está en peligro de caer en las mismas corrientes oscuras. El vizconde Radcliffe era un traidor, y Wolf está lleno de resentimiento que podría volcar sobre usted.

Brenna lo miró de manera desafiante.

—Si tanto le preocupa, ¿por qué no le ofrece su apoyo a Wolf en lugar de imponerme un ultimátum? ¿No es más valiente enfrentar los problemas juntos que huir de ellos? —le preguntó.

—No puedo cambiar el pasado de Wolf ni deshacer lo que ya se ha hecho. Pero puedo advertirle para que no se convierta en una víctima de la misma oscuridad que lo consume a él.

Brenna sintió una mezcla de tristeza y determinación.

—Usted no conoce la profundidad de sus sentimientos ni los míos. No puede dictar lo que es mejor para nosotros. No me dirá cómo debo manejar mi vida o mis decisiones —le increpó molesta—.

—Lo que le pido es que reflexione sobre esto que le he mencionado. Mi amistad con Wolf me permite ver lo que está en juego, y me duele ver que usted está en medio de esta tormenta. Solo quiero lo mejor para él, aunque mi consejo sea doloroso.

Al menos Brenna podía agradecerle su sinceridad. Por ese motivo, suavizó su tono, aunque lo mantuvo firme.

—Acepto que su preocupación es genuina, pero no aceptaré que me digan qué hacer sin tener en cuenta mi propio criterio. Agradezco su interés, pero mis decisiones deben basarse en mi experiencia personal, no en advertencias externas.

Leif mostró una mirada de resignación. Él lo había intentado, pero la dama era demasiado testaruda.

—Si esa es su decisión, entonces solo puedo esperar que encuentre la fortaleza para hacer frente a lo que venga. Solo le pido que, al menos, reflexione profundamente sobre lo que le he dicho.

Brenna hizo un leve gesto con la cabeza, aunque el noble no supo si era de aceptación o de negación.

—Le ruego que respete mi libertad en este asunto. Si mi relación con Wolf es mi elección, me corresponde a mí asumir sus consecuencias.

El hombre y la mujer se miraron durante un largo instante. Los dos se sostenían la mirada

sin ceder un ápice.

—Le deseo lo mejor en su camino, lady Collins, y espero que encuentre la paz que busca.

Leif se levantó, mostrando en su rostro una mezcla de preocupación y resignación, y se dirigió hacia la puerta, dejando atrás una Brenna sumida en la reflexión sobre las palabras que había escuchado. La conversación había dejado un eco de incertidumbre y una carga de decisiones futuras que ella tendría que enfrentar sola.

La visita de Leif Harcourt-Blackthorn había abierto una nueva brecha en la vida de Brenna y Wolf, una brecha que ella tendría que cruzar con cautela mientras consideraba su próximo paso en una relación marcada por secretos, traiciones y un futuro incierto.

La conversación con Leif Harcourt-Blackthorn había dejado una impresión profunda en ella, una que resonaba con cada latido de su corazón. El mejor amigo de Wolf había venido con advertencias, afirmando que su relación con él estaba condenada a terminar en desilusión y dolor. La sinceridad en su voz y la desesperación que había mostrado solo habían intensificado el conflicto interior de Brenna.

CAPÍTULO 7

The Garrick Club, King Street, Covent Garden

Leif, Cassian y Wolf se habían reunido en el club Garrick. Era su lugar preferido porque allí el ambiente no era tan formal y rígido como en otros clubes. En Garrick se podían conocer a otros caballeros sin tener que pasar por el largo y a menudo farragoso procedimiento que establecía la etiqueta social. El único inconveniente era acceder a sus salones, ya que no servían los contactos, el dinero o la clase social para obtener la membresía. Además de eso, tenías que ser un caballero con un ideal de conducta adecuado y poseer cierto rango social, pero los tres amigos tenían de sobra.

Leif degustaba una copa de brandy, mientras que Cassian bebía cerveza negra. A Leif no le cabía en la cabeza el gusto de su amigo por esa bebida de la plebe traída del norte. Wolf, por el contrario, bebía té, algo que le parecía insólito a esa hora de la tarde. A los clubes se iba a disfrutar de la compañía sin el agobio del protocolo y a degustar los mejores licores espirituosos. Los tres eran asiduos visitantes del club desde su fundación.

—Me alegra de que te hayas decidido a reunirme con Cassian y conmigo esta tarde —le dijo Leif a Wolf.

—Hace semanas que no te vemos y tampoco sabemos nada de tus actuales andanzas —protestó Cassian, que había terminado su cerveza.

Leif miraba fijamente a Wolf, que se tomaba su té como si fuera el propio regente.

—Tengo asuntos legales del reino que atender —contestó Wolf, dejando su taza sobre el plato de porcelana.

—Asuntos amorosos, diría yo... —apuntó Leif entrecerrando los ojos.

—Entre otros asuntos —respondió Wolf, matizando las palabras de Leif.

Entre los tres amigos reinó un silencio incómodo durante unos minutos.

—Creo que voy a emprender un viaje largo —dijo de pronto Cassian al mismo tiempo que le hacía un gesto a uno de los mayordomos del club para que le trajera otra cerveza.

—Llevas cinco años viajando —le recordó Leif, desviando la mirada de Wolf a Cassian.

—¿Sigues buscando a la gitana, Cassian? —le preguntó Wolf al mismo tiempo que cruzaba una pierna sobre la otra.

Este dio un respingo al escuchar la pregunta. ¿Cómo podía olvidar la maldición lanzada por aquella gitana que les había amargado la existencia?

Cassian clavó primero la mirada en Leif y después en Wolf.

—Hace años de aquello —les recordó—, y ninguno de los tres hemos encontrado la paz desde entonces.

Wolf desvió la mirada, porque las palabras de Cassian le resultaron como pequeñas mordeduras de serpiente.

—Yo no necesito paz —afirmó Leif alzando la barbilla en un gesto altanero—. Me aburre la monotonía.

Los dos amigos lo miraron fijamente.

—Admite que también te afectaron aquellas palabras que pronunció la gitana —lo instó Cassian, que era el más supersticioso de los tres. Sus ojos buscaban en los de Leif una confirmación de lo que ambos sabían, pero que rara vez decían en voz alta.

Leif se removió incómodo en su asiento, apartando la mirada de Cassian por un momento.

antes de volver a fijarse en él con una mezcla de desafío y resignación.

—Puede que... —Concedió finalmente, en un susurro apenas audible—, pero no dejaré que una hueca maldición dicte el curso de mi vida.

Wolf observó el intercambio en silencio, sumido en la misma maldición que les había unido en un destino común y trágico. Aunque no lo demostrara, sabía que las palabras de la gitana seguían resonando en su mente, una sombra persistente que se negaba a disiparse.

El ambiente en el club Garrick, generalmente ligero y relajado, se había vuelto tenso y cargado de un peso emocional que los tres amigos compartían, pero rara vez discutían. A medida que la noche avanzaba y las bebidas continuaban fluyendo, cada uno de ellos sabía que la conversación de esa noche no sería fácil de olvidar.

—Desde aquellas palabras que pronunció la gitana en la iglesia, ninguno de nosotros ha vuelto a ser el mismo de siempre —afirmó Cassian con los ojos brillantes.

La maldición de la gitana había dejado una marca indeleble en la vida de los tres amigos, afectándolos de maneras profundas y diferentes. A pesar de sus intentos de seguir adelante, cada uno de ellos llevaba el peso de aquellas palabras oscuras que parecían resonar en cada rincón de sus vidas y sus decisiones.

Wolf, el más introspectivo del grupo, había visto cómo su capacidad para confiar en los demás se erosionaba lentamente. Antes de la maldición, había sido un hombre abierto y generoso, siempre dispuesto a ayudar a quienes lo rodeaban. Pero las palabras de la gitana habían sembrado en él una semilla de duda y desconfianza. Sobre todo después de que su mujer lo traicionara. Desde aquello, pasaba el día cuestionando las intenciones de las personas que se le acercaban, temiendo que la traición pudiera venir de cualquier esquina. Sus noches eran las más afectadas. El insomnio se había convertido en su compañero constante y sus pensamientos giraban en espiral mientras intentaba encontrar respuestas a preguntas que no dejaban de acosarlo. Las sombras de la noche parecían cobrar vida y susurrar los secretos de la maldición. Wolf se refugiaba en la lectura y en el trabajo, buscando distraerse, pero incluso esos momentos de soledad estaban invadidos por la omnipresente sensación de un destino ineludible.

Leif, siempre el más arrogante y altivo, había intentado combatir la maldición con una actitud de desprecio y desafío. Sin embargo, la gitana había tocado una fibra sensible en él, algo que se negaba a admitir, incluso ante sí mismo. Su orgullo había sido su escudo, pero la maldición lo había convertido en una armadura llena de grietas. Leif había comenzado a notar cambios sutiles en su comportamiento diario. La maldición parecía manifestarse en forma de pequeños fracasos y desilusiones constantes. Las mujeres que antes le encontraban irresistible ahora parecían esquivar su mirada, y los negocios que antes prosperaban bajo su dirección comenzaban a tambalearse. Su humor, antes jovial y despreocupado, se había vuelto irascible y volátil. La sensación de estar siempre al borde de un precipicio le hacía perder la paciencia con facilidad, y eso le hacía perder el respeto de quienes antes le tenían en alta estima.

Cassian, el más supersticioso y sensible de los tres, había sido el más afectado por la maldición. Su obsesión por encontrar a la gitana y revertir las palabras que había pronunciado se había convertido en una cruzada personal. Había dedicado los últimos años a viajar incansablemente en busca de rumores y pistas que a menudo resultaban ser callejones sin salida. En su vida diaria, la maldición se manifestaba como una constante sensación de desasosiego. Cassian se había convertido en un hombre de hábitos erráticos, incapaz de mantener una rutina o de encontrar paz en ningún lugar. Sus relaciones personales se resintieron; amigos y familiares se distanciaron, incapaces de comprender la obsesión que lo consumía. Cada día, el peso de la maldición parecía hacerle más difícil encontrar razones para sonreír o disfrutar de las cosas

simples de la vida.

—Lo bueno o lo malo que hayamos obtenido y obtengamos en la actualidad es debido al resultado de nuestras acciones, y no por las palabras de una gitana —apuntó Leif con un tono de voz firme, como si se tratara de una declaración de principios.

Cassian, con los ojos fijos en su vaso de cerveza, negó con la cabeza lentamente antes de responder.

—Es fácil decirlo, Leif, pero no puedes negar que desde aquel encuentro, nuestras vidas han tomado un giro inesperado y, a menudo, trágico. No todo puede atribuirse a simples coincidencias.

Wolf, que había permanecido en silencio hasta ese momento, dejó su taza de té sobre la mesa y se recostó en su silla, perdiendo su mirada en algún punto del salón.

—Creo que ambos tenéis razón —dijo con voz calmada y sorprendentemente reflexiva—. Nuestras acciones han moldeado nuestro destino, pero también es innegable que la maldición ha tenido un profundo impacto en nuestras vidas. Tal vez no se trate solo de superstición, sino de la forma en que permitimos que esas palabras afectaran a nuestras decisiones.

Leif frunció el ceño, claramente insatisfecho con la respuesta de Wolf.

—Así que, ¿qué propones, Wolf? ¿Que sigamos viviendo bajo la sombra de esas palabras? ¿Que aceptemos que estamos condenados a sufrir por algo que ocurrió hace años?

Wolf miró a sus amigos con expresión serena pero determinada.

—No, Leif. Lo que propongo es que dejemos de luchar contra un destino que tal vez nosotros mismos estamos creando. Debemos tomar el control de nuestras vidas, reconocer nuestros errores y aprender de ellos. Solo así podremos liberarnos verdaderamente de cualquier maldición, real o imaginaria.

Cassian asintió lentamente, con los ojos llenos de una nueva comprensión.

—Tal vez Wolf tiene razón. Hemos pasado demasiado tiempo temiendo y odiando esas palabras. Es hora de enfrentarnos a ellas y seguir adelante, sin dejarnos definir por ellas.

Leif permaneció en silencio por un momento, con la mirada de Wolf a Cassian y de Cassian a su copa de brandy. Finalmente, suspiró y levantó su vaso en un gesto de brindis.

—A nuestros errores, a nuestras decisiones y a nuestro futuro. Que sea lo que nosotros queramos hacer de él.

Wolf y Cassian levantaron sus copas, uniéndose al brindis con un renovado sentido de propósito.

—A nuestro futuro —repitieron al unísono, sellando así un pacto implícito para enfrentar juntos los desafíos que vinieran, liberándose del peso del pasado y de la sombra de la maldición.

CAPÍTULO 8

El viento frío barría las losetas adoquinadas del jardín, levantando pequeños remolinos de hojas secas y polvo.

Brenna, sentada en un banco de piedra, alzó la mirada hacia las ventanas del gabinete de la reina. En el interior del palacio, el ambiente era igualmente tenso. Las enormes cortinas de terciopelo rojo y los tapices que adornaban las paredes apenas lograban amortiguar la atmósfera cargada de descontento. La reina estaba enfadada y, cuando la soberana estaba de mal humor, todos en la corte lo sabían.

Dos meses habían pasado desde que la reina le lanzara un ultimátum a Brenna. Dos meses de miradas recriminatorias, de susurros y comentarios velados entre los nobles. Encontrar un esposo adecuado no era solo una cuestión de conveniencia, sino de supervivencia política y social.

Sentada en un banco de piedra, Brenna miraba su reflejo en el agua del estanque. Sus ojos, de una mirada profunda, mostraban la inquietud que intentaba ocultar tras una fachada de calma. Sin embargo, su mente estaba lejos de la realidad que la rodeaba, perdida en pensamientos más agradables.

Wolf. Solo el pensamiento de su nombre hacía que su corazón se acelerara. A pesar de los problemas que lo rodeaban y de las sombras del pasado que amenazaban con consumirlo, había algo en él que la atraía irremediablemente. Era más que su porte imponente o su mirada intensa; era su inteligencia, su fortaleza silenciosa y la vulnerabilidad que apenas dejaba entrever.

La reina, con su severidad y su determinación, no entendía la necesidad de Brenna de esperar por algo más que un matrimonio de conveniencia. Para la soberana, las alianzas políticas y las conexiones estratégicas eran lo único importante. Pero Brenna deseaba algo diferente, algo que no podía explicarse con razones políticas ni sociales.

Mientras observaba el jardín, un sentimiento de determinación comenzó a crecer en su interior. No podía rendirse a las expectativas de la corte y la reina. Tenía que encontrar una manera de seguir su corazón sin desobedecer abiertamente a la soberana. Tal vez, solo tal vez, Wolf podría ser la clave para resolver el dilema en el que se encontraba.

Pero antes de actuar, Brenna sabía que debía ser cautelosa. La reina no era alguien a quien se pudiera desafiar sin consecuencias. Cualquier paso en falso podría suponer su caída social y política. Necesitaba ser inteligente, estratégica y, sobre todo, paciente.

Con un suspiro, se levantó del banco y caminó hacia el interior del edificio. La imagen de Wolf seguía presente en su mente. Ingenuamente había creído que podría ser un faro de esperanza en medio de su tormenta personal. Tras la conversación con lord Harcourt-Blackthorn, su mundo controlado y apacible había dado un giro de ciento ochenta grados. Entendía la preocupación de su amigo, pero no la advertencia sobre la oscuridad que impregnaba el corazón y la vida de Wolf.

Brenna seguía ensimismada y triste, y justo cuando dobló la esquina se tropezó de frente con el causante de su desasosiego.

Los dos se miraron fijamente; Brenna ni había notado que él la mantenía sujeta por los brazos, algo totalmente inapropiado, sobre todo en la corte.

Decidió que era hora de enfrentarse a su destino. Con paso decidido, lo miró de frente.

—¡Qué sorpresa verlo, milord! —dijo Brenna, haciendo una breve inclinación con la cabeza.

Habían pasado dos semanas desde la última vez que se vieron. El marqués levantó una

ceja, sorprendido por su audacia.

—Tengo asuntos que tratar con la reina —le dijo en un tono muy suave.

—Confío en que mi persona no esté incluida en esos asuntos...

Había dicho el pensamiento en voz alta y, cuando se dio cuenta, se tapó la boca con la mano en un gesto de horror.

—Pues esta vez has acertado de lleno —respondió el marqués.

La conversación que siguió fue un choque de ingenios, con Brenna manteniendo su postura firme y Lancaster respondiendo con un cinismo que ocultaba una profunda amargura. Sin embargo, a medida que hablaban, ambos comenzaron a ver más allá y a percibir en el otro una complejidad que los intrigaba.

—Quizá, solo quizá, este marqués amargado podría ser la solución a tu problema.

—No tengo ningún problema —afirmó ella en un tono seco.

Wolf la notaba enfadada, aunque ignoraba el motivo. Llevaban dos semanas sin verse, pero ella ignoraba el maremoto que había supuesto para todos sus sentidos el beso que le había dado. Llevaba varias noches sin dormir, sin alcanzar la serenidad, y por eso supo que solo existía una solución para ambos.

—Tenemos que hablar.

Ella levantó una ceja, curiosa.

—¿Hablar sobre qué, milord?

—He oído que buscas un esposo.

Brenna se tensó ante la mención de su misión. ¿Cómo diablos se había enterado? Claro, por las doncellas a las que les gustaba demasiado cotillear sobre la corte.

—¿Y por qué le interesaría a usted mi búsqueda? —ella no lo tuteaba.

Wolf dio un paso más cerca, sumando su mirada a la de ella.

—Porque puede que tenga una propuesta que beneficie a ambos.

En ese momento, el mundo pareció detenerse para Brenna y Wolf. Ella lo miró con una mezcla de desafío y curiosidad. Sabía de su reputación, pero también sentía que había algo más detrás de esa fachada cínica, porque en las semanas que lo había conocido, él le había mostrado qué clase de persona era.

—Estoy escuchando, milord —dijo cruzando los brazos.

—Te ofrezco un matrimonio de conveniencia —respondió él directamente—. Sería una alianza beneficiosa para ambos.

Brenna recibió sus palabras como un rocío de la mañana. Y las consideró bienvenidas. Era la propuesta que buscaba debido a su situación, y por eso había considerado diferentes opciones. Y, aunque era consciente de las palabras de su amigo Harcourt—Blackthorn y de que no le había revelado lo sucedido con su anterior esposa, tenía claro que era la solución perfecta para su problema.

—Quizás deberíamos discutir esto en un lugar más privado —sugirió ella, mirando a su alrededor.

Los pasillos del palacio no eran el lugar más apropiado para ofrecer y aceptar una proposición de matrimonio, aunque fuera de conveniencia. Wolf asintió, ofreciéndole su brazo.

—Conozco un lugar perfecto. Sígueme, Brenna.

Mientras se alejaban del pasillo principal, Brenna no podía evitar sentir una mezcla de emociones. Sabía que estaba entrando en una posible alianza que cambiaría su vida para siempre. Pero también sabía que en Wolf Lancaster había encontrado a alguien que comprendía la lucha por mantener el honor en una sociedad llena de hipocresía y traiciones.

La llevó a unas estancias a las que las damas de la corte no visitaban nunca, pues estaban destinadas a los consejeros y asesores de la reina. Cruzaron varias puertas hasta detenerse en una habitación soleada y privada.

—Escúchame atentamente —le pidió Wolf.

CAPÍTULO 9

En una de las salas más apartadas del palacio, Brenna escuchaba a Wolf. Su figura imponente y su elegante porte la distraían. Sus ojos oscuros reflejaban una mezcla de determinación y vulnerabilidad que ella había aprendido a reconocer. Wolf se sentó frente a ella con expresión seria.

—Brenna, agradezco que me prestes atención —comenzó Wolf con voz profunda que resonó en la sala—. Sé que esto es inusual, pero hay algo importante que necesito hablar contigo.

Brenna asintió, sintiendo que su corazón comenzaba a latir más rápido. ¿Había llegado la hora de la verdad, de hablarle sobre su esposa fallecida y su amante ingrato? Brenna no se atrevió a decir nada.

—Si es un asunto importante, tiene toda mi atención —aclaró ella.

Wolf tomó un momento para ordenar sus pensamientos antes de continuar.

—He estado reflexionando mucho sobre nuestra situación, sobre la presión que ambos enfrentamos y las expectativas que nos rodean. Y he llegado a la conclusión de que podríamos encontrar una solución que nos beneficie a ambos.

Brenna lo miró con curiosidad, esperando sus próximas palabras. Había esperado que fuera una declaración de amor, y no esa forma de irse por la tangente.

—Te propongo un matrimonio de conveniencia —dijo finalmente Wolf, observando cuidadosamente la reacción de Brenna.

Ella parpadeó, nada sorprendida por la propuesta. Antes de que pudiera responder, Wolf continuó, explicando su razonamiento.

—Para ti, este matrimonio te proporcionaría una salida de la presión de la reina. Encontrarías un esposo que no solo cumple con las expectativas sociales y políticas, sino que también comprende tu necesidad de libertad y respeto. No te pediría que renunciaras a tus sueños ni que cambiaras quién eres. Serías libre de seguir tus intereses y tu vida, con el apoyo y la protección de mi nombre.

Brenna lo escuchaba atentamente, considerando cada palabra. Wolf tenía una lógica convincente, pero aún necesitaba saber qué ganaría él con este arreglo.

—¿Y usted? ¿Qué ganaría con este matrimonio? —preguntó con voz suave pero firme.

Wolf sonrió levemente, apreciando su franqueza.

—Para mí, Brenna, este matrimonio significaría estabilidad. Mi vida ha estado llena de turbulencias y sombras, como bien sabes. Un matrimonio con alguien como tú, alguien que me entiende y me acepta, podría traer el equilibrio que he estado buscando. Además, te respeto profundamente y creo que juntos podríamos formar una alianza fuerte, no solo por conveniencia, sino basada en el mutuo entendimiento y apoyo.

Brenna asimiló sus palabras y reconoció la verdad en ellas. Wolf no solo buscaba una solución práctica, sino también una forma de encontrar paz en medio del caos de su vida. Su propuesta era más que un simple arreglo; era una oferta de asociación y respeto mutuo.

—Entiendo su punto de vista —dijo Brenna finalmente—. Pero no estoy segura de que sea lo correcto.

Wolf la miró con una intensidad que hizo que el aire de la sala pareciera más denso.

—Brenna, te ofrezco respeto, protección. No quiero forzarte a nada, solo quiero que consideres esta opción con la mente y el corazón abiertos.

Brenna respiró hondo, sintiendo el peso de su decisión. La propuesta de Wolf tenía sentido en muchos niveles.

—Antes de darle una respuesta, necesito que me hable sobre su anterior esposa, su infidelidad, lo que significó para usted y el motivo de su odio hacia el vizconde Henry Radcliffe, su amante.

El ambiente en la sala se volvió tenso ante la solicitud de Brenna. Wolf la miró con ojos oscuros que reflejaban una mezcla de dolor y resignación. Sabía que esta conversación era inevitable, pero no esperaba que llegara tan pronto. Tomó un profundo suspiro, preparándose para desnudar las heridas de su pasado.

—Entiendo, Brenna. Tienes derecho a saberlo todo antes de tomar una decisión —dijo finalmente con un tono bajo y grave—. Mi anterior esposa fue alguien a quien conocía desde la niñez. Nuestro matrimonio fue pactado por nuestros padres desde la cuna.

Brenna escuchaba atentamente, sintiendo la gravedad de cada palabra.

—Mi esposa era una mujer hermosa y carismática, pero también muy ambiciosa. Al principio, pensé que su deseo de ascender socialmente era algo que podíamos manejar juntos, pero me equivoqué. Por ese motivo le restringí la asignación mensual y sus caprichos se redujeron. Sin embargo, mis medidas drásticas no la detuvieron, pues su ambición se volvió insaciable. Comenzó a alejarse de mí en busca de apoyo monetario en otros lugares.

Wolf hizo una pausa, sus ojos se oscurecieron con el recuerdo.

—El vizconde Henry Radcliffe era su primo y amante, incluso antes de casarse conmigo. Me enteré de su relación de la manera más cruel pues los encontré juntos en mi propia casa, en mi propio lecho y compartiendo un momento de intimidad que nunca debí presenciar. Fue un golpe devastador. No solo me traicionaron a mí, sino que también conspiraron juntos contra la reina, poniendo en peligro a todo el reino. —La mujer se quedó pensativa durante un momento largo—. Los secretos del reino valen oro si se venden bien —finalizó él.

Brenna sintió que un escalofrío le recorría la espalda. La traición no solo había sido una ofensa personal, sino también una amenaza política.

—¿Y qué sucedió después? —preguntó Brenna suavemente, con la necesidad de conocer toda la historia.

Wolf apretó los puños, luchando por mantener la compostura.

—Cuando descubrí su traición, mi esposa huyó con Henry. Murió poco después en un accidente de carruaje. Iba con él. Pero Henry... —Wolf hizo una pausa, y su voz tembló de rabia contenida—. Henry salvó su vida. Nunca ha pagado por sus crímenes ni por la traición que destrozó mi vida. Por ese motivo no puedo soportar su presencia cuando coincidimos en algún acto social o evento.

Brenna sintió una profunda compasión por Wolf. Ahora entendía el peso que llevaba en su corazón y la oscuridad que Leif había mencionado. Wolf no solo había perdido a su esposa, sino también la confianza en las personas y la paz interior.

—Comprendo por qué odia tanto al vizconde —dijo Brenna—. Pero, Wolf, debe saber que la venganza y el odio pueden consumir a una persona. ¿Está seguro de que un matrimonio de conveniencia conmigo no sería solo otra forma de camuflar ese dolor?

Wolf la miró y su expresión se suavizó.

—No busco escapar ni camuflarme, Brenna. Busco darte la oportunidad de empezar un matrimonio desde la base de la confianza. Donde ambos podamos encontrar paz y propósito. No te pido que cures mis heridas, como yo no te pido que cures las tuyas, sino que utilicemos el matrimonio en nuestro propio beneficio.

Brenna asintió lentamente, reconociendo la sinceridad de sus palabras.

—¿Sabe la reina lo que implica el vizconde Henry Radcliffe en el complot? —se atrevió a

preguntar.

Wolf hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Radcliffe tenía un cómplice, alguien muy importante, y pretendo descubrir quién es.

—¿La reina lo sabe? —insistió de nuevo, pero el noble ya no le dijo nada más—. Necesito tiempo para pensar en todo esto.

Wolf le agradeció su honestidad y su confianza en él. Se inclinó hacia ella y tomó suavemente su mano.

—Tómate todo el tiempo que necesites, Brenna. Estaré aquí, esperando tu decisión.

Cuando Wolf se levantó y salió de la sala, Brenna se quedó sola con sus pensamientos. La historia de Wolf había despertado en ella una mezcla de tristeza y esperanza. Sabía que la decisión que debía tomar no era fácil, pero también comprendía que, detrás de las sombras del pasado de Wolf, había una luz que ambos podrían descubrir juntos.

CAPÍTULO 10

St. Bartholomew's Hospital, West Smithfield, Londres

Ser dama de la corte no resultaba nada fácil para Brenna. Además de las exigencias sociales y políticas que implicaba su posición, también tenía que hacer frente a la carga adicional de las responsabilidades familiares. Su padre había fallecido y no tenía hermanos varones que pudieran hacerse cargo de las propiedades y las finanzas de la familia. Todo recaía sobre sus hombros. Desde que su madre enfermó, Brenna había asumido el control total de los asuntos familiares. Una vez a la semana, podía ocuparse de sus propios asuntos. Revisaba los libros de cuentas, se aseguraba de que los inquilinos pagaran sus rentas y supervisaba las reparaciones y mejoras necesarias en las propiedades. Su vida consistía en mantener un equilibrio constante entre el deber y la devoción, entre las obligaciones en la corte y las necesidades de su familia.

Mientras pensaba en la propuesta de Wolf, se dio cuenta de que un matrimonio de conveniencia podría aliviar algunas de esas cargas. Wolf no solo le ofrecía una vía de escape de la presión de la reina, sino también un apoyo sólido en los aspectos más mundanos y prácticos de su vida.

Para complicar aún más las cosas, la enfermedad de su madre había avanzado hasta el punto de que Brenna no podía cuidarla adecuadamente y ocuparse de su posición en la corte. Con gran pesar, decidió ingresarla en el hospital St. Bartholomew. Aunque no era una residencia para enfermos a largo plazo, era uno de los mejores lugares donde su madre podría recibir la atención médica continua que necesitaba.

Brenna caminó por los pasillos del hospital en dirección a los aposentos de su madre. La encontró recostada en la cama, rodeada de almohadas, con la mirada perdida en el jardín a través de la ventana. El Hospital de San Bartolomé era uno de los centros hospitalarios más antiguos y reconocidos de Londres. Tenía una larga trayectoria atendiendo a pacientes como su madre. El hecho de que su madre perteneciera a una de las familias más ricas y prestigiosas del reino había sido determinante a la hora de ser acogida en la institución médica.

—Madre, ¿cómo te sientes hoy? —preguntó Brenna, acercándose y tomando su mano.

—Mejor, querida —respondió su madre con una sonrisa débil—. Solo un poco cansada.

Brenna asintió, y se sentó a su lado. Su madre había sido su mayor apoyo y confidente y verla así de frágil le partía el corazón. Sabía que no podía cargar con todo ella sola para siempre, pero la idea de un matrimonio, incluso de uno de conveniencia, la llenaba de dudas.

—Madre, debo decirle algo, el marqués de Winkworth me ha propuesto matrimonio —dijo finalmente, mirando atentamente el rostro de su madre.

La dama levantó las cejas, simulando sorpresa.

—¿El lord canciller del Reino? —preguntó asombrada.

—El mismo...

—¿De verdad? ¿Y qué piensas tú al respecto?

Brenna suspiró. Los cotilleos de palacio corrían más rápido que la pólvora prendida.

—Sería un matrimonio de conveniencia, como la gran mayoría en el reino. Pero podría ayudarnos con las propiedades y las finanzas. Y también aliviaría la presión que la reina ejerce sobre mí.

—Me preocupa esa frialdad que muestras al decírmelo —contestó la madre, que conocía muy bien los sentimientos y pensamientos de su única hija—. Y lo de ayudarnos con las propiedades y las finanzas no lo veo del todo posible, pues Lord Canciller es un cargo con

demasiada responsabilidad, ya lo sabes —apuntó la madre—. Y si deseabas elegir a alguien que nos ayudara, deberías haberte inclinado por el Alto Senescal del Palacio.

Brenna tomó asiento junto al sillón situado junto a la cama.

El Alto Senescal del Palacio era responsable de la gestión diaria de la corte y del palacio real, manejaba los eventos y ceremonias importantes. Tenía control sobre los sirvientes, la logística de la corte y la organización de las festividades.

—Ese hombre está felizmente casado —le recordó la hija—. Y la reina me dio un ultimátum.

—Lo sé.

—Y no puedo perder más tiempo buscando un candidato apropiado.

La madre de Brenna asintió lentamente.

—A veces, querida, el amor no es la base de un buen matrimonio. La comprensión, el respeto y el apoyo mutuo pueden ser igual de importantes. Si el marqués de Winkworth puede ofrecerte eso, deberías aceptar su propuesta.

—Se llama Wolf —confesó la hija, algo turbada.

—Conozco algo sobre su historia —apuntó la madre—. Por ejemplo, que el título de marqués de Winkworth se remonta a varios siglos atrás, una historia rica y entrelazada con los acontecimientos más destacados de Inglaterra. —La mujer tomó aire antes de continuar—. Cada generación de la familia ha dejado su marca en la historia, creando un legado de honor, deber y, a veces, de controversia», ironizó la madre de pronto.

Brenna la escuchaba con atención.

—No sé por qué me sorprende de que sepa todo eso.

—Sir Richard Winkworth fue el primero en llevar el título de barón antes de que la familia alcanzara el rango de marqueses. Era un caballero leal al rey Eduardo I, conocido por su valentía en las batallas contra los escoceses. El rey le recompensó con tierras y el título de barón por su lealtad y servicio. Su castillo, construido en las colinas verdes de Wiltshire, se convirtió en el hogar ancestral de la familia.

—Me deja sin palabras —continuó la hija en un tono un poco crítico.

—Lady Eleanor, descendiente directa de sir Richard, jugó un papel crucial. Su astucia política y su habilidad para manejar las alianzas matrimoniales aseguraron la estabilidad y el crecimiento del patrimonio familiar. Fue una de las primeras mujeres de la nobleza en administrar directamente las tierras y las finanzas de su familia, dejando un ejemplo de liderazgo femenino en una época dominada por los hombres.

Brenna escuchaba a su madre con los ojos abiertos de par en par. ¿Cómo podía saber tanto sobre el linaje de Wolf?

—¿Ha estado indagando sobre la familia Winkworth? —le preguntó sorprendida.

Su madre parecía totalmente inocente.

—El marqués de Winkworth es una acertada elección —contestó su madre con una mirada brillante—. Es un hombre hecho a sí mismo. A diferencia de muchos de sus antepasados, que lo perdieron todo, lord Lancaster ha mantenido su posición y propiedades gracias a su habilidad e ingenio.

Brenna apretó suavemente la mano de su madre, reconociendo la sabiduría en sus palabras.

—Cuando llegó a mis oídos el interés que mostraba por ti, me puse a investigar sobre su vida pasada... y presente.

Para la hija quedó claro que su madre había escuchado más de una historia sobre el marqués.

—No se crea todo lo que escuche, pues los cotilleos van de puerta en puerta como cobrador de impuestos.

—Sé leer entre líneas —respondió—. Pero es una buena elección.

—Lo pensaré, madre. Pero antes de decidir, necesito estar segura.

Los días pasaron y Brenna continuó con sus responsabilidades en la corte y en sus propiedades. Cada encuentro con Wolf era un recordatorio de la propuesta que pendía sobre ella y cada visita a su madre le recordaba la urgencia de tomar una decisión. Sus pensamientos estaban divididos entre la lealtad a su familia, la presión de la reina y la posibilidad de un nuevo comienzo con Wolf.

Finalmente, una tarde, mientras revisaba el correo en su estudio, Brenna tomó una decisión. Dejó las cartas a un lado, mojó la pluma en el tintero y comenzó a escribir un mensaje: Un mensaje de afirmación. Le pedía que fuera a verla para recibir en persona su respuesta afirmativa. Ser la favorita de la reina tenía algunas ventajas, como la de recibir a conocidos y familiares en palacio. Puso polvos secantes sobre las letras, las sopló y metió la carta en un sobre. Tocó la campanilla y su doncella de cámara caminó directamente hacia ella.

—Que le envíen este mensaje al marqués de Winkworth —dijo la doncella, quien tomó el sobre y le hizo un gesto para salir tan sigilosa como había entrado.

Dos horas después, Brenna Collins recibió un mensaje elegante con el membrete del marquesado de Winkworth. Dentro del sobre había una hoja pulcramente doblada con tres palabras escritas: «En tres semanas...».

Brenna dejó caer la nota sobre el escritorio. Su mente giraba en mil direcciones. Había dado el «sí» a una propuesta que cambiaría el curso de su vida y, posiblemente, el destino de su familia. La inminencia del plazo fijado por Wolf le provocó una mezcla de ansiedad y anticipación.

Mientras observaba la lujosa estancia, reflexionó sobre las implicaciones de ese matrimonio de conveniencia. Sus días en la corte, llenos de intrigas y responsabilidades, cambiarían. Tendría que abandonar la administración directa de sus propiedades y delegar más tareas a sus administradores de confianza. La salud de su madre, ya de por sí frágil, requeriría atención continua en el hospital, pero Brenna esperaba poder proporcionar a su madre los mejores cuidados gracias a la seguridad financiera y la protección que el matrimonio con Wolf prometía.

A pesar de todas las preocupaciones prácticas, Brenna no podía ignorar la sombra del pasado de Wolf. Sus palabras aún resonaban en sus oídos: la infidelidad de su anterior esposa y su odio hacia el vizconde Henry Radcliffe. ¿Cómo podría unirse en matrimonio con alguien que llevaba una carga tan pesada de dolor y traición?

Pero había algo en Wolf que la atraía: una determinación y una vulnerabilidad. Quizás, juntos, podrían encontrar la manera de sanar y de construir un futuro compartido. Brenna respiró hondo, recogió la nota y la guardó en su escritorio.

Tres semanas no era mucho tiempo, pero sería suficiente para prepararse para el nuevo capítulo de su vida. Con renovada determinación, comenzó a escribir una lista de tareas y preparativos necesarios, mientras en su corazón latía una mezcla de esperanza y temor.

CAPÍTULO 11

Wolf había discutido acaloradamente con su mejor amigo. A Leif le parecía una locura que Wolf se fuera a casar en menos de tres semanas. Creía que se había vuelto completamente loco.

—Te precipitas —le dijo Leif molesto—. Y no puedo entender que no esperes a Cassian para acompañarte en ese día —le reprochó.

Wolf se pasó la mano por el cabello con gesto cansado. Cassian se pasaba parte del año viajando, buscando en cada campamento gitano a la anciana que los maldijo ocho años atrás. Cada vez que se avistaba un campamento de gitanos, allí que se presentaba el osado.

—Ya me acompañasteis en mi primer matrimonio, y no deseo que me acompañéis en el segundo.

Leif parpadeó estupefacto al oírlo.

—¿Bromeas?

—No lo hago.

Leif se recostó en la silla, mirando fijamente a Wolf, tratando de comprender su lógica.

—No se trata solo de acompañarte, Wolf. Se trata de lealtad, de amistad. Cassian y yo hemos estado contigo en los peores momentos. No entiendo por qué querrías excluirnos ahora.

Wolf suspiró con fuerza. El tono de Leif denotaba dolor, y lo comprendió.

—Precisamente porque sois mis amigos, no quiero que os involucréis más en esto. Ya habéis soportado suficiente. Y esta boda... no es como la anterior. No es una unión por amor, sino por necesidad. Brenna y yo tenemos nuestros propios motivos, y no quiero que arrastréis más de lo necesario las consecuencias de mi vida.

Leif negó con la cabeza, incrédulo.

—¿De verdad crees que podemos limitarnos a mantenernos al margen? No funciona así. Además, la primera vez no te casaste por amor, sino por imposición, algo que yo jamás haré.

Wolf miró a Leif con una mezcla de agradecimiento y frustración.

—Eres el heredero del ducado de Silbury —le recordó el amigo—. Ya lo creo que tendrás que casarte por imposición, y no sabes cuánto me alegraré de verte comer en la misma mesa nupcial de infelicidad que yo.

A Leif le molestó esa observación.

—Yo elegiré muy bien a la mujer con la que me casaré.

Wolf hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Eres el heredero, tus padres jamás permitirán que elijas a la futura duquesa de Silbury...

Leif se cruzó de brazos con ojos chispeantes de desafío.

—Mis padres pueden intentar imponer su voluntad, pero yo no viviré una vida de arrepentimiento como tú, Wolf. He aprendido de tus errores y me aseguraré de encontrar una compañera que no solo satisfaga los requisitos sociales, sino también los sexuales.

Wolf suspiró, reconociendo la determinación en el rostro de su amigo.

—Desearía que fuera tan sencillo, Leif. Pero la realidad es que a menudo debemos sacrificar nuestros deseos personales por el bien del título y la familia. Yo he aceptado esto, y espero que algún día puedas entenderlo también.

Leif se mantuvo en silencio, tratando de comprender la situación desde la perspectiva de Wolf. Finalmente, dejó escapar un suspiro y asintió, aunque no completamente convencido.

—Es que todo esto me sigue pareciendo precipitado. No me gusta el poco margen que tienes para pensar las cosas bien. Además, lady Collins no es una mujer manejable, tiene casi tanto poder en la corte como mi familia y no me gustaría que algunas de sus decisiones pudieran

perjudicarte.

Wolf medio sonrió. Leif era un buen amigo y también el más terco.

—Lo sé. Pero esta vez es diferente y ya sabes que no me gusta pedir, deber ni olvidar.

Ese era el lema de Wolf. Leif se levantó, se acercó al amigo y le puso una mano en el hombro.

—No se trata de pedir, Wolf. Se trata de estar ahí, como siempre hemos estado. Cassian querría estar aquí.

Wolf asintió lentamente, reconociendo la verdad en las palabras de su amigo, pero dudaba que Cassian regresara a Londres en tres semanas. El campamento de gitanos que estaba examinando estaba situado en Cornualles.

—De acuerdo, Leif. Solo te pido que entiendas la diferencia esta vez. Leif sonrió de forma sibilina.

—Lo entiendo, Wolf, nada de despedidas dentro de un ataúd en el interior de una iglesia.

La mirada de Wolf quemaba.

—¡Serás canalla! —exclamó echando fuego por los ojos.

—¡No lo decía en serio! Lo decía en broma —se excusó el otro, pero con una sonrisa de oreja a oreja—. Aunque no comparta tu decisión, estaré a tu lado el día de la boda. No porque crea que es lo mejor, sino porque eres mi amigo y no te dejaré solo en esto.

—Eso suena a sentencia de muerte —le recordó Wolf aliviado por el apoyo de Leif—.

—Es para que no se te olvide.

—Gracias, Leif. Significa mucho para mí que estés allí, aunque no estés de acuerdo con mis decisiones —bromeó Wolf.

—Afrontaremos lo que venga como siempre lo hemos hecho —Leif se acercó y le dio una palmada en el hombro a Wolf—. Ahora será mejor que prepares todo lo necesario. Una boda en tres semanas no es tarea fácil.

Los dos amigos se quedaron en silencio, compartiendo una comprensión tácita de los desafíos que les aguardaban. A pesar de las sombras del pasado y de las incertidumbres del futuro, sabían que su amistad seguiría siendo una constante, un faro en medio de la tormenta.

CAPÍTULO 12

El sol se alzaba lentamente por el horizonte, derramando una luz dorada sobre los campos verdes que se extendían más allá de lo que la vista alcanzaba. Brenna y Wolf cabalgaban en silencio por un sendero bordeado de frondosos árboles, cuyas hojas susurraban suavemente con la brisa. El ambiente estaba impregnado de serenidad, un contraste absoluto con el bullicio de la corte y las preocupaciones que les aguardaban en la ciudad.

A lo lejos, se oían los melodiosos trinos de los pájaros. El canto de los ruiseñores se mezclaba con los gorjeos de los mirlos y el zumbido ocasional de las abejas que volaban entre las flores silvestres. Era una sinfonía natural, calmante, que parecía envolverlos en una burbuja de paz. El aire fresco estaba impregnado de un ligero aroma a flores silvestres y hierba recién cortada, ese inconfundible olor terroso que siempre trae consigo un día soleado en el campo.

Finalmente, después de un rato, Wolf señaló un claro junto a un riachuelo que serpenteaba entre los árboles. Era el lugar perfecto para el picnic que habían planeado.

—Es un lugar perfecto —le dijo con una sonrisa—. Este roble nos protegerá del sol.

Desmontaron de sus caballos y, con una sonrisa cómplice, Wolf extendió una manta sobre la suave hierba.

—Hace un día precioso —afirmó ella alzando la vista hacia el cielo azul. No había ni una sola nube, algo insólito en esa época del año.

La luz del sol se filtraba entre las ramas del roble, creando patrones de sombras en el suelo. El riachuelo corría suavemente a pocos metros de ellos, sus aguas cristalinas emitían un murmullo relajante. El entorno entero parecía haber sido creado para ellos; el ambiente era tan perfecto que le arrancó a ella un suspiro complaciente.

Brenna se sentó con gracia sobre la manta, mientras alisaba la falda con cuidado. Wolf desataba una cesta de mimbre. Dentro había empacado frutas frescas, pan crujiente, queso curado y una botella de vino que Wolf había elegido especialmente para la ocasión.

Él le sirvió una copa de vino y luego le ofreció una rebanada de pan con queso. Sus miradas se cruzaron y, por un momento, el tiempo pareció detenerse. El mundo a su alrededor se desvaneció y todo lo que existía era la tranquilidad que compartían en ese espacio, la serenidad de dos almas que se encontraban en medio de la naturaleza.

Brenna levantó la copa y brindó en silencio por un momento que parecía irreal. Cuando finalmente habló, su voz era suave, casi un susurro.

—No recuerdo la última vez que sentí tanta paz.

Wolf sonrió con la mirada fija en ella, llena de una calidez que nunca antes había mostrado de forma tan abierta.

—La paz es rara para mí, pero contigo... parece fácil —respondió con voz grave.

El viento levantó suavemente unos mechones del cabello de Brenna, haciéndola parecer aún más etérea bajo la luz del sol. Tomó una fresa de la cesta y la mordió con delicadeza, mientras su mirada se dirigía al horizonte, donde la hierba danzaba con la brisa. Wolf la observaba con atención, como si quisiera grabar ese momento en su memoria para siempre.

¿Cuándo se había convertido Brenna en algo tan precioso para él? Lo ignoraba, pero le encantaba mirarla y escuchar su voz. Le encantaba ver cómo brillaban sus ojos cuando se sentía divertida o emocionada.

Después de comer, se recostaron sobre la manta, uno al lado del otro, mirando el cielo. Las nubes se movían lentamente, formando figuras abstractas que los dos señalaban y comentaban con pequeñas risas cómplices. Había una ligereza en sus conversaciones, una despreocupación

que contrastaba profundamente con las tensiones habituales de sus vidas.

De vez en cuando, el viento traía una ráfaga fresca que agitaba las hojas de los árboles y, en ocasiones, el sol, oculto tras las nubes, les acariciaba la piel con su cálida luz. Brenna se volvió hacia Wolf, cuya expresión se suavizó mientras la miraba. En ese momento, no era el marqués ni el hombre atormentado por su pasado; era simplemente él, el hombre que había llegado a significar más de lo que jamás habría esperado.

—Wolf —dijo ella en un susurro, casi como si temiera romper el hechizo del momento—, me alegra que hayamos hecho esto.

El la miró de vuelta, sus ojos llenos de algo que parecía más profundo que las palabras.

—Y a mí, Brenna. Acabo de descubrir la paz que siento cuando estoy a tu lado.

Terminaron de comer y Wolf lo recogió todo rápidamente porque se moría de ganas de estar más pegado a ella, quizás inclinado sobre su regazo. Tan solo pensarlo hizo que se le llenara el pecho de ansia.

El ambiente estaba perfumado con el aroma fresco de la hierba y las flores silvestres. Brenna sacó de su bolsa un libro pequeño y algo desgastado. Era un libro de versos, una recopilación de poemas que ella apreciaba desde hacía años.

Wolf la observó con una sonrisa perezosa, recostado sobre un codo mientras la brisa jugaba suavemente con su cabello.

—¿Qué tesoro escondido llevas ahí? —preguntó él, señalando el libro.

—Versos —respondió ella, con una sonrisa misteriosa, mientras abría el libro—. No es precisamente un libro de batalla o política, lo siento si te decepciona.

—No me decepcionas, Brenna —dijo él, divertido—. A veces, los versos pueden ser más poderosos que las espadas, aunque me sorprende que no me hayas clavado un poema, como ya haces con tus palabras.

—Todavía estás a tiempo —bromeó ella—. Aunque tal vez hoy te perdone. Si eres un buen oyente.

Ella pasó las páginas con cuidado, encontrando una sección que parecía haber sido leída muchas veces, marcada por los pliegues suaves en el papel. Se aclaró la garganta y comenzó a leer en voz baja, sus palabras fluían como una melodía entre los sonidos de los pájaros y el susurro de la brisa:

«Donde el viento se encuentra con el mar,
y las olas acarician la costa,
Ahí habita mi corazón,
en el rincón más profundo de mi ser».

Wolf la observaba en silencio, completamente atrapado por el sonido de su voz y la suavidad con la que recitaba los versos. Brenna levantó la vista un momento y se encontró con su mirada, fija en ella, y se sonrojó levemente antes de continuar:

«No hay promesas en el viento,
ni verdades escritas en la arena,
Pero en tu mirada veo el reflejo
de todo lo que nunca me atreví a soñar».

El silencio que siguió al último verso fue profundo, y por un instante solo se escuchaba el canto lejano de los pájaros. Brenna cerró el libro lentamente, sin apartar la mirada de Wolf.

—Es hermoso —dijo él en voz baja, y en su tono había algo sincero que la hizo estremecerse. Como tú.

Brenna sonrió, pero sus ojos mostraban algo más que simple satisfacción. A menudo había

leído versos para sí misma, para encontrar consuelo o inspiración, pero esta vez fue diferente. Había algo íntimo en leerle a Wolf, como si con cada palabra revelara una parte de sí misma que normalmente mantenía oculta.

—¿Quién es el autor? —le preguntó interesado.

—El autor de los versos es un poeta poco conocido, pero profundamente admirado en ciertos círculos literarios —empezó a decirle ella—. Se llama Alaric Thornwell. Su obra está cargada de emociones sutiles y metáforas sobre la naturaleza y el corazón humano —continuó diciéndole, emocionada—. Lo descubrí en una pequeña librería durante uno de mis viajes.

—No lo conocía —respondió él con sinceridad.

—Los versos de Thornwell resuenan en lo más profundo de mi alma y a menudo encuentro consuelo y verdad en sus palabras.

—Parece un artista complicado... como tú.

—No soy tan complicada —bromeó, intentando aliviar la intensidad del momento—. Solo me gustan los versos bonitos.

—No es que seas complicada —replicó Wolf, acercándose un poco más—. Es que eres un misterio. Y los misterios, querida, son lo que hace la vida interesante.

Brenna lo miró a los ojos y se dio cuenta de que, tal vez, él había captado mucho más de lo que había pretendido revelar con esos versos. Pero, en lugar de sentirse expuesta, sintió una extraña paz. Y, mientras los rayos del sol iluminaban el campo a su alrededor, pensó que, tal vez, solo tal vez, estar junto a Wolf podría no ser una mala elección después de todo.

—¿Te apetece caminar un poco? —le ofreció él.

—Claro que sí —aceptó ella.

Allí, bajo la sombra de un roble centenario, Wolf y Brenna bromearon e intercambiaron palabras con esa mezcla de agudeza y provocación que ambos parecían disfrutar.

Dejaron todo y caminaron hacia el río, que discurría tranquilo. La conversación había comenzado de forma ligera, pero, como era habitual en ellos, rápidamente derivó en un duelo de ingenio.

—Debo admitir —dijo Brenna, mirándolo de reojo—, que me sorprende que puedas caminar y hablar al mismo tiempo. ¿Es una habilidad que se adquiere con la edad o es algo innato en los marqueses?

Wolf la miró con una sonrisa torcida y en sus ojos se dibujaba una expresión divertida.

—Oh, querida Brenna, es innato. A diferencia de ti, que necesitas detenerte a pensar cuál será tu próxima ironía.

Brenna fingió indignación, llevándose una mano al pecho.

—¡Yo no necesito pensar! Mi agudeza es espontánea y natural. Soy una verdadera flor en el desierto de las conversaciones.

—¿Una flor? —replicó Wolf con un tono sarcástico—. Diría que más bien eres una espina disfrazada de flor.

Brenna alzó las cejas con fingida inocencia.

—¿Es una queja, marqués? Si no fueras tan débil ante un buen desafío, quizá no sentirías la punzada.

Wolf soltó una suave carcajada, cruzó los brazos mientras caminaba junto a ella.

—¿Débil, dices? Te olvidas de que te estoy aguantando a ti. Y eso, mi estimada, debería contar como una hazaña épica.

Brenna se detuvo de golpe, obligándolo a hacer lo mismo. Lo miró con una chispa en los ojos.

—Oh, ¿así que me estás «aguantando»? Qué curioso, porque desde mi punto de vista, soy yo la que está soportando tu constante arrogancia.

Wolf dio un paso más cerca, reduciendo la distancia entre ambos. Había una intensidad en su mirada que contrastaba con el tono ligero de su conversación.

—Arrogancia, dices... —murmuró, inclinando ligeramente la cabeza hacia ella—. Yo lo llamaría confianza bien fundamentada. Después de todo, no me has contradicho.

Brenna ladeó la cabeza, levantando la barbilla con un aire desafiante.

—Confianza mal colocada. Es cuestión de tiempo antes de que te des cuenta de que no eres tan irresistible como crees.

Wolf sonrió, pero su tono se volvió más bajo, casi un susurro.

—¿Y qué pasa si te demuestro lo contrario?

Brenna lo miró fijamente, esbozando una sonrisa provocadora.

—No puedes demostrar lo que no es cierto.

El silencio que siguió fue pesado, cargado de algo más que palabras. Los dos estaban tan cerca que podía sentir el calor de su respiración. Entonces, en un movimiento inesperado pero inevitable, Wolf se inclinó y la besó.

El beso fue profundo, cargado de todo lo que sus palabras habían estado insinuando durante semanas. No había espacio para las bromas o las pullas en ese momento. Solo el momento, la pasión y el reconocimiento tácito de lo que siempre había estado ahí, bajo la superficie.

Cuando se separaron, ambos respiraban entrecortadamente. Brenna fue la primera en hablar, aunque su voz estaba un poco más suave de lo que pretendía.

—Bueno... tal vez... un poco irresistible.

Wolf soltó una risa baja y satisfecha, y sus ojos brillaron de triunfo.

—Te lo dije.

—No te acostumbres —replicó Brenna con una sonrisa, aunque sin moverse ni un centímetro.

—Oh, ya me estoy acostumbrando.

El día avanzaba lentamente, pero ninguno de los dos tenía prisa por regresar. Estaban juntos, alejados de las obligaciones y las expectativas, y por una vez eso era todo lo que importaba.

CAPÍTULO 13

—Pareces el gato que se ha comido al ratón —la voz de Leif le llegó lejana.

Wolf tenía la mente en otro lugar: en un claro del bosque donde le dio un beso apasionado a Brenna.

—Estaba pensando en Cassian.

—¡Mentiroso! —lo contradijo su amigo—. Por el brillo de tus ojos y esa sonrisa almibarada, estoy seguro de que no estás pensando en Cassian, sino en una complicada dama de la corte.

Wolf lo miró de frente.

—Mi prometida —afirmó el otro.

Leif soltó un largo suspiro.

—Falta una semana para la esperada boda.

Era cierto. Tras el anuncio del compromiso, la alta sociedad esperaba impaciente el tan ansiado día. No era habitual que dos casas tan importantes se unieran en un matrimonio que no parecía concertado, sino sumido en una pasión pagana. Cada vez que los prometidos se encontraban por los pasillos del castillo, saltaban chispas. Ninguno de los presentes tenía duda alguna de la atracción sexual que sentían el uno por el otro. Leif tampoco.

—Cuando seamos marido y mujer —continuó Wolf—, pienso pedirle que abandone la corte.

La inesperada afirmación de Wolf logró que las cejas de Leif se alzaran en un interrogante.

—Precisamente lady Collins se casa contigo para poder mantener su puesto en la corte —aseveró su amigo—. ¿Lo has olvidado?

No, no lo había olvidado, pero sus intereses con respecto a ella cambiaban a medida que pasaban los días. Si Brenna continuaba en la corte, pasar tiempo con ella sería algo imposible de lograr, y él estaba comenzando a sentir una necesidad de su compañía desconocida hasta ese momento. Iban a tener un matrimonio pactado, pero él ya no se conformaba solo con eso. Soñaba por las noches en tomarla entre sus brazos, tumbarla en el lecho, desnudarla poco a poco, y hacerle el amor como un loco. De repente, Wolf quería hacerla suya, entregarle su simiente, y que le diera hijos hermosos y sanos.

—No puede ser cierto lo que estoy viendo —escuchó que le decía Leif.

Entre los dos amigos se suscitó un largo silencio.

—¡Por san Jorge! —exclamó Leif.

—¿Te ha dado un acceso religioso? —le preguntó el amigo.

—¡Estás en celoso!

Los ojos de Wolf se entrecerraron.

—Me gusta mi prometida —admitió con franqueza—. Me siento un hombre afortunado.

Leif soltó una carcajada, sorprendido por la franqueza de su amigo.

—¿Afortunado? ¡Te escuchas como un poeta enamorado! —exclamó, sacudiendo la cabeza con incredulidad—. Y pensar que no hace mucho hablábamos de este matrimonio como un simple arreglo conveniente. Ahora me sales con que te sientes afortunado.

Wolf esbozó una sonrisa.

—Las cosas cambian.

Leif lo miró fijamente, en busca de alguna señal que le indicara si Wolf estaba bromeando o hablando en serio. Finalmente, se cruzó de brazos, resignado.

—Bien, ¿qué piensas hacer entonces? Porque, según lo que escucho, planeas encerrarla en

tu mansión y apartarla de la corte.

Wolf se encogió de hombros, como si la respuesta fuera obvia.

—Eso dependerá de ella, pero no puedo negar que me gustaría tenerla solo para mí.

Leif lo miró con una mezcla de asombro y burla.

—Estás más que encelado, amigo. ¡Estás enamorado y ni siquiera lo sabes! —le dijo, golpeándolo en el hombro—. Eso es lo que pasa cuando empiezas a desear cosas más allá de lo pactado.

Wolf frunció el ceño, pero no negó las palabras de su amigo. Aunque aún no podía admitirlo, en su interior lo sabía. Brenna no era solo una prometida conveniente, era una mujer que había despertado algo en él, algo que no esperaba y que empezaba a consumirlo.

Leif, por otro lado, lo observaba con esa chispa burlona en los ojos, saboreando el hecho de que, finalmente, su amigo, el frío y controlado marqués de Winkworth, estaba cayendo en las redes del amor.

Leif no pudo resistir soltar una última broma:

Algo que hable de un lobo feroz enamorado de una dama intrépida —comentó con una sonrisa astuta.

Wolf lo miró de reojo, ignorando su burla.

—Hazlo si te place, pero no te sorprendas si te lo hago tragar en la recepción.

—¡Ah, la amenaza del amante apasionado! —se burló Leif, llevándose una mano al pecho como si lo hubiera herido de muerte—. Debo empezar a escribir de inmediato, ¡será una oda trágica!

Wolf dejó escapar una leve risa y, por un momento, el peso de la responsabilidad y la expectativa que giraban en torno a su boda desaparecieron. El aire entre los dos amigos se relajó, aunque Leif no dejaba de lanzar miradas curiosas a su amigo, intrigado por lo que estaba ocurriendo en su interior.

—Wolf —dijo Leif más serio esta vez—, sé que el matrimonio no era lo que querías, pero no puedo dejar de notar lo mucho que Brenna te ha cambiado. Espero que, cuando todo esto pase, no te cierres.

Wolf, que hasta ese momento había mantenido la mirada en el horizonte, se giró lentamente hacia Leif.

—No me estoy cerrando —dijo, más para convencerse a sí mismo que a su amigo—. Solo... no estaba preparado para desear algo más que un acuerdo.

Leif lo observó en silencio, dejando que esas palabras calaran en su mente. Finalmente, rompió el silencio con una sonrisa ladina:

—Bueno, en ese caso, será mejor que no pierdas tiempo. Tu boda está a una semana de distancia y, si sigues así, necesitarás algo más que un pacto para mantener las cosas en marcha.

Wolf soltó una risita, volviendo a recostarse contra el respaldo de su silla. El claro donde había besado a Brenna se le presentaba vívido en la mente, así como los versos que ella le había leído y la luz suave del atardecer que jugaba en su cabello. Pensar en ella se estaba convirtiendo en una distracción constante.

Y, aunque no lo admitiera abiertamente, una semana parecía demasiado tiempo para esperar.

—Tendré paciencia —murmuró, aunque el tono de su voz denotaba lo contrario.

Leif sonrió ante aquella respuesta. Sabía que, cuando Wolf se permitiera ser plenamente consciente de lo que estaba sintiendo, esa paciencia no iba a durar mucho más.

CAPÍTULO 14

A Brenna le pareció, cuanto menos extraño, ver a un hombre escondido entre las sombras del jardín. Si no fuera por la larga reunión que había mantenido con la reina, ya llevaría varias horas dormida. Sin embargo, su apresurado paso por el jardín en plena oscuridad la había puesto en alerta. Atajar por el sendero había sido su elección para llegar antes a sus aposentos, pero la figura que se ocultaba entre los setos la puso en guardia.

Se detuvo, con el corazón latiéndole con fuerza en los oídos. Pensó en retroceder, pero una curiosidad temeraria la empujó a seguir adelante. El susurro del viento entre las ramas y el crujir de las hojas bajo sus pies eran los únicos sonidos en el ambiente. Brenna se deslizó en silencio por el sendero, acercándose cautelosamente a la sombra. Cada paso lo daba medido, procurando que el crujido de las hojas bajo sus pies no delatara su presencia. Su instinto le decía que había algo extraño en aquella figura oculta en las sombras, más allá del simple juego de seducción que había imaginado en su mente. Mientras observaba, otra figura emergió del lado opuesto del jardín. Dos hombres. Un encuentro clandestino.

Se agazapó detrás de un seto alto, conteniendo el aliento. El susurro del viento parecía amplificar el murmullo de las voces, haciéndolo más nítido. Escuchó fragmentos sueltos, palabras cargadas de tensión.

A unos metros, dos figuras encapuchadas intercambiaban palabras en un murmullo casi inaudible, pero las palabras que lograba distinguir bastaban para inquietarla. Se ocultó mejor, acurrucada detrás de un rosal, mientras sus ojos se adaptaban a la oscuridad. Uno de los hombres, alto y robusto, mantenía una postura firme, como si su mera presencia dominara ese rincón del palacio. El otro, más delgado y nervioso, gesticulaba de forma exagerada, como si lo que estuviera diciendo fuera de la mayor importancia.

—El ataque está programado para cuando el marqués no esté —dijo el más delgado, mirando a su alrededor como si temiera ser descubierto—. Con él fuera de juego, será fácil imponer nuestras condiciones.

Brenna sintió que el estómago se le contraía al oír aquello. Estaban hablando de Wolf. Estaban planeando algo en su contra y, por lo que parecía, el golpe sería inminente.

—No seas idiota —replicó el otro, con voz baja pero severa—. Debemos ser precisos. La corte debe estar dividida. Necesitamos más aliados antes de hacer cualquier movimiento. Lady Collins es crucial en esto. Sin su influencia, no lograremos fracturar a la nobleza.

Brenna abrió los ojos de par en par. Su nombre había sido mencionado. ¿Qué influencia podían querer de ella? ¿Y por qué?

El hombre más delgado asintió con desconfianza.

—Lady Collins no sabe nada —respondió en tono conspirativo—. Pero cuando caiga el marqués, ella quedará expuesta. Será más fácil convencerla de que nos apoye cuando no tenga protección.

Brenna tragó saliva con fuerza, sintiendo cómo el miedo se instalaba en su pecho. No solo estaban planeando algo contra Wolf, sino que también la estaban usando a ella como una ficha en su retorcido juego. La conspiración se extendía mucho más allá de una simple traición palaciega. Querían desestabilizar la corte e, incluso, tal vez debilitar al reino.

Los dos hombres intercambiaron un sobre. Brenna no podía ver claramente su contenido, pero al verlo moverse de mano en mano, supo que debía ser algo importante. ¿Cartas incriminatorias? ¿Una lista de nombres? Era imposible saberlo desde su escondite, pero estaba segura de que lo que contenía ese sobre podía ser la clave para desenmascarar la conspiración.

De repente, el hombre robusto se dio la vuelta, crujieron sus botas contra las piedras del jardín, y ambos se dispusieron a marcharse. Brenna contuvo la respiración mientras se agachaba más, con los sentidos completamente alerta. Esperó hasta que las sombras de los dos hombres desaparecieron por completo en la oscuridad y entonces se atrevió a moverse.

Cuando se levantó, notó que sus piernas temblaban. Dio un par de pasos, intentando asimilar lo que había escuchado. Era información peligrosa, no había duda, pero aún no tenía pruebas suficientes para detenerlos. En ese momento, cuando se disponía a regresar al palacio, vio que algo brillaba débilmente bajo la luz de la luna. Era un pequeño trozo de papel, un pergamino que uno de los conspiradores había dejado caer sin darse cuenta.

Lo recogió rápidamente y lo desenrolló con cuidado. El papel estaba cubierto de símbolos y palabras en clave. Brenna frunció el ceño, intentando descifrar lo que tenía entre las manos, pero nada tenía sentido a simple vista. Sabía que ese mensaje era crucial, quizá la pieza que necesitaba para comprender el plan en su totalidad.

No había tiempo que perder. Guardó el pergamino entre las capas de su vestido, mientras su mente trabajaba rápidamente en el siguiente paso. Iría directamente a Wolf. Él debía saber lo que estaba ocurriendo, lo que estaban tramando en su contra y, de algún modo, debían descifrar ese mensaje antes de que fuera demasiado tarde.

Corrió a través del jardín, esquivando las sombras, protegida del viento frío que le azotaba el rostro. Sus pensamientos se entrelazaban con el miedo y la determinación. Si alguien más estaba al tanto de lo que había visto, su vida también correría peligro. Pero había algo aún más poderoso que ese temor: el deseo de proteger a Wolf, de detener a aquellos que querían destruir todo lo que conocían.

Tenía que desentrañar el misterio antes de que fuera demasiado tarde.

—Lady Brenna, ¿ocurre algo? —preguntó la joven con voz temblorosa.

Brenna le dio una sonrisa tranquilizadora, aunque notaba cómo le latía el corazón con fuerza.

—He recibido un mensaje del hospital donde está mi madre. Necesitan que me acerque de inmediato —respondió, sabiendo que la mentira era la única forma de poder salir del palacio sin levantar sospechas. Quiero que avises al cochero y al palafrenero. Voy a necesitar el carruaje.

La doncella asintió con rapidez, sin cuestionar la urgencia en su voz. Brenna la observó marchar por los pasillos, sus pies se deslizaban silenciosamente por el suelo de mármol, mientras ella permanecía quieta, apretando el pergamino escondido en su pecho.

No había vuelta atrás.

Mientras esperaba, su mente se llenó de pensamientos caóticos. Tenía que llegar a la casa de Wolf antes de que fuera demasiado tarde. El mensaje en clave podía contener una pista vital para desenmascarar a los conspiradores y, si algo sabía de Wolf, era que él sabría cómo descifrarlo. Pero también era consciente de lo que esto implicaba: se estaba exponiendo a un peligro mayor, uno que podía destruir no solo su reputación, sino todo lo que había construido en la corte.

El carruaje estuvo listo en cuestión de minutos. Brenna salió con rapidez, ajustando su capa para cubrirse del frío nocturno. A los ojos de cualquier curioso que la viera, parecía simplemente una dama preocupada por la salud de su madre.

—Al hospital, milady —dijo el cochero cuando ella se acomodó en el asiento trasero.

Brenna negó con la cabeza, mirando a ambos lados para asegurarse de que no había nadie escuchando.

—No, a Berwent Hall, en Belgrado. Es un asunto urgente que no debe comentarse con

nadie, ¿me entiende?

El cochero, acostumbrado a los secretos y órdenes cambiantes de la nobleza, simplemente asintió y dio una orden al palafrenero para cambiar de rumbo. El carruaje avanzó rápidamente por las calles adoquinadas, mientras el silencio de la noche se envolvía en un manto de incertidumbre.

Brenna respiró hondo y miró por la ventana mientras las sombras de la ciudad pasaban rápidamente. Cada minuto que pasaba parecía alargarse, como si el tiempo se dilatara con la tensión que sentía en su interior. ¿Y si estaba siendo observada? ¿Y si alguien en el palacio sabía lo que había escuchado?

Finalmente, el carruaje se detuvo frente a la majestuosa residencia de Wolf. Brenna bajó rápidamente y golpeó la puerta, consciente de la hora tardía. Tras unos instantes, uno de los criados abrió, sorprendido de ver a aquella dama a aquellas horas intempestivas.

—Necesito ver al marqués de Winkworth de inmediato —dijo Brenna con voz firme, que no admitía oposición.

El criado dudó por un momento, pero asintió y la hizo pasar. No tardaría mucho en estar frente al hombre que, sin saberlo aún, se había convertido en su única esperanza.

CAPÍTULO 15

Wolf bajó las escaleras todavía medio adormilado, solo vestido con unos pantalones de seda azul oscuro y una bata de satén burdeos que colgaba abierta, revelando su torso. Su cabello estaba desordenado y sus ojos, aunque alertas, mostraban una mezcla de sorpresa y preocupación.

—¡Brenna! —exclamó al verla en el umbral de la puerta del salón, con la capucha de su capa ya retirada, revelando su expresión seria.

Brenna tragó saliva al sentir cómo el calor del interior de la casa empezaba a calmar el frío que había soportado durante el trayecto. No pudo evitar notar lo imponente que estaba Wolf incluso en ese estado de descuido. Pero no era momento de distraerse.

—Lamento la hora de esta visita intempestiva, pero tengo algo urgente que entregarte —dijo con voz firme, aunque su corazón seguía latiendo con fuerza.

Wolf se acercó a ella, frunciendo el ceño.

—¿Qué ha pasado? —preguntó, claramente preocupado—. ¿Es tu madre? ¿O algo en la corte?

Brenna negó con la cabeza y le extendió el pergamino que había guardado celosamente en su pecho. Se lo tendió sin decir palabra. Wolf lo tomó con una mezcla de curiosidad y cautela, desplegándolo lentamente.

—Lo encontré en los jardines esta noche —explicó Brenna con voz apenas un susurro. Dos hombres estaban conspirando. Escuché parte de su conversación antes de que se marcharan y a uno de ellos se le cayó algo.

Wolf no desvió la mirada del pergamino, pero sus dedos se tensaron al desplegarlo. Sus ojos recorrieron el contenido en silencio. La escritura estaba en clave, pero él estaba acostumbrado a esos mensajes cifrados. Lo que vio le hizo fruncir aún más el ceño.

—Este es un mensaje codificado... Y no cualquiera —dijo finalmente, mirándola con intensidad—. Están jugando a un juego muy peligroso, Brenna.

Ella lo miró desafiante, levantando la barbilla.

—No podía dejarlo ahí. Tú eres el único en quien confío para esto.

Wolf se acercó a ella y sus ojos ardían con una mezcla de preocupación y admiración. Sabía que Brenna no era como las demás damas de la corte, pero su valentía y audacia lo sorprendían más cada día. Temía que se expusiera al peligro y su corazón no sabía cómo lidiar con lo que sentía por ella.

—Has hecho bien en traérmelo, pero ahora estás en medio de algo mucho más grande de lo que te imaginas —dijo en voz baja, con la mirada fija en la suya.

El silencio que siguió fue pesado, cargado de una tensión que no tenía que ver solo con el pergamino. Ambos sabían que algo más se estaba gestando entre ellos, algo que había ido creciendo desde que anunciaron su compromiso. Wolf, incapaz de contener el impulso, alzó una mano y acarició suavemente el rostro de Brenna.

—No deberías estar aquí —murmuró, aunque no hizo ningún movimiento para apartarse—. Pero me alegro de que vinieras.

Brenna sintió cómo su piel se erizaba al contacto con sus dedos. Su respiración se volvió más pesada y, aunque sabía que el peligro que los rodeaba no había desaparecido, en ese momento solo existían Wolf y la sensación de estar demasiado cerca de él.

—No me arrepiento de haber venido —respondió ella, en sus palabras se podía intuir una especie de confesión.

El espacio entre ellos se redujo hasta que ya no hubo más distancia que cubrir. Los ojos de Wolf bajaron a sus labios y, antes de que pudiera detenerse, se inclinó hacia adelante y la besó. Fue un beso cargado de urgencia, de una pasión que había estado contenida demasiado tiempo. Brenna le devolvió el beso con la misma intensidad, como si ese momento fuera inevitable, como si desde el primer día sus destinos hubieran sido empujados hacia ese instante.

La sensación de sus labios, el calor que los envolvía, hizo que ambos olvidaran por un segundo el peligro en el que estaban inmersos. Solo existía el latido compartido de sus corazones y la certeza de que, pasara lo que pasara, ya no había vuelta atrás.

—Te deseo con toda mi alma —le confesó de pronto.

La mirada de Brenna se intensificó, se lamió el labio inferior y bajó la barbilla.

—Yo también siento algo especial...

Wolf no necesitó más invitación. La tomó en brazos y subió con ellas las escaleras de dos en dos. La puerta de su alcoba estaba entreabierta porque, con las prisas por encontrarse con ella después de recibir su mensaje, se le había olvidado cerrarla. Ahora lo hizo con el pie, caminó con ella en brazos y la dejó suavemente a los pies del amplio lecho. Las sábanas estaban revueltas, pero Brenna no sintió ni vergüenza ni cobardía.

Wolf la miró intensamente.

—Voy a besarte.

Inclinó la cabeza para encontrar su boca. El roce de sus labios fue tan suave como el aleteo de una mariposa. Al principio, apenas un roce sutil, como una promesa, como si ambos estuvieran probando la resistencia de la barrera invisible que los había mantenido alejados hasta entonces. Fue un instante de pura anticipación, como si el mundo se suspendiera en el aire, esperando a que uno de los dos se atreviera a cruzar esa frontera.

Después, el beso se hizo real. Se encontró con la firmeza de los labios de Wolf contra los suyos, que respondían con igual fervor. No había más dudas, ni titubeos. Era un beso profundo, lleno de una intensidad que Brenna no había experimentado jamás. Los labios de Wolf se movían con una mezcla de posesión y devoción, como si intentara traspasarle cada emoción que no se atrevía a expresar en palabras. Brenna se entregó a ese beso, abriendo sus labios para sentirlo más cerca, para dejarlo entrar más profundo en su ser.

El sabor de Wolf era una mezcla de algo salvaje y limpio, con un toque de lo que había sido el vino en su aliento y la esencia de la noche fresca que los envolvía. Brenna se perdió en ese sabor, embriagada por la sensación de estar probando algo prohibido, algo que solo ella podía tener en ese instante. Wolf, por su parte, sintió el dulzor de ella, la suavidad de su boca que lo arrastraba a un lugar donde solo existían ellos dos.

Mientras se besaban, el resto de sus cuerpos se acercaban instintivamente. Los brazos de Wolf rodearon la cintura de Brenna, atrayéndola hacia él con una urgencia desesperada, queriendo sentir cada línea de su cuerpo contra el suyo. Brenna levantó las manos y las deslizó por la nuca de Wolf, enredando los dedos en su cabello, tirando de él hacia ella, como si la cercanía no fuera suficiente, como si necesitara más de él, más de su calor, más de su tacto.

El cuerpo de Brenna se moldeó perfectamente contra el de Wolf. Él podía sentir cada curva de su cuerpo, el latido acelerado de su corazón que competía con el suyo. Sus grandes y firmes manos bajaron por su espalda, presionando suavemente pero con determinación, descubriendo cada centímetro de su figura a través del delicado tejido de su vestido. Ella se sentía ligera entre sus brazos, pero el calor de su cuerpo y la tensión que irradiaba lo hacían sentir más vivo que nunca.

Brenna, por su parte, notaba cómo el cuerpo de Wolf se endurecía contra el suyo. La

fortaleza de sus músculos, la calidez de su piel bajo la seda: todo ello era una sensación embriagadora. Sentía el calor que irradiaba de él, ese calor que la envolvía, haciéndola desear no apartarse nunca de su lado. Era como si todo lo que había conocido antes se desmoronara ante la realidad de lo que significaba estar en sus brazos, de lo que significaba pertenecer a él, al menos en ese instante.

Cada sensación física recorrió sus cuerpos como un relámpago. El calor que comenzaba en sus labios y se extendía hasta los dedos de los pies. El cosquilleo en el estómago de Brenna se intensificaba con cada movimiento de su boca, con cada roce de su lengua. Los dedos de Wolf, que ahora acariciaban la base de su columna, enviaban chispas de electricidad por su piel. Cada vez que él la acercaba más, su propia piel ardía, incapaz de contener toda la emoción que se encendía dentro de ella.

Para Wolf, besar a Brenna era como abrir una puerta a un mundo desconocido. Todo a su alrededor desaparecía. Ya no había intrigas ni obligaciones. Solo existía ella, la suavidad de su boca, el calor de su cuerpo y esa sensación abrumadora de que lo que estaban compartiendo era tan poderoso que no había escapatoria. Sus labios lo consumían, su cercanía lo embriagaba y el deseo que sentía lo recorría como una tormenta, desgarrando cada parte de él que antes se mantenía bajo control.

Las caricias de él se volvieron más atrevidas, pues sin darse cuenta le había desabrochado el vestido, que quedó lacio hasta su cintura.

—Te deseo con una fuerza que no puedo controlar —le susurró al oído mientras la acariciaba con placer.

Brenna sintió una debilidad en las rodillas, como si el beso y las caricias la vaciaran de fuerza, y al mismo tiempo la llenaran de algo más potente. Las sensaciones en su piel se multiplicaban y sus propios deseos la inundaban como una corriente imparable. El fuego que se iniciaba en su vientre se expandía hacia su pecho, sus piernas, sus brazos, cada parte de su ser que pedía más, que quería entregarse por completo. Las caricias no solo la tocaban en la piel, sino en lo más profundo de su alma, en un lugar que ni siquiera sabía que existía.

Wolf la fue inclinando hacia atrás, y de repente, los dos estaban desnudos sobre la cama. Tan concentrada estaba Brenna en sus besos y caricias que no se había percatado de que la desnudaba, y no le importó. Wolf lograba que no sintiera azoramiento, sino ansia por llegar a ese lugar que le había mostrado con sus besos y caricias.

Wolf se posicionó entre sus muslos y, tan enfebrecido como estaba por poseerla, no fue todo lo cuidadoso que le hubiera gustado. La penetró de una embestida y se enterró hasta la misma raíz en el vientre aterciopelado de ella. La sintió ponerse rígida, pero solo fue un instante.

—Te siento en mi interior, poderoso —susurró ella al mismo tiempo que trataba de acomodarse a la invasión.

Wolf tuvo que contenerse para no derramarse allí mismo. Esperó unos segundos y entonces comenzó un suave balanceo para que ella se adaptara a sentirlo en su interior. Que ella comenzara a responderle con el movimiento de sus caderas casi le cuesta la vida, pero cuando vio que se mordía ligeramente el labio inferior mientras gemía, le dio el pistoletazo de salida para entregarse con todo su ser a complacerla. Y lo hizo de forma memorable, marcándola con cada embestida, con cada beso con el que trataba de arrancarle el alma. Embistió una y otra vez hasta que ya no pudo controlarse más y lanzó un rugido de auténtico placer, que fue seguido por los grititos de placer que ella susurró.

Wolf se derramó en el interior de Brenna al mismo tiempo que percibía las contracciones de su placer, que la invadía en oleadas.

Los dos necesitaron un momento para recuperarse.

Cuando por fin se separaron, apenas lo hicieron unos centímetros. Sus respiraciones eran irregulares y sus pechos subían y bajaban al mismo ritmo. Wolf la miró con los ojos encendidos por algo que no se podía describir con palabras, y Brenna supo que ya no había marcha atrás. Su cuerpo aún vibraba con el eco del clímax, sus labios estaban hinchados por la intensidad del contacto y su corazón latía tan rápido que sentía que podría estallar.

—Brenna...

Ella solo pudo mirarlo, con los labios entreabiertos, sin palabras, pero con la certeza de que, a partir de ese momento, nada volvería a ser igual.

CAPÍTULO 16

Era la fiesta previa al enlace de Wolf y Brenna. El salón de baile brillaba con una luz dorada. Los candelabros de cristal colgaban del alto techo y proyectaban una luz suave sobre las sedas y los brocados de los invitados. Las risas discretas, el murmullo de las conversaciones y el sonido de los violines llenaban el aire, envolviendo la atmósfera en un aire de opulencia y elegancia. Las columnas de mármol que enmarcaban el salón parecían aún más majestuosas bajo la luz crepuscular y las amplias puertas abiertas daban vista a los jardines, donde la brisa nocturna traía el aroma de las rosas y el jazmín. Por insistencia de la reina, ella había invitado prácticamente a toda la nobleza del reino. No habría pensado que los salones de palacio pudieran albergar a tanta gente, pero se había equivocado.

Aunque lamentaba que la reina no estuviera presente en su fiesta previa al enlace, Brenna le agradecía el enorme detalle de prestarle los salones de palacio para tal evento.

Entró en el salón con una elegancia calculada, y su vestido de seda color azul oscuro rozaba el suelo. Su porte era impecable, pero por dentro estaba alerta, observando el lugar en busca de los conspiradores. Desde que había entregado el pergamino a Wolf, se había dado cuenta de que la trama en su contra era más grande de lo que imaginaba. Aquella noche en el jardín no fue un incidente aislado; aquel baile era otra jugada en el tablero de un juego mucho más peligroso.

Mientras se movía entre la multitud, fingiendo cortesía y sonrisas, divisó a uno de los hombres de la reunión clandestina. Era el hombre delgado, el que parecía más nervioso aquella noche. Estaba de pie cerca de una columna, hablando con otro noble, pero sus ojos no parpadeaban; escrutaban la sala. Parecía estar esperando algo o a alguien.

«Wolf tenía razón al insistirme en que invitara a tanta gente», se dijo Brenna, quien en parte se sintió aliviada. «Ese hombre se está preparando para algo.

Cruzó el salón saludando a conocidos y amigos de la corte y manteniendo una conversación ligera mientras su mente trabajaba a toda velocidad. Wolf también estaba en el salón, pero se mantenía apartado, como habían acordado. El objetivo era no levantar sospechas. Si los conspiradores creían que tenían el control, sería más fácil atraparlos en su propia red.

De repente, sintió una presencia a su espalda. Se giró ligeramente y vio al hombre robusto que había estado en el jardín aquella noche. Vestía un uniforme militar, su porte era intimidante y su mirada, calculadora. Brenna mantuvo la compostura, pero se le revolvió el corazón. Ese hombre era peligroso. Lo sabía solo con mirarlo.

—Lady Collins —dijo el hombre, inclinando la cabeza en un saludo cortés—. No esperaba verla en este rincón del salón. ¿Se está ocultando de la multitud?

Brenna sonrió con suavidad, disimulando su inquietud.

—Solo estoy disfrutando de un momento de tranquilidad, mi señor. A veces, los grandes bailes pueden ser un poco... agobiantes.

Él asintió, pero había algo en sus ojos, una especie de sospecha. Parecía estar evaluándola, probando su reacción.

—Es cierto. —Hizo una pausa, como si estudiara sus palabras una a una—. Aunque debo decir que he notado que últimamente está un tanto... ocupada. ¿Asuntos familiares quizás? ¿O algo más?

El tono casual no encajaba con la mirada afilada que le lanzaba. Brenna sabía que él estaba tanteando el terreno, tal vez sospechando que ella sabía más de lo que debía. Pero no podía dejar que él se diera cuenta de lo que había escuchado.

—Asuntos de la corte, como siempre —respondió con una ligera risa—. Nada que no pueda manejar. Pero agradezco su preocupación. Es todo un honor, milord.

—¿Tardará mucho la reina en honrarnos con su presencia? —le preguntó interesado.

Brenna era la dama preferida de la monarca y era una de las pocas personas que conocía sus movimientos.

—Me temo que su majestad no regresará a tiempo —respondió con una sonrisa contenida—. La cacería le ha llevado más tiempo del que pensaba.

El hombre entrecerró los ojos porque creyó entender que la dama le hablaba con doble sentido, pero antes de que pudiera responder, sonó un sonido familiar en el salón: la llamada para el siguiente baile. Era una melodía alegre y vibrante, perfecta para distraer a la multitud.

—Espero que disfrute del resto de la velada, lady Collins —dijo el hombre con una ligera inclinación antes de marcharse.

Brenna respiró aliviada, pero sabía que la calma solo duraría un tiempo. Los conspiradores estaban en el salón y el plan debía de estar avanzando.

Al otro lado del salón, Wolf la observaba. Estaba junto a un grupo de nobles, sonriendo y hablando como si no tuviera una preocupación en el mundo, pero sus ojos seguían a Brenna con atención. Sabía que ella estaba jugando un papel crucial esa noche. Juntos, habían descifrado parte del mensaje que había encontrado y lo que reveló fue más alarmante de lo que cualquiera hubiera esperado.

Los conspiradores planeaban algo para esa misma noche. Y si Wolf y Brenna no lograban detenerlo, las consecuencias podrían ser un conflicto que sacudiría los cimientos del reino.

Wolf se movió entre la multitud, manteniéndose a una distancia prudente de Brenna, pero siempre con ella en su campo de visión. Sabía que el hombre robusto había hablado con ella. Era uno de los cabecillas, y su presencia allí confirmaba que el ataque se estaba preparando.

Un giro inesperado en el baile permitió que Wolf y Brenna se intercambiaran una mirada. No necesitaban palabras. Ambos sabían lo que estaba en juego.

De repente, los dos conspiradores se dirigieron hacia una puerta lateral. Brenna, simulando un despiste, dejó su sitio en el salón y los siguió a una distancia prudente. Wolf hizo lo mismo desde el otro extremo, coordinados pero distantes, como dos cazadores que acechan a su presa.

Los hombres llegaron a una pequeña sala de espera cerca del salón principal. Las puertas se cerraron tras ellos, pero Brenna, astuta y decidida, se acercó a escuchar desde el pasillo, manteniéndose en la penumbra. Wolf se mantuvo un poco más atrás, cuidando las posibles entradas y salidas, como habían planeado.

Dentro, las voces de los dos hombres se elevaron en una conversación apresurada y tensa. Lo que Brenna escuchó hizo que le martilleara el pecho.

—Los guardias estarán cambiando su turno en diez minutos —dijo el hombre robusto—. Nadie sospechará que es un ataque interno. La mitad del ejército nos sigue. Cuando el marqués caiga, la corona quedará vulnerable.

—Y entonces —dijo el hombre delgado—, podremos tomar el control. La corona no podrá evitarlo. Todo ha sido planeado para que parezca una traición interna, y todo se desmoronará.

Brenna apretó los puños. Se trataba de un golpe al Reino. Sintió el frío del mármol bajo sus pies a través de sus zapatos y el eco distante del violín en el salón de baile parecía desvanecerse frente al peso de lo que acababa de escuchar. Los conspiradores, aquellos hombres que parecían formar parte del entorno refinado de la corte, estaban planeando algo impensable: un golpe contra la corona, un ataque desde dentro, aprovechando las debilidades del sistema de seguridad del palacio.

El hombre robusto habló de nuevo, con su tono bajo y firme:

—Recuerda que el marqués de Winkworth es la pieza clave. Si cae, todo se derrumbará detrás de él. Los demás nobles se pondrán de nuestra parte por temor o por conveniencia.

—Lord Harcourt-Blackthorn no se alinearán con nosotros —le recordó el otro—. Y su casa es la más influyente del reino.

—Por ese motivo, el marqués y él caerán esa noche —los dos hombres guardaron silencio durante un largo rato—. Lástima que no esté en el baile también Langley —afirmó pensativo.

—Ya nos ocuparemos de él en cuanto tengamos el control del reino.

—Pero Radcliffe ha sido muy insistente —le recordó el otro.

—Lo sé, Henry Radcliffe desea la cabeza de Wolf Lancaster, y la obtendrá.

Brenna sintió que un escalofrío le recorría la espalda al oír el nombre de Wolf. Su respiración se hizo más rápida, pero controló el impulso de intervenir allí mismo. Sabía que hacerlo pondría todo en peligro. Además, Wolf no estaba lejos y ambos debían actuar con inteligencia. Si hacían un movimiento en falso, las consecuencias serían catastróficas.

Los dos conspiradores continuaron hablando, pero comenzaron a moverse hacia la puerta lateral. Brenna dio un paso hacia atrás, escondiéndose entre las sombras y el umbral de un arco, mientras los hombres abandonaban la sala. Apenas respiraba, temiendo ser descubierta, pero cuando ellos desaparecieron por el pasillo, soltó el aire en un suspiro tembloroso.

Al asegurarse de que ya no corrían peligro inmediato, dio la vuelta y comenzó a moverse rápidamente en dirección a la salida del corredor. Necesitaba encontrar a Wolf y explicarle lo que había escuchado. Los conspiradores no solo buscaban un ataque directo, iban a aprovechar un cambio de turno de los guardias, algo que solo unos pocos sabían.

Wolf, con su mirada severa y controlada, apareció de entre las sombras cuando ella alcanzó el extremo del corredor. La atrajo hacia un rincón más oscuro, donde la luz de los candelabros no alcanzaba.

—¿Qué has escuchado? —susurró con una urgencia contenida.

Brenna lo miró a los ojos, aún con el pecho subiendo y bajando rápidamente por la emoción.

—Van a atacar en unos minutos. Aprovecharán el cambio de guardia. El objetivo eres tú, Wolf. Si te eliminan, el resto de la corte caerá detrás. Todo ha sido planeado para parecer una traición interna.

Los ojos de Wolf se endurecieron al escuchar la gravedad de la situación. La amenaza era más directa de lo que había anticipado. Su mente calculó rápidamente los próximos pasos. Necesitaba adelantarse a los conspiradores, pero hacerlo sin desatar el caos en el baile sería todo un reto. En ese momento, el rey, su familia y varios de los nobles más poderosos estaban presentes.

—No podemos causar pánico —dijo él, pensando en voz alta—. Si la multitud entra en pánico, los conspiradores aprovecharán la confusión. Pero no podemos dejar que avancen con su plan.

Brenna asintió, completamente de acuerdo. Wolf tomó su mano y la apretó suavemente.

—Vuelve al salón —le dijo en un tono bajo pero firme—. Mantén la calma y actúa como si todo estuviera bien. Necesito que distraigas a algunos de los nobles cercanos a esos dos hombres. Yo iré a buscar refuerzos. No permitiré que esta traición avance ni un paso más.

Brenna asintió de nuevo, con el corazón latiendo con fuerza no solo por el peligro inminente, sino también por la cercanía de Wolf. En ese momento, cuando la conspiración amenazaba con sacudir los cimientos de la corte, se sintió inexplicablemente conectada a él,

como si fueran dos piezas clave en una partida de ajedrez más grande que ellos mismos.

Wolf la soltó lentamente, dejando que sus dedos rozaran los de ella al separarse. Brenna tomó aire, se arregló el vestido y volvió al salón con una sonrisa forzada, pero convincente, lista para su papel en ese peligroso juego.

Mientras tanto, Wolf se deslizó por un pasillo lateral en dirección a los aposentos privados, donde esperaba encontrar a algunos guardias leales que no estuvieran involucrados en la conspiración. Necesitaba mover las piezas con cautela. Un error y no solo su vida, sino también la de Brenna y la del reino entero, estarían en juego.

CAPÍTULO 17

La música seguía sonando en el salón de baile mientras las parejas giraban, completamente ajenas a la tormenta que se avecinaba tras las sombras. Brenna, con mirada entrenada, observaba con atención a los conspiradores que había identificado. Se movían con sutileza, hablando entre ellos, haciendo gestos casi imperceptibles. Todo parecía tranquilo, pero bajo esa calma se ocultaba un veneno que estaba a punto de ser desatado.

Wolf se había retirado sigilosamente para reunir a los guardias leales, pero no estaba solo. Leif, al que su amigo había informado rápidamente, ya se encontraba entre los presentes, camuflado entre la multitud con su habitual semblante arrogante, pero despreocupado. Sin embargo, sus ojos, siempre atentos, estaban ahora fijos en los sospechosos.

Mientras Brenna distraía a los nobles, fingiendo interés en una conversación vacía sobre los últimos rumores de la corte, Leif se acercó a uno de los conspiradores. Este, un hombre de mediana edad con una leve cojera, no reconoció al joven heredero del ducado de Silbury como una amenaza inmediata. Leif, con su tono despreocupado, inició una conversación trivial mientras, en su mente, planeaba su siguiente movimiento.

—¿Algún asunto interesante que se esté tejiendo por aquí esta noche? —preguntó Leif, sonriendo despreocupado, mientras su mirada pasaba del hombre cojo a su cómplice al otro lado del salón.

Este levantó la vista brevemente, evaluando a Leif. No parecía un enemigo. Después de todo, ¿qué daño podría hacer un joven noble distraído?

—Nada de importancia —respondió el conspirador, esquivando la mirada—. No he visto a lord Langley —dijo como de pasada.

Leif continuó la conversación para ganar tiempo, mientras Brenna notaba que los dos hombres comenzaban a actuar con mayor rapidez. Uno de ellos, aparentemente el líder de la conspiración, se dirigía a la salida lateral, quizás para reunirse con otros cómplices o para iniciar la siguiente fase del ataque.

En ese momento, las puertas del salón se abrieron de golpe. Un grupo de guardias liderados por Wolf entró en ese momento, su presencia imponente acalló la música de inmediato. Las parejas de baile se detuvieron, confundidas, mientras el silencio comenzaba a llenar la sala. Los conspiradores miraron con sorpresa, comprendiendo demasiado tarde que habían sido descubiertos.

Wolf no perdió el tiempo. Señaló directamente a los dos hombres que Brenna había identificado previamente.

—¡Detened a esos hombres! —ordenó con voz grave.

Leif, sin embargo, decidió que no sería suficiente con una simple orden. El hombre cojo había intentado moverse disimuladamente hacia la salida trasera. Sin pensarlo dos veces, Leif lo interceptó, bloqueando su camino con una sonrisa sarcástica.

—¿Adónde crees que vas, amigo mío? —preguntó.

El hombre ya tenía la mano en el pomo de su espada, pero no le sirvió de mucho. Leif se abalanzó sobre él. El conspirador intentó esquivarlo, pero Leif, con un movimiento rápido, lo desarmó y lo empujó hacia el centro del salón. El hombre cayó al suelo, y en ese momento, el caos estalló. Los guardias se abalanzaron sobre los conspiradores mientras los nobles retrocedían confundidos.

Brenna, que había estado observando la escena con el corazón en la garganta, sintió un

alivio abrumador al ver que Wolf y Leif tenían la situación bajo control. Sin embargo, cuando la situación parecía resuelta, uno de los conspiradores, un hombre de mirada fría y calculadora, sacó un cuchillo de su bota y lo lanzó directamente hacia Wolf.

Brenna gritó, pero Leif, siempre un paso por delante, reaccionó rápidamente. Saltó hacia adelante y bloqueó el ataque con su propio cuerpo. El cuchillo rozó su brazo, haciéndole una pequeña herida, pero impidió que alcanzara su verdadero objetivo: Wolf.

—¡Maldito idiota! —exclamó Leif, con una sonrisa entre dientes mientras apretaba la herida—. No me pagan lo suficiente para esto.

Wolf, tras un breve momento de shock, asintió a su amigo, agradecido.

—Te debo otra, Leif.

El resto de los conspiradores fueron apresados rápidamente y, en cuestión de minutos, la amenaza había sido neutralizada. Los guardias sacaron a los hombres y la música del salón volvió a sonar, aunque ahora con un tono más contenido, mientras los invitados intentaban asimilar lo que acababa de suceder.

Wolf se acercó a Brenna, y en su rostro se mezclaban la preocupación y el alivio.

—¿Estás bien? —le preguntó, tomando sus manos entre las suyas.

Ella asintió, todavía recuperándose del susto. Luego, con una leve sonrisa, añadió:

—Gracias a ti, sí. Aunque no estaba lista para un final tan... dramático en una noche como esta.

Wolf la miró intensamente, sin soltar sus manos.

—Creo que hemos tenido suficientes conspiraciones por una noche. Ahora solo queda una cosa por hacer.

Brenna arqueó una ceja, curiosa.

—¿Y qué es eso?

Wolf la miró con una sonrisa traviesa antes de inclinarse lentamente y besarla, sin importarle las miradas sorprendidas de los nobles que los rodeaban. Fue un beso profundo y lleno de emociones contenidas, el tipo de beso que marcaba el fin de una amenaza y el comienzo de algo mucho más grande.

Cuando finalmente se separaron, ambos sabían que, aunque la conspiración se había detenido, su historia apenas había comenzado.

El salón de baile había vuelto a su ritmo habitual, pero el aire estaba cargado de una tensión diferente. Aunque los conspiradores habían sido apresados y la amenaza neutralizada, las chispas entre Brenna y Wolf eran innegables. El beso que compartieron, lleno de emociones acumuladas y un alivio palpable, dejó una marca en ambos.

Leif, a pesar de su herida, no pudo evitar soltar una risa burlona mientras los observaba.

—¿No podéis esperar a estar a solas para esos despliegues de afecto? —comentó, con una sonrisa ladeada y fingiendo dolor en su brazo herido.

Wolf soltó la mano de Brenna y se giró hacia su amigo, quien había sido crucial para evitar un desastre mayor.

—No soy yo quien se lanza frente a cuchillos por diversión —le respondió Wolf con tono mordaz, aunque sus ojos brillaban con gratitud.

—Bueno, alguien tiene que salvar tu trasero —bromeó Leif con sonrisa socarrona—. Además, después de ese beso, podría decirse que lo hice por una buena causa.

Brenna, que había permanecido en silencio observando el intercambio, se acercó a Leif con una sonrisa amable.

—Gracias, milord —dijo suavemente—. Si no hubiera intervenido...

—Todo por parte de la diversión, milady —contestó con un gesto de manos, minimizando su valentía—. Aunque debo admitir que lo hago más por los placeres que por el deber.

Los tres se rieron brevemente, pero el peso de lo sucedido aún flotaba en el ambiente. Brenna no podía dejar de pensar en lo cerca que habían estado de un desastre. Aunque la conspiración se había desbaratado, quedaban preguntas sin respuesta: ¿quiénes más estaban involucrados? ¿Qué se proponían?

—Wolf —empezó Brenna, con un tono más serio ahora—, ese mensaje en clave que encontré. Tiene que haber más. Los conspiradores no actúan solos.

Wolf asintió, consciente de que la victoria de esa noche solo era una batalla en una guerra mucho más grande.

—Lo sé —dijo él, tomando su mano de nuevo—. Esta conspiración no es algo que simplemente desaparezca con la detención de unos pocos hombres. Tenemos que descubrir quién está detrás de todo esto.

Leif, todavía con su actitud despreocupada, se cruzó de brazos.

—Y yo que pensaba que tras salvarte de ser asesinado, tendría una noche tranquila. Parece que el trabajo nunca termina.

—Así es la vida en la corte —le respondió Wolf, sonriendo.

De repente, un mensajero entró en el salón agitado en busca de Wolf. Al encontrarlo, se apresuró a su lado y le entregó un pergamino.

—Milord —dijo el mensajero, respirando con dificultad—. Hay noticias urgentes de la frontera. Ha habido un movimiento inusual entre las tropas... algo relacionado con los conspiradores capturados.

Wolf desenrolló rápidamente el pergamino y leyó las líneas, su expresión se endureció.

—Esto es mucho más grande de lo que pensábamos —murmuró para sí, pero Brenna y Leif lo habían oído—. Organizaré una reunión de inmediato con Su Excelencia el Duque Alistair Blackwood y con lord Roderic Ashford.

Leif y Brenna lo miraron con expectación. El duque de Blackwood era mariscal del Reino y Roderic Ashford, comandante de la Guardia Real.

Wolf dobló el pergamino y guardó silencio por un momento antes de hablar.

—No se trata solo de un intento de asesinato. Es un golpe contra el reino. Algo está en marcha y tenemos que detenerlo antes de que sea demasiado tarde.

Brenna, a pesar del miedo que sentía al pensar en la magnitud de lo que estaban enfrentando, apretó la mano de Wolf con fuerza.

—No estarás solo en esto —dijo con firmeza—. Juntos, podremos descubrir la verdad.

Leif, que hasta ese momento había mantenido una actitud despreocupada, se puso serio.

—Cuenta conmigo también, amigo. Esto no es solo tu lucha. Es de todos nosotros.

Wolf los miró a ambos, sintiendo una mezcla de orgullo y gratitud. Sabía que lo que se avecinaba no sería fácil, pero con Brenna a su lado y Leif como su leal compañero, se sentía más fuerte que nunca.

—Entonces, será juntos —dijo, levantando la mirada hacia el salón, donde los nobles seguían disfrutando del baile, ajenos a la tormenta que se estaba formando más allá de los muros del palacio—. Esta noche es solo el principio.

Con ese pacto sellado entre ellos, el futuro parecía incierto, pero ya no les daba miedo enfrentarlo. Mientras el eco de la música y las risas llenaba el salón, el destino del reino estaba en manos de aquellos tres, dispuestos a enfrentarse a cualquier amenaza para protegerlo.

El baile continuaba, pero los verdaderos movimientos estratégicos habían comenzado.

CAPÍTULO 18

La boda de Wolf y Brenna fue un evento que se recordaría durante años como una de las ceremonias más espléndidas y pomposas de la época.

El día comenzó temprano, con los primeros rayos del sol iluminando el gran salón del Palacio de Kensington, donde ya estaban colocados los arreglos florales. Rosas blancas, lirios dorados y jazmines trepaban en arcos desde las columnas de mármol hasta el alto techo, llenando el aire con un perfume embriagador. Los sirvientes iban y venían en silencio, ultimando los detalles de la recepción, mientras un cuarteto de cuerda practicaba discretamente en un rincón, afinando sus instrumentos para la gran ocasión.

La iglesia de San Jorge, donde tendría lugar la ceremonia, estaba adornada con cortinas de terciopelo rojo y oro. Las antorchas y los candelabros de plata brillaban, reflejando la cálida luz que se filtraba por las coloridas vidrieras. En el altar, cubierto con un mantel de encaje fino, descansaban los símbolos de la unión: los anillos de oro y el cáliz ceremonial, listos para ser bendecidos.

Brenna llegó en un carruaje cubierto de oro, tirado por cuatro caballos blancos que brillaban como perlas bajo el sol. Llevaba un vestido de seda marfil, bordado a mano con hilos de plata, que caía en cascadas suaves hasta el suelo. La cola del vestido era tan larga que dos damas de honor tenían que sostenerla mientras caminaba. Su velo, de encaje delicado y casi etéreo, cubría su rostro, pero a través de él se podía percibir el brillo en sus ojos y el suave rubor en sus mejillas.

Cuando Wolf la vio entrar en la iglesia, su respiración se detuvo un instante. Estaba de pie en el altar, con un traje de gala de terciopelo negro y bordados de oro, y su pecho adornado con las insignias de su linaje. Su porte era majestuoso, pero había algo en su mirada —quizá una mezcla de asombro y deseo— que lo hacía parecer más humano que nunca.

La reina, vestida con su característica majestad, ocupaba un lugar central en la iglesia. Su trono portátil, ricamente decorado con terciopelo púrpura y bordados dorados, había sido dispuesto para ofrecerle una visión perfecta de la ceremonia. Observaba con una mezcla de orgullo y expectación. Sus manos, delicadamente enguantadas, descansaban sobre el brazo del trono mientras seguía con la mirada cada movimiento de Brenna, su dama de compañía favorita.

La boda no era solo una celebración del poder, sino también un momento en el que la monarquía se mostraba en toda su grandeza. La reina se aseguraba de que cada detalle reflejara la importancia de este matrimonio. Había dado su bendición personal a la unión, un gesto que resonaba en los oídos de la aristocracia, consolidando aún más el prestigio de ambas familias.

Los invitados, lo más selecto de la aristocracia, se pusieron en pie en cuanto Brenna avanzó por el pasillo, acompañada del suave eco de la música. La reina, sentada en su trono con un séquito de damas, observaba con interés, mientras los nobles cuchicheaban con admiración sobre la belleza de la novia y el prestigio de la unión.

Cuando Brenna llegó al altar y se situó junto a Wolf, el sacerdote comenzó la ceremonia. Los votos fueron solemnes y formales, pero entre ellos existía una conexión más profunda, una tensión palpable que no necesitaba palabras. Cuando Wolf tomó la mano de Brenna para ponerle el anillo, el gesto fue más que un simple acto ritual; era una promesa silenciosa, una declaración de que sus destinos estaban unidos no solo por deber, sino por algo más fuerte.

Al final de la ceremonia, fue la propia Reina quien se acercó a los novios para ofrecerles sus felicitaciones personales. Con una sonrisa calculada y palabras cargadas de simbolismo, les deseó prosperidad y felicidad, aunque sus ojos, siempre atentos a las intrigas de la corte, dejaban

claro que esperaba mucho más que una simple unión matrimonial. Brenna sabía que la soberana estaría observando con atención los movimientos de la pareja después de su boda, esperando que la nueva alianza sirviera a los intereses del reino.

Al salir de la iglesia, los recién casados fueron recibidos por una lluvia de pétalos de rosa arrojados por los asistentes. El cuarteto de cuerda interpretó una alegre marcha nupcial, y las risas y los aplausos de los invitados llenaron el aire. El carruaje nupcial esperaba para llevar a Wolf y Brenna a la recepción en los jardines del palacio, pero antes tenían que hacer una parada. El carruaje se detuvo suavemente frente al hospital donde estaba ingresada la madre de Brenna. Wolf ayudó a Brenna a bajar y notó la tensión en su rostro. La visita a su madre era un momento crucial para ella, y, a pesar de la fuerza que siempre mostraba, en ese momento sus emociones estaban a flor de piel. Ambos entraron en el edificio, donde los recibió una enfermera que los condujo por los pasillos hasta la habitación.

La madre de Brenna, lady Collins, yacía en la cama, débil pero alerta. Sus ojos brillaron al ver a su hija entrar acompañada de Wolf y vestida de novia. Nada en el mundo le afectaba más que haberse perdido la boda de su propia hija, pero la enfermedad no le permitía ni levantar un brazo.

Brenna se acercó con delicadeza y se sentó al lado de la cama, tomando la mano frágil de su madre.

—Madre, he venido para recibir su bendición —dijo Brenna, esbozando una sonrisa cálida que intentaba ocultar la preocupación que sentía.

Su madre había empeorado en los últimos días. Lady Collins, con la voz quebrada pero llena de afecto, respondió:

—Mi niña, sabía que vendrías. Cuéntame, ¿cómo ha sido todo?

Brenna intercambió una mirada con Wolf antes de hablar.

—Wolf y yo nos hemos casado hoy, y hemos venido a verla y compartir nuestra felicidad.

Un destello de emoción iluminó los ojos cansados de lady Collins. Se sentía débil, desesperanzada, pero también la madre más orgullosa y feliz del mundo porque el brillo que observaba en la mirada de su hija era de dicha.

—¿Eres feliz, hija mía? —preguntó con una mezcla de incredulidad y alegría.

No hizo falta que Brenna respondiera porque la madre lo pudo ver con sus propios ojos. Su hija no era la misma del pasado.

Wolf, que había permanecido en silencio hasta ese momento, dio un paso adelante.

—Es un honor estar aquí, lady Collins. Brenna se ha convertido en alguien muy importante en mi vida, y prometo cuidarla y protegerla, como usted siempre ha hecho. —Su tono era firme, pero su mirada reflejaba ternura.

La madre de Brenna los observó a ambos y, haciendo un esfuerzo visible, levantó su mano libre para tomar la de Wolf.

—Mi hija merece el mundo... y parece que lo ha encontrado a tu lado.

Su voz era suave, pero llena de convicción. Brenna sintió un nudo en la garganta y las lágrimas asomaron a sus ojos al escuchar aquellas palabras. Era la bendición que había esperado recibir.

—Bendigo vuestra unión —continuó lady Collins, con una sonrisa débil pero sincera—. Que vuestros días estén llenos de amor y fortaleza, y que, juntos, superéis cualquier obstáculo.

Sus ojos recorrieron a ambos, llenos de orgullo y alivio. Brenna se inclinó para besar la mano de su madre, mientras las lágrimas que contenía caían suavemente por sus mejillas.

—Gracias, madre. Su bendición significa todo para mí.

Wolf, por su parte, estrechó con suavidad la mano de lady Collins y, con respeto, inclinó la cabeza en señal de gratitud.

—Cuidaré de ella, le juro que lo haré.

La madre de Brenna asintió lentamente, visiblemente agotada, pero en paz.

—Eso es todo lo que necesito saber —susurró con una sonrisa apacible—. Ahora... puedo descansar.

La emoción en la habitación era palpable, un momento lleno de significado en el que las palabras apenas eran necesarias. Había una aceptación tácita de que el ciclo de la vida continuaba y de que la bendición de una madre era el último regalo de amor antes de que Brenna y Wolf siguieran adelante juntos.

Con el dolor aprisionándole el corazón, los recién casados se introdujeron de nuevo en el carruaje y se dirigieron hacia el castillo de Windsor.

La recepción fue aún más espectacular. La reina se sentó en el lugar de honor, rodeada por sus damas más cercanas, mientras sus ojos seguían observando los detalles del evento, siempre consciente de que en una corte nada se deja al azar.

En los jardines del palacio, mesas cubiertas con manteles de lino blanco se alineaban, cargadas de los manjares más exquisitos: faisán asado, pasteles decorados con oro comestible, frutas exóticas traídas de tierras lejanas y el mejor vino de las bodegas reales.

Leif se puso de pie en medio del bullicio del gran salón del banquete con una copa de vino en la mano. Su presencia era imponente y, al levantar la copa, el salón se fue sumiendo poco a poco en un respetuoso silencio. Las luces de los candelabros brillaban sobre las paredes doradas, mientras los murmullos se apagaban. Leif, como padrino de Wolf, tenía la responsabilidad de brindar por los recién casados y, como siempre, lo hizo a su manera.

—Amigos, nobles, damas y caballeros —comenzó, y su voz resonó con claridad en el salón—. Hoy nos reunimos para celebrar la unión de dos almas... una unión que, si soy sincero, no imaginaba hace unos meses. —Una suave y cómplice risa recorrió a los presentes—. Wolf, mi querido amigo, ha sido durante años un hombre de control, de estrategia, de planes. Pero hoy veo a alguien que ha sido finalmente vencido... no por una batalla, sino por algo mucho más poderoso. —Leif hizo una pausa dramática, miró a Brenna y, luego, regresó su mirada a Wolf con una sonrisa juguetona—. «El amor». —Las risas en la sala se hicieron más intensas, incluso Wolf, pese a su usual seriedad, esbozó una sonrisa.

—Querida Brenna —dijo, inclinando levemente la cabeza hacia la novia—, sabemos que no te lo pondrá fácil. Wolf es un hombre obstinado, como bien habrás descubierto. Pero también es un hombre de honor y lealtad, y si alguien puede ganarse el corazón de un hombre así, esa persona es extraordinaria. No solo eres su compañera, sino su igual, su ancla. Hoy se convierten en algo más que amigos, aliados o amantes. Se convierten en una familia. —Leif hizo una pausa, y su tono se volvió un poco más serio—. He visto a Wolf atravesar momentos difíciles, he visto su sombra después de su primer matrimonio. Pero hoy veo luz. Y esa luz, Brenna, eres tú. —Con una sonrisa más relajada y jovial, Leif alzó la copa más alto—. Así que levantemos nuestras copas en honor a Wolf y Brenna. Que su matrimonio esté lleno de aventuras, de complicidades, de noches largas y mañanas soleadas. Que encuentren juntos lo que nunca hallaron solos. ¡Por el marqués de Winkworth y su hermosa esposa!

Un coro de vítores y el sonido de copas chocando llenó el salón mientras Leif, siempre elocuente y con una chispa de humor, se sentaba satisfecho, habiendo cumplido su papel con distinción y estilo.

Los fuegos artificiales estallaron en el cielo al caer la tarde, iluminando la noche con

destellos rojos y dorados, mientras la música no dejaba de sonar y las parejas comenzaban a bailar.

Wolf y Brenna bailaron su primer vals como marido y mujer en el centro, bajo una lluvia de estrellas, moviéndose como si estuvieran hechos el uno para el otro, con una sincronía perfecta. Y aunque la celebración era fastuosa, en ese momento solo parecían existir ellos dos, rodeados por la luz de las velas, los susurros del viento y el latido compartido de sus corazones.

CAPÍTULO 19

La luna de miel que toda pareja sueña quedaba, por el momento, en suspenso. Brenna y Wolf se veían envueltos en las responsabilidades ineludibles que exigía la vida en la corte. Brenna, como dama de compañía de la reina, y Wolf, en su puesto como lord canciller, no podían permitirse el lujo de escapar aún, aunque ambos ansiaban perderse juntos lejos de los murmullos palaciegos y el peso de sus cargos.

El primer día tras la boda, Brenna volvió a los aposentos de la reina con el mismo porte sereno que siempre había mantenido, pero con una luz nueva en sus ojos. Mientras la reina la instruía en los asuntos diarios, Brenna se sorprendía a sí misma recordando la suavidad de los labios de Wolf sobre los suyos. Por su parte, Wolf se sumergía en documentos oficiales y audiencias interminables, intentando concentrarse, pero cada golpe de la pluma le recordaba el roce de los dedos de Brenna.

A pesar de sus quehaceres diarios, sus cuerpos parecían gravitar hacia el otro. Los pasillos del palacio, generalmente fríos y solemnes, se convirtieron en sus cómplices. En cada esquina, en cada recodo, encontraban formas de robarse momentos juntos, como dos amantes cautivos de una pasión irrefrenable. Mientras Brenna caminaba de regreso a sus aposentos tras una audiencia con la reina, una mano firme pero suave la tomó del brazo y la arrastró hacia una esquina oculta.

—¿Qué haces, milord? —susurró Brenna, aunque su sonrisa delataba que no era ninguna sorpresa.

Wolf no respondió con palabras. En lugar de ello, la acercó a su pecho, inclinándose para robarle un beso intenso, lleno de deseo contenido. El roce de sus labios hizo que Brenna soltara un suspiro entrecortado. Los segundos se hicieron eternos, el latido de sus corazones marcaba el ritmo de sus movimientos. El beso era una promesa, un recordatorio de lo que les aguardaba cuando finalmente pudieran escapar.

—No puedo esperar más para estar contigo a solas —susurró él con la voz ronca, dejando su frente descansar sobre la de ella.

—Y yo tampoco —respondió Brenna entre risas, pero con el pulso acelerado—. Pero, hasta entonces... tendremos que conformarnos con estas escapadas.

Se separaron antes de que alguien los viera, pero cada encuentro furtivo estaba cargado de una mezcla de diversión y anhelo. No pasaba un día sin que sus caminos se cruzaran deliberadamente: en los jardines, mientras Brenna paseaba tras las largas reuniones con la reina, Wolf aparecía de la nada, robándole una caricia en el brazo, un beso rápido. Durante las cenas de gala, sus miradas se buscaban con descaro, y una vez que la sala se vaciaba, él la acorralaba contra una pared oculta de los pasillos, besándola como si el mundo pudiera esperar.

Una tarde, mientras Wolf revisaba asuntos legales del reino desde la planta superior del castillo, la vio desde lejos. Brenna, vestida en su elegante atuendo de dama, caminaba por el jardín. Dejó los diversos libros de cuentas de inmediato y dirigió sus pasos hacia el jardín. Bajó las escaleras de dos en dos y apresuró el paso, se presentó ante ella sudoroso y jadeante.

—Ahhh no puedes escaparte de mí ni siquiera en tus deberes de administración del reino —bromeó ella, observándolo con una sonrisa divertida.

—Y tú no puedes evitar tentarme —respondió él, inclinándose para besarla una vez más, sin importarle la presencia de otros nobles.

Los días pasaban, y aunque no podían retirarse al campo como deseaban, esos momentos robados, esas caricias fugaces y esos besos clandestinos llenaban el aire con una tensión electrificante que solo aumentaba su deseo de estar juntos. La luna de miel esperaba, pero la

pasión entre ellos no. Y ambos sabían que, cuando finalmente se tuvieran el uno al otro sin prisas ni obligaciones, el mundo entero se detendría.

Pero dos semanas después de la boda, el mundo de felicidad se derrumbó para Brenna, su madre estaba muy grave, y el diagnóstico no era bueno.

El amanecer era suave, apenas un susurro dorado sobre las colinas que rodeaban la ciudad. El aire, cargado de un silencio solemne, anunciaba lo inevitable. Brenna había pasado la noche en el hospital, velando junto a su madre, cuyo frágil cuerpo reposaba inmóvil sobre las sábanas blancas. La fragancia de las flores frescas que Brenna había traído la noche anterior apenas podía enmascarar el olor metálico que llenaba la habitación, el aroma de la muerte que se acercaba.

Lady Collins, la madre de Brenna, respiraba con dificultad, su pecho se alzaba con esfuerzo en un ritmo cada vez más errático. Brenna, con los ojos enrojecidos por la falta de sueño, no apartaba la vista de ella. El tiempo parecía detenerse, mientras la vida de su madre se desvanecía como la brisa ligera que entraba por la ventana entreabierta.

Wolf estaba allí, a su lado, su mano fuerte sujetaba la de Brenna con ternura. No necesitaban palabras. Sabía que este momento no solo marcaba el final de una vida, sino también el cierre de una parte importante del pasado de Brenna, el lazo último que la ataba a una infancia perdida, a una mujer que había sido su guía, su apoyo y, en los últimos tiempos, su mayor preocupación.

—Madre... —murmuró Brenna, acercándose para acariciar la frente marchita de Lady Collins—. Estoy aquí.

Lady Collins abrió lentamente los ojos, nublados por el cansancio, pero conscientes. Miró a Brenna, y aunque las palabras no salían de sus labios, su mirada lo decía todo: amor, gratitud y paz. Parecía querer decirle que estaba bien, que era hora de dejarla ir.

—Hija... —susurró apenas, su voz un eco debilitado por los años y el sufrimiento.

Brenna le sostuvo la mano con ambas suyas, sintiendo el pulso lento que se desvanecía como una vela al final de su llama. Quería decir tantas cosas, pero ninguna parecía apropiada para ese instante. Solo deseaba que su madre supiera cuánto la amaba, cuánto agradecía todo lo que había hecho por ella.

Wolf, que hasta entonces había permanecido en respetuoso silencio, se inclinó hacia Lady Collins. Con voz suave, habló:

—Estaré siempre al lado de Brenna, milady. Puede irse en paz.

Los ojos de Lady Collins brillaron por un momento, como si comprendiera, como si esa promesa fuera todo lo que necesitaba escuchar. Con un suspiro largo, sus párpados cayeron lentamente, y el último aliento de vida la dejó. Brenna sintió la mano de su madre enfriarse en la suya, mientras el silencio llenaba la habitación, más pesado que nunca.

Un sollozo silencioso escapó de los labios de Brenna. Se inclinó para besar la frente de su madre, ahora en paz, y las lágrimas finalmente brotaron, derramándose sin control. Wolf la abrazó, fuerte y protector, dejándola llorar en su pecho, mientras él sentía su propia tristeza por la pérdida. La habitación, bañada por la luz del amanecer, parecía ahora un santuario de despedida, un lugar sagrado donde una madre se había reunido con la eternidad, dejando a su hija al cuidado de un hombre que la amaría para siempre.

—Estoy aquí —le susurró Wolf—. Y siempre lo estaré.

Brenna asintió entre lágrimas, aferrada al único consuelo que le quedaba en ese momento: el amor inquebrantable de su esposo y el recuerdo de una madre que, hasta el final, la había amado con todo su ser.

La noticia del fallecimiento de Lady Collins llegó pronto a los oídos de la reina. Brenna,

aún superada por la tristeza, continuaba cumpliendo con sus deberes como dama de compañía, sin descanso y sin una queja, pero la pena en sus ojos era evidente para todos. Durante las últimas semanas, la corte había estado en un torbellino de preparativos para la boda de Brenna y Wolf, un matrimonio que unía dos importantes casas, pero que también había estado marcado por los desafíos de sus respectivos cargos en palacio. Ninguno de los dos había tenido la oportunidad de disfrutar de un respiro desde su unión, pues el deber siempre parecía preceder al placer.

Un día, mientras Brenna cumplía con su servicio, la reina, observándola con atención, decidió que ya era suficiente.

—Brenna, ven aquí —dijo la reina con voz suave pero autoritaria.

Brenna dejó lo que estaba haciendo y se acercó, haciendo una reverencia profunda ante la majestad que le había brindado su favor durante años. Sabía que la reina no era una mujer dada a las emociones visibles, pero había una mirada de compasión en sus ojos que Brenna no había visto antes.

—Has servido bien y con diligencia, incluso en tiempos de gran pena —comenzó la reina, su tono firme, aunque su mirada reflejaba comprensión—. Sé lo difícil que ha sido perder a tu madre y continuar con tus responsabilidades aquí en la corte. Pero ahora creo que es justo concederte un descanso.

Brenna levantó la vista, sorprendida, y no pudo evitar que sus labios temblaran al hablar.

—Majestad, no merezco tal honor, pero os lo agradezco profundamente.

La reina la miró con más intensidad y asintió, como si decidida a ignorar cualquier objeción que Brenna pudiera presentar.

—Te concedo unos días, no por la boda, pero sí por la pérdida de Lady Collins. Es una pena que no puedes sobrellevar sola, y es justo que tengas tiempo para despedirte de ella como es debido. —La reina hizo una pausa antes de añadir—. Wolf también ha solicitado tiempo para estar contigo, y se lo concedo. Marchaos los dos a su mansión en el campo. Sabes tan bien como yo que la corte puede esperar.

Brenna parpadeó, asombrada. No esperaba un gesto así de la reina, que rara vez mostraba tal indulgencia hacia sus damas. Al mirar a su majestad, sintió una oleada de gratitud y respeto renovados.

—Gracias, majestad. No sabéis cuánto significa esto para mí —dijo Brenna con voz quebrada por la emoción.

La reina se limitó a asentir, pero había un brillo en sus ojos que hablaba de su propia comprensión de la pérdida, un brillo que Brenna nunca olvidaría.

Esa misma tarde, Wolf recibió la noticia de la concesión con una sonrisa de alivio. Aunque no había pedido licencia por la boda, ahora, con la reciente pérdida de Lady Collins, tanto él como Brenna necesitaban tiempo lejos de la corte, lejos de las responsabilidades y obligaciones. Sabía que su esposa necesitaba consuelo y que el ajeteo palaciego no era el lugar adecuado para que ella encontrara paz.

Al caer el crepúsculo, los dos se despidieron temporalmente de sus deberes, subieron al carruaje que los esperaba, y partieron rumbo a la mansión del marqués en el campo, una propiedad serena y vasta, donde los bosques frondosos y los campos verdes les ofrecían la tranquilidad que tanto anhelaban. Durante el viaje, Wolf tomó la mano de Brenna entre las suyas, y por primera vez en días, ella le sonrió con la promesa de un respiro.

Era un tiempo breve, pero preciado, donde, lejos del bullicio y las intrigas de la corte, podrían encontrar consuelo mutuo y sanar las heridas abiertas por la pérdida de su madre. En

aquella mansión tranquila, rodeados del perfume de los jardines y el canto de los pájaros, finalmente tendrían la oportunidad de estar solos, como marido y mujer, sin que el deber los llamara a cada instante.

CAPÍTULO 20

Cassian había recorrido innumerables millas en busca de la anciana gitana que, años atrás, los había maldecido en la iglesia St Giles-without-Cripplegate en Barbican. Era una búsqueda que lo consumía, una obsesión silenciosa que lo arrastraba a los rincones más remotos de Europa. Su búsqueda lo había llevado a Connemara, una región del oeste de Irlanda conocida por sus paisajes escarpados, sus montañas y sus costas salvajes. Connemara era una zona rural con una fuerte tradición gaélica, donde el folclore y las leyendas irlandesas tenían un peso muy importante en sus habitantes. Los gitanos habían acampado cerca de los lagos, en los valles protegidos por las montañas Twelve Bens. Le habían dicho que la mujer a la que buscaba podría estar allí, en el campamento gitano, oculto entre los verdes valles y colinas.

El camino hacia el asentamiento era estrecho y sinuoso, bordeado por altos matorrales y árboles antiguos, cuyas ramas retorcidas parecían contar historias olvidadas. Cassian, montado en su caballo, sentía el aire húmedo y salado proveniente de la costa cercana, mezclado con el aroma de la turba quemada, algo característico de los hogares rurales irlandeses. A lo lejos, divisó las primeras carretas del campamento, coloridas y desgastadas por el tiempo, pero llenas de vida.

El campamento gitano era un fascinante contraste con el paisaje gris y lluvioso que lo rodeaba. Las carretas estaban pintadas con colores vibrantes: rojos, azules y verdes, cada una adornada con intrincados detalles de flores y patrones geométricos. Junto a ellas, pequeños fuegos crepitaban, rodeados de hombres y mujeres que hablaban en su lengua rápida y melódica, mientras los niños corrían descalzos, riendo con libertad. Los gitanos irlandeses vivían de manera sencilla, pero orgullosa. Su forma de vida era nómada, siempre en movimiento, siguiendo las estaciones y las oportunidades que la tierra les ofrecía. Cassian observó cómo las mujeres, vestidas con faldas amplias y blusas bordadas, se ocupaban de preparar la comida o tejer, mientras los hombres cuidaban de los caballos o reparaban las carretas.

En su mayoría, los gitanos se mantenían apartados de los aldeanos irlandeses, a quienes fascinaban y temían por igual. Las leyendas locales hablaban de sus habilidades para leer el futuro, lanzar maldiciones y practicar artes oscuras, rumores que Cassian conocía bien y que lo habían llevado hasta allí.

Aquella noche, el campamento se llenó de música. Era tiempo de fiesta, y los gitanos la celebraban con entusiasmo. El violín comenzó a sonar, seguido por el ritmo de una pandereta y las voces de los jóvenes que se unieron en alegres cantos. Cassian, siempre observador, vio cómo encendían una hoguera en el centro del campamento. Las llamas bailaban al ritmo de la música, proyectando largas y dramáticas sombras sobre el suelo. Los hombres y las mujeres formaron un círculo alrededor del fuego, riendo, cantando y bailando con una gracia que parecía innata.

Fue en ese momento cuando la vio.

Entre las sombras y la luz del fuego, una mujer emergió del círculo de bailarines, moviéndose con una elegancia que le robó el aliento. Tenía el cabello negro como la medianoche, suelto y libre, y caía en ondas hasta su cintura. Sus ojos, brillantes y profundos, tenían el color de los zafiros más oscuros, y cuando se cruzaron con los de Cassian, este sintió una sacudida en el pecho. Era imposible apartar la mirada de ella. Sus movimientos eran suaves y fluidos, como si la música y su cuerpo fueran uno solo. Su falda ondeaba a su alrededor mientras giraba, y sus pies descalzos apenas rozaban el suelo, como si flotara sobre la tierra.

Cassian no pudo evitar sentirse atraído hacia ella, como si una fuerza invisible lo arrastrara hacia el centro del círculo. La mujer, consciente de su atención, le dedicó una sonrisa traviesa,

mostrando un atisbo de picardía que lo desarmó por completo. Él, que había pasado años envuelto en una búsqueda desesperada y solitaria, se encontró de repente bajo el hechizo de esa gitana, que con un simple gesto había capturado su alma.

El baile continuó hasta que, finalmente, la música se detuvo. Los gitanos rieron y aplaudieron, pero Cassian solo tenía ojos para la mujer de cabellos negros. Con paso firme, se acercó a ella y, cuando estuvo lo suficientemente cerca, hizo una leve inclinación de cabeza.

—Soy Cassian —dijo en un susurro, en medio del bullicio.

La gitana lo observó en silencio durante un instante que pareció eterno, antes de sonreír de nuevo.

—Me llamo Anara —respondió ella, con un tono de voz tan suave como la brisa nocturna—. Y sé por qué has venido.

Cassian frunció el ceño, sorprendido por sus palabras.

—¿Lo sabes?

Anara asintió con la mirada penetrante.

—Buscas a la anciana. La que te maldijo. Sus ojos se oscurecieron un poco más, como si recordara algo lejano.

—Pero antes de que la encuentres, tendrás que comprender algo más importante.

—¿Qué debo comprender? —preguntó Cassian, intrigado.

—El precio del perdón —dijo ella, con un tono enigmático, mientras curvaba los labios en una sonrisa que no revelaba sus secretos.

En ese momento, Cassian se dio cuenta de que su viaje no había hecho más que comenzar y de que quizás el destino tenía planes para él más allá de lo que había imaginado.

Cassian observaba a Anara, incapaz de apartar la mirada de sus ojos, y sentía que bajo la superficie de su búsqueda había algo más profundo, algo que aún no comprendía del todo. Los gitanos seguían su celebración, pero para él, el mundo se había reducido a esa mujer enigmática frente a él.

—¿El precio del perdón? —repitió, intrigado. No entendía el significado, pero algo en el tono de Anara le advertía de que no sería una respuesta sencilla.

Anara lo miró fijamente, y sus ojos azules brillaron a la luz del fuego.

—La anciana que buscas es real, pero su maldición no puede deshacerse sin sacrificio. —Le advirtió. Hizo una pausa, inclinando la cabeza hacia él—. Crees que encontrarla será suficiente, pero te equivocas. El verdadero poder de una maldición está en el corazón de quien la recibe. En el tuyo y en el de aquellos que están contigo.

Cassian frunció el ceño. Había pasado tanto tiempo obsesionado con deshacer la maldición, convencido de que la anciana gitana tenía la clave para liberarlos. Ahora era Anara quien lo hacía dudar.

—¿Y qué sacrificio debo hacer? —preguntó.

Anara se acercó más, sus ojos no se apartaban de los suyos mientras susurraba:

«A veces, la libertad exige lo que más valoras. Y otras, pide que te enfrentes a los demonios que has alimentado sin saberlo.

Cassian sintió un escalofrío recorrer su espalda. La brisa nocturna era fría, pero no era solo el aire lo que lo hacía temblar. Había algo en las palabras de Anara que tocaba una parte profunda de su alma, una parte que no quería admitir. Él había creído que su búsqueda era sencilla: encontrar a la anciana, romper la maldición y volver a la normalidad. Pero ahora el panorama parecía mucho más oscuro y complejo.

—¿Sabes dónde está la anciana? —preguntó, intentando mantenerse enfocado en su

misión.

Anara sonrió con aquella sonrisa traviesa que lo había desarmado antes, pero esta vez era más suave, más seria.

—Sí, pero no será fácil llegar a ella. Vive apartada, protegida por aquellos que la veneran. Solo unos pocos pueden acercarse, y aún menos son dignos de escuchar lo que tiene que decir.

—Entonces llévame a ella. Estoy dispuesto a pagar el precio que sea», respondió Cassian con determinación.

Anara lo miró durante un largo momento, como si lo estuviera evaluando, sopesando sus palabras. Finalmente, asintió lentamente.

—Lo haré, pero no esta noche. Debes descansar. Mañana partiremos al amanecer. Se inclinó un poco más cerca de él, tanto que Cassian pudo sentir su aliento cálido contra su piel—. Y ten cuidado con lo que desees, Cassian. A veces, romper una maldición puede tener consecuencias mayores de las esperadas.

Dicho esto, se apartó suavemente y desapareció entre las sombras del campamento, dejándolo con la mente llena de preguntas y un leve resquicio de duda. Las palabras de Anara resonaban en su cabeza mientras intentaba imaginar lo que el destino le tenía preparado.

El sonido de la música continuó, los gitanos seguían celebrando, pero Cassian, ahora en solitario, decidió que era mejor buscar descanso. Algo le decía que la próxima etapa de su viaje sería más peligrosa y desafiante de lo que había imaginado. La promesa de encontrar a la anciana gitana estaba más cerca que nunca, pero la advertencia de Anara seguía presente en su mente: el perdón siempre tiene un precio.

Mientras cerraba los ojos esa noche, el rostro de la gitana con ojos de zafiro lo perseguía en sus sueños, una mezcla de tentación y misterio que lo dejaba inquieto. Algo en ella le decía que su camino no solo estaba ligado a la maldición, sino a un destino más profundo, quizás uno del que no podría escapar tan fácilmente.

CAPÍTULO 21

Leif se sentía más solo que nunca tras la boda de Wolf. Mientras su amigo disfrutaba de una vida nueva y apasionante, él se veía atrapado en la monotonía de los eventos sociales, tan vacíos como previsibles. A pesar de que hacía lo posible por evitar esas reuniones, aquella noche se encontraba en una cena organizada por su tío abuelo, un noble anciano que insistía en mantener lazos familiares. Las velas que había en las paredes lanzaban una luz cálida, pero la conversación alrededor de la mesa era cualquier cosa menos estimulante. Políticos discutiendo sobre tratados de comercio, damas hablando de los últimos chismes de la corte y caballeros jactándose de sus hazañas de caza. Todo resultaba tedioso para Leif, que bebía vino en silencio mientras su mirada se perdía en la distancia. Sumido en su propio mundo, apenas se dio cuenta cuando su tío abuelo materno carraspeó antes de dirigirse a él.

—Leif, hijo mío —dijo el anciano con voz firme, aunque algo rasposa por los años—, te noto ausente esta noche. Supongo que la boda de tu amigo Wolf te ha afectado. Pero dime, ¿qué proyectos tienes para el futuro? ¿Has pensado en tus responsabilidades como futuro duque de Silbury?

Leif tomó un sorbo de vino, intentando ganar tiempo. La pregunta de su tío abuelo lo incomodaba más de lo que quería admitir. No solo por la responsabilidad que implicaba, sino porque sentía que la vida que le esperaba era una trampa, una rutina de la que no podía escapar.

—Estoy... considerando mis opciones —respondió con evasión, clavando la mirada en la copa de vino—. Todavía hay tiempo para pensar en esas cosas.

Lord Leofric Wycliffe frunció el ceño, no satisfecho con la respuesta de su sobrino nieto.

—Leif, Silbury no es solo un título. Es una responsabilidad que debes aceptar. No puedes seguir posponiendo tus decisiones. Ya no eres un muchacho.

El ambiente de la cena, ya de por sí tedioso, se volvió aún más asfixiante para Leif. Los políticos murmuraban entre ellos, tratando de no inmiscuirse en la conversación, mientras las damas cercanas intercambiaban miradas discretas. Los chismorreos y las pláticas vanas continuaban a su alrededor, pero todo le parecía lejano y vacío.

—Entiendo su preocupación —dijo finalmente, levantando la cabeza y fingiendo interés—. Pero no me parece que hay prisa.

—Siempre hay prisa cuando se trata de mantener el linaje —insistió el anciano, golpeando ligeramente la mesa con su bastón—. Si no tú, ¿quién llevará el nombre de Silbury con honor? Es hora de que pienses seriamente en tu deber para con la familia, muchacho.

Leif contuvo un suspiro. Las palabras de su tío abuelo eran sensatas, pero sentía que esas responsabilidades solo lo encadenarían aún más a una vida vacía. Observó la decoración lujosa, las paredes adornadas con cuadros de antepasados que lo miraban con solemnidad desde sus marcos dorados, como si todos esos fantasmas del pasado le recordaran el peso que debía cargar.

El tiempo parecía no avanzar, y Leif ya estaba buscando una excusa para retirarse temprano, cuando la cena terminó y anunciaron el entretenimiento de la velada. Al principio, él no prestó atención. Solo esperaba que aquello fuese lo suficientemente breve. Sin embargo, cuando una voz dulce y clara se alzó en el aire, Leif sintió algo diferente, algo que lo despertó de su letargo.

La voz era suave y melodiosa, y parecía llenar cada rincón de la sala con una calidez que contrastaba con la rigidez del ambiente. Leif levantó la vista, intrigado, y la vio: una joven de figura esbelta, vestida con un atuendo original que rompía con los convencionalismos de la época. Su vestido, de terciopelo verde oscuro, estaba adornado con detalles dorados. Aunque no

era exuberante, poseía un aire de elegancia y misterio. Lo que más llamaba la atención era la máscara veneciana que cubría su rostro, dejando ver solo sus labios y su barbilla. La máscara, finamente labrada en tonos de plata y azul, ocultaba su identidad, pero no lograba disimular el magnetismo que irradiaba su presencia.

Leif, que hasta entonces había creído estar inmunizado al encanto de cualquier mujer, sintió cómo su curiosidad despertaba. Se acomodó en su silla y observó con atención cada nota que salía de sus labios, tan llenos de emoción que parecía que la voz no solo cantaba, sino que contaba una historia profunda, capaz de tocar el alma. Cada palabra, cada melodía, llevaba consigo una carga emocional intensa, como si la cantante hubiera vivido cada una de las tragedias y alegrías que describía en su canción.

El salón, que antes bullía de murmullos, se había caído en un silencio absoluto. Todos los presentes parecían hechizados por aquella voz, pero Leif estaba más fascinado que los demás. Algo en aquella mujer, en su presencia envuelta en misterio, en la forma en que se movía, casi etérea, mientras cantaba, lo cautivaba de una manera inesperada. Nunca había sentido una atracción tan inmediata y fuerte.

Cuando la joven terminó de cantar, la sala se llenó de aplausos. Pero Leif no aplaudió. En lugar de eso, se quedó observándola mientras hacía una elegante reverencia. Su mirada permaneció fija en ella, intentando descifrar lo que ocultaba esa máscara y preguntándose quién era realmente.

Mientras la mujer se retiraba del centro del salón, Leif sintió el impulso de seguirla. Aún no sabía por qué, pero algo en su interior le decía que tenía que conocerla.

Leif se levantó de su asiento casi sin pensar, movido por un impulso que no entendía del todo. A su alrededor, los invitados seguían comentando la actuación, pero él apenas escuchaba las palabras a su alrededor. Solo tenía un objetivo: seguir a la misteriosa cantante. Se abrió paso entre los invitados y pidió disculpas con vaguedad, mientras mantenía la vista fija en la puerta por la que ella acababa de desaparecer.

Salió al corredor y lo encontró vacío, excepto por el suave eco de pasos que resonaba a lo lejos. Se apresuró a seguir ese sonido, su corazón latiendo un poco más rápido de lo habitual. Había algo en esa mujer que lo inquietaba y lo atraía, y no podía ignorarlo. No se trataba solo de su belleza o de la extraordinaria voz que había mostrado. Había en ella un misterio, una historia no contada, y Leif, por primera vez en mucho tiempo, quería conocerla.

Al doblar una esquina, la vio. Estaba de espaldas, y su silueta se recortaba contra la tenue luz de las antorchas. Todavía llevaba la máscara veneciana y su capa oscura, pero ahora parecía más vulnerable, como si la magia de su actuación se hubiera desvanecido con el fin de la canción. Sin pensarlo, Leif la llamó:

—¡Espera!

La joven se detuvo, pero no se giró. El silencio entre ellos se alargó durante unos instantes que parecieron eternos. Finalmente, ella giró levemente la cabeza, lo suficiente para que él pudiera ver el perfil de su máscara.

—¿Por qué me sigues, mi señor? —su voz, más suave y baja ahora, era igualmente cautivadora.

Leif avanzó unos pasos, pero se detuvo, respetando la distancia entre ellos. No quería asustarla, solo deseaba conocerla, desentrañar ese enigma que ella representaba.

—Tu voz... es la más hermosa que he escuchado. —Las palabras salieron de su boca con una sinceridad que lo sorprendió a él mismo—. Pero no es solo eso. Hay algo en ti que me resulta familiar y, al mismo tiempo, completamente nuevo.

Ella se volvió un poco más, pero la máscara seguía cubriendo gran parte de su rostro. Sus labios esbozaron una pequeña sonrisa, apenas perceptible en la penumbra.

—La música tiene ese poder, ¿no es así? Nos hace sentir cosas que no podemos explicar —respondió, con un tono que mezclaba misterio y tristeza.

Leif dio un paso más, incapaz de mantenerse al margen.

—No es solo la música —replicó, negando con la cabeza—. Es más que eso. No puedo dejar de pensar que hay algo que compartimos. No sé qué es, pero quiero saberlo.

La joven no respondió durante un momento. Leif sintió que el tiempo se detenía, mientras ambos se observaban en silencio. Finalmente, ella dio un paso hacia él, dejando que el halo de luz de las antorchas iluminara sus labios, perfectamente delineados bajo la máscara.

—A veces, es mejor dejar ciertos misterios sin resolver —susurró, pero sus ojos, aunque ocultos, parecían decir otra cosa.

Leif sintió una corriente eléctrica recorriéndole la piel. En ese momento, ya no le importaba la razón. Quería conocerla, saber quién era. Dio otro paso hacia ella, esta vez más decidido, y tomó su mano con delicadeza. Para su sorpresa, ella no se retiró.

—Déjame conocerte —pidió con voz llena de una emoción inesperada—. Dime tu nombre.

La joven bajó la mirada, pero no soltó su mano.

—Mi nombre no importa, pero si deseas una historia, te la contaré cuando llegue el momento —dijo ella, enigmática.

Leif la observó un instante más, atrapado entre el deseo de despojarla de su máscara y la necesidad de respetar sus secretos. Pero algo en su mirada, aunque oculta, le prometía que habría más oportunidades. Que este encuentro era solo el comienzo.

Sin soltar su mano, la llevó hacia sus labios y, con una suavidad que no había mostrado antes, le depositó un beso.

—Esperaré entonces —murmuró, sin apartar los ojos de los suyos.

Y en ese gesto, en ese momento, Leif supo que estaba perdido.

CAPÍTULO 22

Bourton Manor, Gloucestershire

Brenna había tardado en reponerse de la muerte de su madre, pero el paso de los días había suavizado su dolor. La ausencia seguía siendo un eco constante en su corazón, pero ya no la desgarraba como antes. El apoyo de Wolf fue crucial. Sin su compañía, susurros alentadores y la firmeza de sus brazos en los momentos más oscuros, no habría logrado superar aquella pérdida. Él había sido su roca, y en los meses siguientes, ella encontró consuelo en los pequeños placeres de la vida que él le recordaba.

Retirada de la agitación de la corte, en la tranquila y majestuosa propiedad de Bourton Manor, Brenna redescubrió el poder curativo de la naturaleza. Rodeada de verdes colinas, praderas que se extendían hasta donde alcanzaba la vista y el susurro de los árboles mecidos por la suave brisa del campo, Brenna aprendió a respirar de nuevo y a tomarse la vida desde otra perspectiva.

Durante el día, daba largos paseos por los jardines y campos de la finca, siempre acompañada de Wolf. El ritmo pausado del campo, el crujido de las hojas bajo sus pies, el aroma de la hierba húmeda y el canto de los pájaros les ofrecían la calma que ambos necesitaban. En esos paseos, bastaban pocas palabras. Se entendían con una mirada, con la cercanía de sus cuerpos y con el roce ocasional de sus manos.

Pero cuando llegaba la noche, el silencio de la casa de campo daba paso a un torbellino de emociones que ambos liberaban en su dormitorio. Las sombras de las velas danzaban sobre las paredes mientras Wolf la miraba con una intensidad que la desarmaba por completo. La pasión entre ellos no había disminuido, sino que se avivaba cada vez más con el paso de los días. Brenna se entregaba a él con un fervor que nunca antes había conocido. Cada beso de Wolf la encendía, cada caricia le hacía perder el aliento y, cuando finalmente la hacía suya, se sentía como si su corazón fuera a estallar de pura euforia.

En la intimidad de la noche, donde el mundo exterior se desvanecía y solo quedaban ellos dos, Brenna se sentía más viva que nunca. Wolf no solo la llenaba de placer, sino también de un amor profundo y genuino que la hacía sentir segura. Él la adoraba como si fuera su mayor tesoro, y ella se dejaba envolver por esa devoción. Después de todo lo que habían pasado, el dolor, la pérdida y la distancia emocional que alguna vez hubo, ahora estaban más conectados que nunca.

—Me preguntó si siempre sería así —dijo Brenna, dejándose abrazar por Wolf.

Cada noche, su esposo la hacía sentir como si fuera la primera vez. La ternura con la que la tocaba, el ardor en cada beso, la forma en que sus cuerpos se fundían en uno solo... Todo parecía nuevo y apasionante. Era como si el tiempo se desvaneciera cuando estaban juntos y no hubiera nada más que la piel de Wolf contra la suya, el calor que los envolvía y la conexión entre sus almas.

Cuando la miraba, Brenna sentía que no existía otro lugar en el mundo donde quisiera estar. Cada caricia de Wolf la transportaba más allá de sí misma, elevándola a alturas que apenas sabía que podían existir. El placer que él le provocaba no era solo físico, era un gozo profundo y emocional que la hacía temblar desde el corazón. Y cuando llegaba el momento en que sus cuerpos alcanzaban el clímax, sentía como si todo su ser se derritiera en sus brazos.

Las olas de placer llegaban una tras otra, como un torrente imparable. Su cuerpo vibraba con una intensidad incontrolable y pequeños gemidos escapaban de sus labios, como susurros de deleite que llenaban el aire a su alrededor. Wolf la sostenía mientras se deshacía en éxtasis, la

envolvía con sus brazos fuertes y la mantenía cerca, como si no quisiera dejarla ir jamás.

Después de cada encuentro, mientras sus cuerpos aún latían con el eco de su pasión, Brenna sentía una dicha tan profunda que las lágrimas acudían a sus ojos. Se acurrucaba en el pecho de Wolf, escuchando los latidos de su corazón que poco a poco volvían a su ritmo normal, mientras él la acariciaba con suavidad, dejando besos en su frente. Era como si, después de cada noche juntos, ambos renacieran, como si esa unión los llenara de vida una y otra vez.

—Siempre es así cuando se está con la persona apropiada —fue su respuesta.

—Nunca habría imaginado que existía tal conexión entre dos personas tan distintas —la voz de Brenna era apenas un susurro.

En esos momentos, mientras descansaba en sus brazos, Brenna sabía que lo que compartían iba más allá del deseo o la simple atracción. Era amor en su forma más pura, un lazo irrompible que les pertenecía solo a ellos. Wolf era su todo, su refugio, y en cada encuentro físico reafirmaban ese vínculo. Y, aunque el mundo exterior les llamara, aunque el deber y las obligaciones los reclamaran, en la oscuridad de su alcoba solo existían ellos dos, una vez más entregados el uno al otro, como si fuera la primera vez, y la última al mismo tiempo.

—Ahora la corte no me parece tan interesante —reveló ella, pensativa.

Meses atrás, vivir en la corte era su máxima ambición, pero ahora ya no estaba tan segura. Wolf la escuchó atento.

—La reina no liberará tan fácil a su mejor dama preferida —era una afirmación que Brenna ya conocía.

—Lo sé —respondió Brenna, con una ligera sonrisa melancólica—. He servido a la reina desde que era casi una niña. Ha sido mi vida durante tanto tiempo que no imaginaba querer otra cosa.

Wolf acarició con la yema de los dedos el rostro de Brenna. La miró a los ojos con la calidez de quien comprende los pensamientos sin necesidad de palabras.

—¿Y ahora? —¿Qué deseas ahora?

Brenna suspiró, dejándose llevar por el sonido lejano del viento que soplaba sobre los campos de Bourton Manor. El silencio del campo era muy distinto al bullicio incesante de la corte. Aquí, su mente se había despejado y sus prioridades parecían haber cambiado. La vida le había mostrado otras facetas, más allá de las intrigas palaciegas y las atenciones reales.

—Ahora quiero una vida tranquila, Wolf —confesó ella, mirándolo con seriedad—. Algo más simple, más auténtico. Quiero caminar contigo por los jardines sin preocuparme por las apariencias, reír sin medir cada palabra, vivir la vida sin restricciones ni relojes que marquen el tiempo.

Wolf la escuchaba, sin interrumpirla, asimilando cada palabra como si fueran sus propios pensamientos. Sabía que la corte podía ser un lugar fascinante, pero también agotador, y él mismo había soñado alguna vez con retirarse a una vida más tranquila. Pero ambos sabían que sus responsabilidades los ataban.

—No podremos alejarnos por completo —admitió, aunque su tono no tenía amargura—. Pero tal vez podamos encontrar un equilibrio. Mantener nuestras obligaciones sin dejar que consuman lo que realmente importa.

—Tú —dijo Brenna, apretando su mano—. Tú eres lo que realmente importa.

La declaración flotó en el aire, sincera y clara, mientras el crepitar del fuego llenaba la habitación con su calor. Wolf la atrajo hacia sí, depositando un suave beso en su frente.

—Y tú eres todo lo que necesito —respondió con sus labios apenas rozándole la piel.

Brenna cerró los ojos y disfrutó de ese momento de paz y conexión en el que nada más

importaba. Sin embargo, la realidad de la corte y sus responsabilidades se cernían como una sombra inevitable. Ambos sabían que no podían escapar por completo, pero se habían prometido a sí mismos encontrar una manera de preservar lo que habían construido juntos, sin dejar que el peso de la corte aplastara sus deseos más profundos.

—La reina no me liberará —reconoció Brenna—, pero quizás, después de todo, no se trata de huir, sino de aprender a vivir la vida que deseamos dentro de las circunstancias que nos tocan.

Wolf la observó en silencio, dejándose llevar por la intensidad de sus pensamientos. Brenna, con su mirada resuelta y su serenidad, era como una luz que iluminaba los rincones más oscuros de su vida. En ese instante, lo comprendió con una claridad abrumadora: la amaba. No solo la deseaba, no solo sentía devoción por ella, sino que la amaba de una manera que lo llenaba completamente.

La vida en la corte, las intrigas, las responsabilidades... todo palidecía en comparación con lo que sentía por ella. Wolf, que siempre había sido calculador, frío en los momentos más difíciles, ahora se sentía completamente vulnerable. La fuerza de su amor por Brenna lo desarmaba y, por primera vez en años, no le importaba perder el control.

«¿Cuándo sucedió?», se preguntó a sí mismo, aunque sabía la respuesta. Desde aquella noche en que ella apareció en su puerta con la preocupación reflejada en su rostro y un mensaje en clave en la mano. Desde el momento en que había visto más allá de su papel como dama de compañía, desde que había descubierto a la mujer apasionada y valiente que vivía tras la fachada de la dama preferida de la reina. Cada pequeño gesto, cada mirada compartida en los rincones oscuros de la corte, había sido una semilla que ahora florecía con fuerza imparable en su pecho.

«Es ella», pensó con una certeza absoluta. «Es Brenna». Ella, con su bondad, su inteligencia aguda y su capacidad de amar, lo había conquistado por completo.

—No sé cómo lo hiciste —murmuró Wolf, más para sí mismo que para ella, en voz baja y suave, como si temiera romper el hechizo del momento—. Pero has transformado mi vida, Brenna».

Brenna lo miró, con una ligera expresión de desconcierto en el rostro, antes de sonreírle suavemente.

—Yo... —intentó decir algo, pero Wolf la interrumpió, acercándose más, con los ojos fijos en los suyos.

—Te amo —declaró con una intensidad que ni él mismo había previsto—. No hay otra verdad más grande en mi vida ahora. Te amo, Brenna, y siempre lo haré, sin importar dónde estemos o los desafíos a los que nos enfrentemos. Tú eres mi hogar.

Las palabras salieron de su boca con una facilidad sorprendente, como si hubieran estado esperando el momento adecuado para ser pronunciadas. Al decirlas, sintió una liberación, como si un peso que había cargado sin darse cuenta se esfumara. Había encontrado la paz que tanto había buscado, y estaba justo frente a él en los ojos de la mujer que ahora sostenía su corazón.

Brenna se quedó en silencio por un instante, absorbiendo lo que él había dicho, antes de esbozar una sonrisa que iluminó su rostro por completo.

—Wolf —susurró, acercándose aún más, hasta que sus labios estuvieron a milímetros de los suyos—. Yo también te amo.

Esas palabras fueron como un bálsamo que sanó cualquier duda que pudiera haber quedado en el aire. Wolf la envolvió en sus brazos, estrechándola contra su pecho, y sintió que por primera vez en mucho tiempo no tenía que luchar contra sus sentimientos, sino entregarse completamente a ellos.

La besó, un beso lleno de pasión y ternura, pero también de promesas. Promesas de un

futuro juntos, de un amor que no se rendiría ante las obligaciones de la corte ni las presiones de sus roles. Porque ahora, en ese momento, lo único que importaba era el amor que sentían el uno por el otro.

—Siempre encontraremos una forma —aseguró él—, y mientras lo hagamos juntos, no importa dónde estemos.

Brenna asintió, sintiendo una nueva determinación florecer en su interior. Bourton Manor les había dado ese espacio para descubrir lo que realmente querían y, aunque el regreso a la corte era inevitable, lo harían de una manera distinta, más conscientes de lo que les unía.

La reina no liberaría a su dama preferida y Wolf no dejaría de ser Lord Canciller. Pero cada vez que sus miradas se cruzaran en los salones del palacio, cada vez que se robaran un beso en un pasillo oscuro o se acariciaran las manos bajo la mesa de un consejo, sabrían que su unión era su refugio.

La corte seguía siendo parte de su vida, pero ya no lo era todo. Ellos dos, su amor, sus momentos robados, eso sería suficiente para llenar cada rincón de sus días.

CAPÍTULO 23

Castillo de Windsor

Brenna había pasado las mejores semanas de su vida con Wolf. Pero la reina requería de nuevo su presencia en la corte. Vestía de riguroso luto por la muerte de su madre, pero el sobrio atuendo no le restaba hermosura ni vitalidad.

Mientras caminaba por los pasillos del castillo, no podía dejar de pensar en Bourton Manor, un lugar que se había convertido en su rincón favorito para descansar. Wolf también le había informado de que poseía una villa en la ciudad de Roma y una mansión en Escocia. A ella le apetecía visitar el norte de la isla, ya que nunca había salido de Londres. La corte había sido todo su mundo, pero ya no.

Giró a la izquierda y tropezó con un hombre. Brenna se disculpó, aunque su voz se apagó cuando se percató de quién era la persona que había tropezado con ella.

—¡Lord Radcliffe! —exclamó ella, sorprendida—.

La urgencia del hombre la puso en alerta. Brenna no olvidaba que ese hombre quería a Wolf muerto.

—Discúlpeme, lady Lancaster, andaba distraído.

Ella no le creía. Se preguntaba qué hacía un hombre como él en Windsor y con quién se habría reunido. Y su curiosidad se disparó.

Brenna reprimió el escalofrío que le recorrió la espalda al encontrarse con Lord Radcliffe, uno de los hombres más influyentes y peligrosos de la corte. Su mirada calculadora la inquietaba, y aunque sus palabras parecían corteses, había algo en la forma en que la observaba que la hacía sentir vulnerable.

—No se preocupe, lord Radcliffe —respondió Brenna, esforzándose por mantener la compostura—. Es un lugar fácil para distraerse.

El hombre le sonrió con frialdad, inclinando ligeramente la cabeza, pero sus ojos no dejaban de escrutarla, como si intentara desentrañar sus pensamientos. Brenna sabía que detrás de esa fachada de cortesía se ocultaba una mente maquinadora y peligrosa. Radcliffe había intentado mover los hilos para arruinar a Wolf más de una vez. ¿Qué estaría tramando ahora?

—Veo que sigue siendo tan elegante como siempre, lady Lancaster —dijo con suavidad—. Espero que su estancia en Windsor esté siendo placentera.

—Resultó muy placentera, gracias —respondió ella, midiendo cada palabra—. ¿Y la suya? ¿Negocios de Estado, supongo?

El brillo fugaz en los ojos de Radcliffe le confirmó lo que ya sospechaba: él no estaba allí solo para pasear por los jardines del castillo. Algo se estaba moviendo entre las sombras, y Brenna no iba a dejar pasar la oportunidad de averiguarlo.

—Oh, siempre hay algo que atender, pero nada de qué preocuparse —respondió él con una sonrisa que no llegaba a sus ojos—. Las obligaciones nunca descansan, ¿verdad?

Brenna asintió, pero su mente ya estaba trabajando a toda velocidad. Radcliffe no era un hombre que dejara cabos sueltos. Si estaba en Windsor, no era casualidad. Podría estar tramando algo contra Wolf, algo que aún no alcanzaba a ver.

—Es una lástima que el deber nos consuma tanto tiempo —dijo ella, sonriendo con amabilidad fingida—. Especialmente cuando hay tantas otras cosas en la vida por disfrutar.

Radcliffe inclinó la cabeza de nuevo, esta vez con un destello de ironía.

—Es muy cierto, milady. Pero uno aprende a encontrar placer incluso en las obligaciones.

Brenna reprimió un suspiro de alivio cuando el hombre inclinó una última vez la cabeza y se alejó. El aire parecía más liviano sin su presencia, pero la inquietud permanecía. Radcliffe estaba tramando algo, y ella debía averiguar qué.

Con el corazón latiéndole más rápido de lo normal, decidió que necesitaba hablar con Wolf cuanto antes. Su instinto le decía que algo no iba bien. Brenna se quedó quieta un momento, observando cómo Lord Radcliffe se alejaba por el pasillo. La presencia de aquel hombre siempre traía consigo una sensación de peligro inminente, como si una tormenta se acercara, silenciosa pero devastadora. Su mente no dejaba de repasar lo que había sucedido. No creía en las coincidencias, y menos aún cuando se trataba de hombres como él.

Con un movimiento rápido, se giró y continuó caminando por el pasillo, pero su rumbo había cambiado. Debía encontrar a Wolf y contarle lo que había pasado. Si Radcliffe estaba en Windsor y no solo de paso, entonces debía de estar detrás de algo importante, algo que afectaba directamente a Wolf.

Cuando finalmente encontró a Wolf en el salón privado que compartían, este estaba revisando algunos documentos, con una expresión concentrada. Al verla entrar, dejó los papeles de lado y se levantó de inmediato, percibiendo la preocupación en su rostro.

—¿Qué ocurre? —preguntó Wolf, su voz firme pero con una nota de alerta.

Brenna cruzó la habitación con pasos decididos, haciendo susurrar su vestido contra el suelo de piedra mientras su mente buscaba la forma de explicarse.

—Acabo de tropezarme con Lord Radcliffe en los pasillos —dijo, sin rodeos—. Y no creo que esté aquí por casualidad. Algo tramada.

Los ojos de Wolf se endurecieron al escuchar el nombre de Radcliffe, ese hombre al que él consideraba más que un simple rival político. Sabía bien de lo que era capaz.

—¿Dijo algo que te hiciera sospechar? —preguntó mientras tomaba sus manos, intentando calmar la inquietud que veía reflejada en los ojos de Brenna.

—Nada en concreto, pero su forma de hablar... y su presencia aquí. Algo no cuadra. Es como si estuviera esperando algo, o a alguien —respondió ella, con el tono de su voz tenso, como si cada palabra fuera una advertencia.

Wolf apretó suavemente las manos de Brenna, un gesto de apoyo y confianza, pero también de preocupación compartida.

—Radcliffe no se mueve sin razón. Si está en Windsor, no puede ser para nada bueno —murmuró Wolf, más para sí mismo que para ella—. Debemos estar alerta, mi amor. Hay demasiados intereses en juego y demasiadas manos ocultas en las sombras.

Brenna asintió, sabiendo que Wolf ya estaba calculando sus próximos movimientos. Aunque él era un hombre calmado y racional, la simple mención de Radcliffe despertaba en él una fiera protección, especialmente ahora que Brenna estaba involucrada en los peligros que rondaban la corte.

—No te preocupes —continuó Wolf, acercándola hacia él y besando su frente—. No dejaré que ese hombre haga ningún movimiento sin que lo sepamos. Y si intenta algo, se encontrará con más resistencia de la que espera.

Brenna lo abrazó, encontrando consuelo en la seguridad de su cuerpo y en la determinación de su voz. Sabía que, juntos, podrían hacer frente a lo que fuera. Sin embargo, el aire que los rodeaba estaba cargado de tensión. Algo oscuro se avecinaba, y Lord Radcliffe estaba justo en el centro de la tormenta.

Horas más tarde, mientras las velas titilaban en la noche y el castillo se sumía en un silencio pesado, Brenna no podía dejar de pensar en Radcliffe. La inquietud la mantenía

despierta, y su mente conectaba pequeños hilos de información que hasta ese momento no había considerado importantes. Tal vez debía seguirlo, vigilar de cerca sus movimientos. Si había algo que estaba aprendiendo rápidamente junto a Wolf era que, en la corte, la información y la estrategia eran las armas más poderosas.

Sin embargo, Brenna ignoraba que Wolf lo tenía todo bajo control. Desde el baile en el que apresaron a los conspiradores, la guardia se mantenía alerta y él vigilaba los pasos del vizconde con mucha atención. No le había dicho nada a ella para mantenerla alejada del peligro, pero la presencia de Radcliffe en la corte le preocupaba de verdad.

CAPÍTULO 24

Wolf había sido demasiado paciente. Durante semanas había seguido de cerca cada uno de los movimientos de Lord Radcliffe, manteniendo un perfil bajo mientras reunía a las personas adecuadas para dar el golpe final. Sabía que un hombre como Radcliffe no se limitaba a pequeñas intrigas; su ambición y sus ansias de poder lo empujaban a llevar a cabo jugadas más grandes y peligrosas. Pero Wolf estaba preparado.

En colaboración con los responsables de la seguridad del reino y algunos agentes de Scotland Yard, había planeado una trampa que no solo desenmascararía a Radcliffe, sino que también lo incriminaría de una vez por todas. Sabía que el hombre trataría de poner a Wolf en una situación comprometedora, así que decidió adelantarse. La clave era atraerlo hacia un escenario en el que Radcliffe se sintiera seguro y confiado en su victoria.

La noche había caído sobre Windsor y, en el corazón del castillo, una reunión secreta estaba a punto de llevarse a cabo. Brenna, a pesar de los ruegos de Wolf, había insistido en mantenerse al tanto de todo. No podía apartarse de su lado ahora que la conspiración estaba en su fase final. Ella había sido fundamental para descifrar algunas de las piezas del enigma que Wolf no había alcanzado a ver. Su intuición, sumada a la red de contactos dentro de la corte, había aportado información clave.

—¿Estás segura de que quieres estar aquí? —le preguntó Wolf en voz baja, mientras ajustaba la pistola a su costado. Su mirada estaba fija en la puerta por la que sabía que Radcliffe aparecería en cualquier momento.

—No pienso dejarte solo en esto —respondió ella con una firmeza que no daba lugar a discusiones—. Estaré bien. Confío en ti.

Wolf asintió, sabiendo que era inútil discutir con Brenna cuando se había propuesto algo. Sin embargo, no pudo evitar sentir un nudo de preocupación en el estómago. Radcliffe era peligroso y un hombre acorralado solía ser más impredecible. Afortunadamente, ya tenían todo dispuesto.

Ocultos en las sombras del salón contiguo, varios agentes de Scotland Yard esperaban la señal. También estaban presentes Sir Galan, el comandante de la Guardia Real, y Lord Fenton, el mariscal del reino. Ambos habían sido informados de la situación por Wolf y no pensaban dejar que Radcliffe escapara de la justicia.

El plan era simple: Radcliffe creía que iba a entregar un documento falso que incriminaría a Wolf en una traición contra la Corona. Lo que no sabía era que ese documento había sido reemplazado por otro que contenía pruebas irrefutables de sus propios crímenes: conspiración, intento de asesinato y alta traición. Tan pronto como Radcliffe diera el paso final, sería arrestado.

Los pasos de Radcliffe resonaron por el pasillo, su silueta alta y esbelta avanzaba con la arrogancia que le resultaba habitual. Al entrar en la sala, sus ojos recorrieron brevemente la estancia antes de posarse sobre Wolf, que lo esperaba con una expresión de calma calculada.

Wolf se quedó inmóvil, dejando que los recuerdos lo envolvieran con su manto de amargura. Frente a él estaba el hombre que lo había engañado. El hombre que había causado la muerte involuntaria de su primera esposa. La mujer que lo había traicionado mucho antes de casarse con él, un hecho que siempre lo había carcomido por dentro. Lo había utilizado para ganar posición y riqueza que tanto ansiaba, ocultando sus verdaderas intenciones detrás de una fachada de falsa modestia. En su ingenuidad, Wolf había caído en la trampa, convencido de que su matrimonio significaba algo más que un pacto social.

Al principio, sus sospechas eran vagas, casi imperceptibles. Pequeños gestos, miradas

furtivas, una ausencia constante en los momentos importantes... Pero todo se hizo evidente cuando empezó a controlar sus gastos. Había sido una mujer que adoraba el lujo, siempre pidiendo más, siempre exigiendo. Cuando Wolf decidió poner límites, reducir los gastos excesivos y centrar su fortuna en algo más que caprichos, su esposa comenzó a alejarse. Su amante, el vizconde Radcliffe, la había estado cortejando en la sombra todo ese tiempo.

Fue solo cuestión de tiempo antes de que ella decidiera huir con él, dejando a Wolf no solo con la humillación pública, sino con el dolor de haber sido engañado en lo más personal. Su traición no solo era una afrenta a su honor: había huido con el hombre que durante años había compartido su mesa, el que había llamado amigo. Al final, ambos lo habían dejado todo para buscar una vida de lujo y libertinaje. Pero ese lujo no les duró. La esposa fue víctima de su propio veneno, consumida por su ambición, y Radcliffe, lejos de estar satisfecho, había caído en una espiral de intrigas que finalmente lo llevaron a intentar destruir a Wolf. Para Wolf, no solo había sido una traición de confianza, sino una herida profunda en su alma, una que le había costado años cerrar. Sin embargo, ahora que el círculo se cerraba, con Radcliffe atrapado en su propia red de engaños, Wolf no sentía más que vacío. La furia que lo había consumido durante tanto tiempo comenzaba a disiparse. Había encontrado una nueva vida junto a Brenna, y en ella, un amor verdadero que no estaba basado en mentiras. El pasado, aunque siempre presente, ya no tenía el mismo peso.

—Lord Lancaster —dijo Radcliffe con una sonrisa tensa—. Parece que finalmente ha llegado la hora de zanjar nuestros asuntos.

Wolf asintió, sin moverse de su posición.

—Así parece, Radcliffe. Estoy ansioso por resolver esto de una vez por todas.

Radcliffe dio un paso más y sacó un sobre sellado de dentro de la chaqueta. Sus dedos parecían temblar ligeramente, pero su rostro permanecía impassible.

—Aquí está todo lo que necesitas —dijo con una leve inclinación, entregándole el sobre a Wolf.

Wolf lo tomó en sus manos, con la mirada fija en los ojos de Radcliffe, y en ese instante, el aire en la habitación pareció cambiar. Fue Brenna, que los observaba desde un rincón, quien percibió el cambio en la postura de Radcliffe, una ligera tensión en sus hombros. Estaba a punto de hacer algo desesperado.

Antes de que pudiera reaccionar, Radcliffe lanzó una daga que llevaba oculta en la manga contra Wolf. Brenna gritó, pero Wolf ya estaba preparado. En un movimiento rápido, esquivó el ataque, y en ese preciso instante, los guardias y agentes de Scotland Yard irrumpieron en la sala y rodearon a Radcliffe.

—¡Basta, Radcliffe! —rugió Sir Galan, empuñando su espada con una mano firme—. Estás rodeado. No tienes escapatoria.

Radcliffe, jadeante, miró a su alrededor con los ojos encendidos por la furia y el miedo. Había sido traicionado por su propia arrogancia, por creer que siempre podía ganar. Intentó retroceder, pero el mariscal Fenton bloqueó su paso.

—¡Todo esto es una farsa! —gritó Radcliffe, señalando a Wolf—. ¡Él es el traidor, yo solo lo estoy desenmascarando!

Wolf, con calma, entregó el sobre a Sir Galan, quien lo rompió y sacó los documentos que contenían pruebas irrefutables de la traición de Radcliffe. El silencio se apoderó de la sala mientras todos los presentes recorrían con la mirada las líneas inculminatorias.

—Esto te condena —dijo Galan, con voz firme—. Estás bajo arresto por traición a la

Corona.

Radcliffe se resistió, forcejeando cuando los guardias lo esposaron, pero ya no había escapatoria. Brenna sintió una oleada de alivio y temor al mismo tiempo. Sabía que la amenaza de Radcliffe había sido neutralizada, pero las repercusiones de aquella conspiración aún podrían resonar en la corte.

Wolf, por su parte, mantuvo la mirada fija en Radcliffe mientras lo sacaban de la sala. Cuando finalmente Radcliffe desapareció por el pasillo, Wolf se acercó a Brenna, la tomó de la mano y la atrajo hacia él.

—Se acabó —murmuró con un destello de esperanza en su voz.

Brenna, aferrada a su lado, sabía que juntos podrían enfrentarse a cualquier cosa que viniera.

Wolf permaneció en silencio por un momento, sosteniendo la mano de Brenna con suavidad, pero sin perder la firmeza. La tensión por la captura de Radcliffe aún resonaba en su cuerpo, pero al sentir la calidez de Brenna a su lado, esa tensión comenzó a desvanecerse. Ella lo miraba con esa mezcla de orgullo y comprensión que siempre lo había desconcertado y atraído a partes iguales.

—¿Qué sucederá ahora? —preguntó Brenna en voz baja, con la mirada aún fija en la puerta por la que Radcliffe había sido llevado.

—Ahora todo depende de la Reina y el Consejo —respondió Wolf, entrelazando sus dedos con los de ella—. Radcliffe enfrentará un juicio por traición y, aunque hay pruebas más que suficientes, aún habrá quien lo apoye en secreto. En la corte hay muchos intereses cruzados.

Brenna asintió. Sabía que lo que acababan de vivir no era más que el comienzo de las intrigas. Wolf tenía enemigos en la corte, gente que deseaba verlo caer, y no solo por su posición de poder, sino por las alianzas y amistades que había forjado con otros miembros influyentes. Sin embargo, ella también comprendía que estar junto a Wolf significaba enfrentarse a ese mundo de traiciones y secretos. No era una tarea fácil, pero estaba dispuesta a asumirla.

—No importa lo que venga —dijo Brenna, apretando su mano—. Estaremos juntos.

Wolf sonrió, una sonrisa que mostraba más cansancio que alegría, pero que, aun así, era sincera. Se inclinó y le depositó un suave beso en la frente.

—Juntos —repitió—. Siempre.

Los días siguientes fueron una mezcla de tensión y calma. La noticia de la captura de Radcliffe se extendió rápidamente por toda la corte. Algunos se sorprendieron, otros fingieron estarlo, pero para aquellos que sabían leer entre líneas, el arresto de Radcliffe era un mensaje claro: nadie estaba por encima de la justicia y Wolf no sería una víctima fácil de las intrigas palaciegas.

Brenna, por su parte, se mantuvo ocupada con sus deberes como dama de la reina, aunque sus pensamientos constantemente volvían a Wolf y a los peligros que aún la acechaban. Por mucho que deseara pasar más tiempo en la tranquilidad de Bourton Manor, sabía que la vida en la corte demandaba su presencia. Además, tras el arresto de Radcliffe, su posición junto a la reina se había vuelto más delicada. Muchas damas la miraban con recelo, sabiendo que su cercanía a Wolf la convertía en una figura poderosa y potencialmente peligrosa.

Una tarde, mientras Brenna paseaba por los jardines del palacio, un mensajero la llamó para llevarle un recado de Wolf. Lo encontraría en una de las torres más altas del castillo, un lugar que a menudo usaban para reunirse en privado.

Subió las escaleras rápidamente, ansiosa por verlo. Al llegar a la torre, lo encontró mirando por la ventana, observando el horizonte con una expresión pensativa. Su figura, siempre

imponente, estaba bañada por la luz del sol poniente, lo que le daba un aire aún más enigmático.

—¿Estás bien? —preguntó ella, acercándose.

Wolf se volvió lentamente y, al verla, una sonrisa se dibujó en sus labios.

—Mejor ahora que estás aquí —respondió—. He estado pensando en lo que viene a continuación.

Brenna arqueó una ceja, curiosa.

—¿A qué te refieres?

—A nosotros. A la vida que queremos llevar —dijo, dando un paso hacia ella—. He estado reflexionando sobre lo que me dijiste en Bourton Manor. Que la corte ya no te parece tan interesante como antes.

Brenna asintió, sin saber hacia dónde se dirigía la conversación.

—Y me he dado cuenta —continuó Wolf— de que yo también estoy cansado de esto. Las intrigas, las traiciones, el constante juego de poder. No quiero que nuestra vida se defina por eso. Quiero que tengamos algo más, algo verdadero. He estado pensando que, una vez que todo este asunto con Radcliffe y el Consejo termine, podríamos tomarnos un tiempo para nosotros. Tal vez viajar a Roma o a Escocia, como te mencioné antes. Escapar de todo esto, aunque sea por un tiempo.

Las palabras de Wolf la sorprendieron, pero al mismo tiempo la llenaron de esperanza. Era como si, después de toda la tormenta, finalmente vislumbraran un rayo de luz.

—¿De verdad lo dices? —preguntó Brenna, cuya voz estaba llena de emoción contenida.

Wolf asintió, acercándose a ella y tomándola por la cintura.

—Sí, lo digo en serio. Te lo prometo, Brenna. Cuando todo esto termine, nos iremos los dos. Solo tú y yo.

Brenna lo miró a los ojos en busca de alguna señal de duda, pero no encontró ninguna. En ese momento, supo que Wolf hablaba desde lo más profundo de su corazón.

—Me parece perfecto —dijo ella, envolviéndolo en un abrazo—. No importa dónde vayamos, mientras sea contigo.

Wolf la abrazó con fuerza y sintió cómo el peso de las responsabilidades y las intrigas de la corte se desvanecían, aunque fuera solo por un momento. Sabía que aún quedaban retos por delante, pero por primera vez en mucho tiempo, sentía que había algo más allá de la política y el poder.

Brenna y él tenían un futuro, uno que no estaba definido por el castillo ni por las ambiciones de otros, sino por lo que decidieran construir juntos.

Y ese futuro, aunque incierto, ya empezaba a brillar ante ellos.

CAPÍTULO 25

La reina la había convocado a una reunión urgente, así que Brenna apresuró el paso porque lo último que quería era hacer esperar a la soberana. Cuando llegó a los aposentos privados de la reina Victoria, una suave luz entraba a través de las grandes ventanas y bañaba los oscuros y austeros muebles con un brillo delicado. Brenna permanecía de pie frente a la soberana, quien la miraba con una mezcla de firmeza y curiosidad. El arresto de Lord Radcliffe había causado una gran conmoción en la corte, pero la cuestión inmediata para Brenna no era el conspirador atrapado, sino su propio futuro.

—Majestad —comenzó Brenna con voz serena, haciendo una profunda reverencia en señal de respeto—, he servido a su Gracia con lealtad y devoción durante años. Ser una de sus damas ha sido un honor inmenso, pero ahora, después de todo lo que ha ocurrido, deseo retirarme al campo con mi esposo.

La reina, sentada de forma regia, entornó los ojos. Conocía bien a Brenna y la fortaleza de su carácter, pero también sabía que perderla significaba dejar ir a una de sus aliadas más confiables.

—¿Y piensas dejar la corte así, sin más? —preguntó Victoria con una mezcla de incredulidad y desagrado—. No es habitual que una dama de mi confianza abandone sus obligaciones sin una razón de peso.

Brenna respiró hondo. Sabía que tendría que elegir sus palabras con sumo cuidado.

—Su Gracia, comprendo la importancia de la corte y su influencia. Pero ya no me encuentro en la misma disposición que antes. Mi matrimonio con Wolf ha cambiado muchas cosas en mi vida y creo que ambos merecemos la oportunidad de llevar una existencia tranquila, lejos de las intrigas que nos rodean. El campo nos ofrece algo que la corte jamás podrá darnos: paz, serenidad... y un espacio para construir una familia. Después de los peligros y las dificultades que hemos afrontado juntos, sentimos que nos merecemos esa calma.

La reina alzó una ceja, aunque en su expresión no se reflejaba desagrado. Más bien parecía que estaba reflexionando sobre las palabras de Brenna.

—El marqués de Winkworth sigue siendo un hombre importante para el reino —replicó Victoria, su voz suave pero firme—. No puedo permitirme perder a uno de mis consejeros más confiables solo porque su esposa quiera una vida más tranquila.

Brenna se acercó un poco más, sin perder la compostura.

—Con el debido respeto, Majestad, Wolf seguirá sirviendo al reino, pero desde otro ámbito. Ha demostrado su lealtad y su capacidad para resolver asuntos delicados. Sin embargo, nuestra vida personal no puede estar atada indefinidamente a los pasillos de este palacio. La corte es una jaula dorada. Una que enriquece, pero también asfixia. Yo he cumplido con mi deber, pero deseo vivir plenamente, lejos del peso de las expectativas y las presiones constantes.

La reina permaneció en silencio por un momento, evaluando las palabras de su dama. Brenna aprovechó la pausa para reforzar su argumento.

—Su Gracia, creo que Wolf podrá servirle mejor si no está atrapado en la rutina de la corte. Su intelecto y su destreza pueden ser utilizados para tareas más específicas, que no requieran de su presencia diaria aquí. Yo, por mi parte, puedo contribuir desde las sombras, si es necesario, pero no puedo seguir ignorando el deseo de formar un hogar con mi esposo. Si no me concede esta gracia, temo que ambos acabaremos prisioneros de la misma jaula.

La reina se inclinó ligeramente hacia delante, entrelazando las manos. Su rostro permanecía impasible, pero Brenna notó un destello de comprensión en sus ojos.

—Entiendo tus deseos, lady Winkworth. Has demostrado ser una mujer leal y valiente. No es fácil liberar a alguien como tú, pero veo que tu corazón ya no está aquí. Te concederé lo que pides, Brenna, aunque no será sencillo. Wolf seguirá ligado al reino, pero como tú dices, en un papel menos visible. A ambos os daré un poco de libertad, pero no olvides que siempre habrá un lugar para ti aquí, si alguna vez deseas regresar.

Brenna se sintió aliviada por las palabras de la reina. Inclino la cabeza profundamente, agradecida.

—Gracias, su Gracia. Wolf y yo siempre estaremos a su disposición.

La reina asintió levemente.

—Que así sea, lady Winkworth. Disfruta de tu retiro, pero recuerda que el deber con el reino siempre prevalece.

Brenna hizo una profunda reverencia, sabiendo que finalmente había conseguido lo que tanto anhelaba.

Horas más tarde, fue Wolf quien se encontraba de pie frente a la reina Victoria. Su porte era altivo y elegante, pero su mirada serena. Sabía que aquella reunión no había sido solo para agradecerle que hubiera desentrañado el complot que había amenazado a la corona, sino también para evaluar y medir hasta qué punto podía seguir contando con él.

La reina estaba sentada en su trono, envuelta en los pesados ropajes de la monarquía, pero sus ojos afilados denotaban una gran inteligencia. No necesitaba rodeos, y Wolf lo sabía bien.

—Lord Lancaster —comenzó la reina con una voz suave, pero cargada de autoridad—, habéis servido a este reino con una lealtad inquebrantable. No puedo ignorar que sin vuestra intervención, los intereses de la corona habrían estado en grave peligro. Habéis desentrañado un complot que nos afecta a todos, y por ello os debo un agradecimiento personal.

Wolf inclinó la cabeza, aceptando el cumplido, aunque su expresión permaneció tranquila.

—Su Gracia, fue mi deber. Mi lealtad siempre ha sido para con la corona.

La reina lo observó por un momento, como si estuviera buscando más allá de sus palabras, analizando cada matiz de su ser. Sabía que Wolf no era un hombre común y que su inteligencia y astucia eran necesarias para el reino, pero también comprendía que había algo más en juego.

—Lo sé —dijo la reina lentamente—. Y por esa razón no deseo prescindir de vosotros. La corte os necesita, y yo confío en vuestra capacidad para manejar asuntos delicados. Sin embargo, soy consciente de que habéis solicitado más libertad y mi esposa me ha expuesto razones que no puedo ignorar.

Wolf la miró directamente, sabiendo que ese momento era crucial.

—Mi señora —le dijo con respeto—, mi compromiso con el reino no ha cambiado. Seguiré sirviendo a su Gracia en todo lo que requiera, pero... mi vida ha cambiado desde que me casé. Brenna y yo hemos superado muchas pruebas juntos y ambos sentimos que, si conseguimos paz, podremos servir mejor desde otro ámbito. No buscamos abandonar nuestras responsabilidades, sino encontrar un equilibrio que beneficie tanto a nuestro matrimonio como a su Gracia.

La reina asintió, como si hubiera esperado esa respuesta.

—Comprendo que el deber para con la familia pesa tanto como el deber para con el reino. No os negaré ese deseo. Si bien continuaréis sirviendo, os concederé más libertad. Desde vuestro hogar podréis contribuir con vuestra inteligencia y habilidad. Aunque no siempre estaré presente en los pasillos de la corte, seguiréis siendo una pieza fundamental en la estructura de este reino.

Wolf sintió una extraña mezcla de alivio y orgullo. Su lealtad a la corona no estaba en duda, pero ahora también tenía la oportunidad de disfrutar de una vida más plena con Brenna.

—Agradezco profundamente vuestra comprensión, Majestad —respondió con sinceridad.

La reina mantuvo su mirada firme sobre él, pero en sus ojos se podía ver un destello de reconocimiento.

—Espero que no olvidéis, lord Lancaster, que el reino sigue necesitando hombres como vos. Este es solo un respiro temporal. Vuestro deber hacia la corona será siempre prioritario.

Wolf inclinó la cabeza, comprendiendo el mensaje.

—Lo sé, su graciosa majestad. Siempre estaré al servicio del reino, en cualquier circunstancia.

La reina lo observó durante un instante más antes de esbozar una ligera sonrisa.

—Entonces, que así sea. Disfrutad de vuestro tiempo en el campo, lord Lancaster, pero recordad que siempre tendréis un deber que cumplir aquí, en la corte. Y cuando os llame de

nuevo, espero vuestra lealtad tan firme como siempre.

—Por supuesto, Majestad —respondió Wolf con determinación—. No os fallaré.

Wolf se despidió de la reina con una reverencia, sabiendo que había logrado un equilibrio delicado entre su vida personal y su deber con el reino. Y, mientras abandonaba la estancia, sentía una renovada certeza: podría disfrutar de su vida con Brenna sin dejar de lado su compromiso con la corona.

CAPÍTULO 26

Berwent Hall, Belgrado, Londres

Brenna observó los diferentes cuadros de la familia Wolf que colgaban en la amplia galería. El servicio ya cubría los muebles con amplios lienzos porque se mudaban a Bourton Manor, en Gloucestershire, en breve. La mansión en el campo que tanto le gustaba iba a ser su residencia oficial. Estaba cansada de Londres y necesitaba un retiro espiritual en el tranquilo campo de Gloucestershire. Wolf le había sugerido que pusiera en alquiler su propia casa para que estuviera habitada, pues conocía de primera mano lo que se deterioraban las propiedades cuando estaban deshabitadas. Ella lo estaba pensando seriamente, pues apenas había vivido en Wyndham House. Ahora, mientras Brenna se paseaba lentamente por los pasillos de Berwent Hall, pensó en la casa que pertenecía a su familia desde hacía generaciones: Wyndham House. Siempre había sido un lugar distante en su memoria. Había pasado la mayor parte de su vida en la corte, rodeada de la rutina palaciega, y sus días allí eran apenas un eco lejano, casi olvidado. A pesar de la belleza de la casa, con sus techos altos, chimeneas de mármol y amplios ventanales, no sentía ninguna conexión emocional con las habitaciones que había recorrido en su niñez.

«Es curioso —pensaba— cómo un lugar que debería sentirse como un hogar puede resultar tan ajeno». De niña, había pasado algunas temporadas allí, pero esas vivencias se habían desvanecido entre los lujos de Windsor y los incesantes quehaceres de dama de compañía de la reina. Cada estancia de Wyndham House era un recuerdo apenas esbozado, como el débil reflejo de una vida que nunca llegó a vivir plenamente.

Al detenerse frente a otro cuadro, decidió que lo mejor sería alquilar la propiedad para que Wyndham House se convirtiera en una casa magnífica, digna de albergar a una familia que la llenara de vida, algo que ella nunca había podido hacer.

«Al menos así conservará su esplendor», murmuró para sí, mientras una ligera sonrisa se dibujaba en sus labios. Dejar Wyndham House en manos de otros le daba paz; ahora, su vida estaba con Wolf, en Bourton Manor, y allí era donde se sentía realmente en casa.

—¿Estás preparada? —le preguntó Wolf, cuya voz profunda resonó en el vestíbulo mientras una luz cegadora iluminaba sus ojos.

Brenna, que había estado mirando los cuadros, se giró hacia él, contempló cómo descendía con paso firme por la amplia y majestuosa escalera de la mansión. Había algo en su porte, en la seguridad con la que se movía, que la hacía sentir segura, como si cada paso que diera los acercara más a la vida que tanto deseaban.

—Ahora sí —respondió ella, esbozando una sonrisa que no podía ocultar su emoción.

El carruaje ya esperaba en la entrada, listo para llevarlos a Bourton Manor, el lugar que ahora ambos llamaban hogar. Las pertenencias que había dejado en la corte, junto con los recuerdos más preciados de su familia, ya estaban empaquetados cuidadosamente. Durante los días anteriores, había pasado largas horas en Wyndham House seleccionando qué llevar consigo: un antiguo retrato de su madre, las joyas heredadas de su abuela y algunos libros que habían pertenecido a su padre. Todo aquello que contenía un trozo de su historia, de su linaje, lo había querido preservar.

—Has hecho mucho en poco tiempo —dijo Wolf, acercándose a ella y posando una mano en su cintura—. Espero que no haya sido demasiado agotador.

Brenna negó suavemente con la cabeza. La semana que Wolf había necesitado para delegar sus responsabilidades en la corte le había dado tiempo de sobra para poner en orden sus

propios asuntos. Sabía que el futuro de Wolf como Lord Canciller seguiría ligado a sus deberes, pero por ahora, ambos podían disfrutar de un pequeño respiro, lejos del bullicio de Londres.

—Me ha dado tiempo para pensar, para prepararme... para esta nueva vida contigo —respondió ella, mirándolo a los ojos con una ternura que le nacía desde lo más profundo de su corazón.

Wolf sonrió, inclinando la cabeza para besarla suavemente en los labios. Era un beso cargado de promesas, de futuro y de un amor que ambos apenas comenzaban a explorar. No había prisa. El viaje a Bourton Manor sería el comienzo de su verdadero tiempo juntos, y ambos lo sabían.

Wolf la sostuvo por unos momentos más, mientras su mano recorría suavemente su espalda, y sus labios apenas se separaban de los suyos. Había algo casi solemne en esa despedida de la ciudad, de la vida que conocían, y en el inicio de lo que ambos sabían que sería una nueva etapa juntos.

—Vamos —dijo él finalmente, tomando su mano con un gesto firme, pero afectuoso—. Tenemos un largo viaje por delante, y Bourton Manor nos espera.

Brenna asintió, lanzando una última mirada a Berwent Hall mientras se despedía mentalmente de Londres. La mayor parte de su tiempo lo había vivido en la corte, bajo la atenta mirada de la reina y sus cortesanos, y en esos años, Londres había quedado casi como un lugar secundario en su vida. Ahora sentía una extraña mezcla de nostalgia y alivio. Londres siempre sería importante para ella, pero ya no era su centro, ni el lugar donde anhelaba estar. Los dos caminaron hacia la puerta abierta. De pronto, pensó en los amigos de Wolf, de los que tanto le hablaba. Ella sólo conocía a uno, al heredero de Silbury. Paró sus pasos y lo miró atenta con un interrogante.

—¿Nos visitarán tus amigos en Bourton Manor? —le preguntó Brenna, inclinándose ligeramente hacia él, con un tono curioso e interesado.

Wolf la miró de reojo y esbozó una media sonrisa. Los dos estaban parados en el umbral, frente a ellos se encontraba el carruaje del marqués.

—Si por «amigos» te refieres a Leif y Cassian, el primero ya ha amenazado con aparecerse en cualquier momento —bromeó, recordando cómo su amigo había insistido en que no podía perder la oportunidad de disfrutar de la tranquilidad del campo.

Brenna rió suavemente, imaginándose a Leif, siempre tan sarcástico y observador, haciendo su entrada en Bourton Manor.

—Leif podría darle vida al lugar —dijo ella, con una sonrisa auténtica—, aunque también me lo imagino buscando excusas para evitarnos en cuanto sospeche que estamos «ocupados» con asuntos más... personales.

—Estoy seguro de que encontrará la manera de molestarnos —contestó Wolf, con un brillo travieso en los ojos—. Pero también ha prometido traernos vino de su colección personal como ofrenda de paz.

—¿Deberíamos aceptar la paz bajo esas condiciones? —preguntó ella divertida, entrelazando sus dedos con los de él.

Wolf sonrió, apretando su mano con suavidad.

—Supongo que una copa o dos no nos harán daño —respondió, y luego añadió con un tono más serio—. Aunque Leif y algunos otros podrían venir, te aseguro que tendremos tiempo para nosotros. No pienso dejar que las visitas interfieran en nuestros momentos juntos.

Wolf la ayudó a subir al carruaje. Él lo hizo poco después, pero no se sentó frente a ella, sino a su lado. Necesitaba el contacto de su cuerpo. Brenna lo miró con ternura, percibiendo la

sinceridad en sus palabras.

—Eso me basta —susurró Brenna, inclinándose para besarle suavemente en los labios.

Pero, en ese instante, un pensamiento cruzó la mente de Wolf, haciéndole fruncir levemente el ceño.

—Cassian —murmuró, separándose de Brenna.

—¿Qué pasa con Cassian? —preguntó ella, notando el cambio en su expresión.

Wolf suspiró, soltó su mano suavemente y miró brevemente por la ventana del carruaje. La luz del atardecer iluminaba el paisaje, pero su mente estaba en otro lugar, en los lejanos confines de Irlanda, donde su amigo se encontraba buscando respuestas.

—Hace meses que no tenemos noticias de él —respondió Wolf, mirando hacia el horizonte—. Cassian se fue en busca de la gitana que nos maldijo en aquella iglesia.

Brenna lo observó con preocupación.

—¿Una maldición en una iglesia? —preguntó muy interesada.

Brenna se estremeció ligeramente. Las historias sobre maldiciones le resultaban lejanas, pero el hecho de que sucedieran en un lugar sagrado, en una iglesia, hacía que todo pareciera mucho más peligroso. Siempre había oído rumores y cuentos sobre las maldiciones gitanas y sobre su poder para alterar el destino de una persona. Brenna sintió un nudo en el estómago. El solo pensamiento de ser maldecida le parecía aterrador. Que el destino se torciera por una fuerza externa y no se pudiera hacer nada para cambiarlo... Eso le parecía más peligroso que cualquier arma.

—No sé si realmente creo en las maldiciones —admitió, intentando mantener la razón—. Pero si alguien realmente cree que está maldito, eso puede afectar profundamente a su vida. Es como si su propia mente trabajara en su contra.

Wolf asintió, consciente de cuán profundamente aquello los había afectado a los tres.

—Exacto. Es por eso que Cassian busca a esa gitana. Cree que si la encuentra, podrá poner fin a todo esto.

Brenna permaneció en silencio por un momento. Su mente imaginaba los peligros de una maldición. Sabía que las creencias podían moldear la realidad y que, para alguien como Cassian, lo que había empezado como una sospecha podía haberse convertido en una prisión psicológica de la que no sabía escapar.

—¿Por qué lanzó la gitana la maldición? —Realmente estaba interesada en el asunto.

Wolf se resistía a contarle la broma que le gastaron sus amigos antes de su primer matrimonio, pero su rostro le indicó que no podría evadirse de contárselo.

—Te contaré esa anécdota durante el viaje. Presumo que no te aburrirás de escucharla.

Wolf seguía intranquilo.

—¿Crees que está bien tu amigo Cassian? Irlanda es un lugar tan... remoto. Y esa gente... —dudó—. Los gitanos tienen sus propias reglas.

Wolf asintió lentamente.

—Cassian es tenaz, pero esa búsqueda lo está llevando cada vez más lejos. Me preocupa lo que pueda encontrar. O lo que pueda pasarle.

Brenna sintió un escalofrío.

—¿Crees que deberíamos hacer algo? —preguntó, moviéndose hacia él y rozando suavemente su brazo.

Wolf se volvió hacia ella con mirada oscurecida por la preocupación.

—Si en los próximos días no recibimos noticias tuyas, quizás deba enviar a alguien tras él. No puedo permitir que uno de mis mejores amigos se pierda en una búsqueda que podría

consumirlo.

Brenna asintió, confiando en su juicio. Aunque el mundo de los gitanos y sus antiguas tradiciones les parecían misteriosos, no podían ignorar el riesgo que corría Cassian al adentrarse en sus tierras en busca de la mujer que lo había maldecido, rectificó, los había maldecido a los tres, y se preguntó el motivo.

—Esperemos que Cassian vuelva pronto —dijo Brenna, y su tono suave reflejaba su preocupación, aunque su mirada transmitía esperanza.

Wolf asintió, apartando esos pensamientos por un momento.

—Por ahora, concentrémonos en nuestra nueva vida —dijo con una sonrisa tranquilizadora, aunque en su mente, Cassian y su peligrosa travesía no dejaban de rondar.

El carruaje se puso en marcha y una brisa suave y fresca les acarició el rostro, pues las ventanas estaban abiertas. El aire de la ciudad, cargado de movimiento y energía, contrastaba con lo que imaginaba de Bourton Manor: la calma del campo, el canto de los pájaros y la quietud de los prados verdes que lo rodeaban. Allí, en ese refugio, podrían alejarse de todo, de las expectativas y de las intrigas de la corte, y encontrar un nuevo ritmo de vida.

—¿Qué es lo primero que harás cuando lleguemos? —preguntó Wolf, mirándola con curiosidad.

Brenna sonrió, ya había pensado en ello.

—Quiero caminar por los amplios jardines, respirar el aire limpio y disfrutar de la tranquilidad —respondió, acomodando el vuelo de su vestido en el asiento—. Y luego... —Hizo una pausa, observando el leve arco de sus labios—: tal vez convencerte de que no todo debe ser trabajo y obligaciones.

Wolf soltó una suave y profunda carcajada que hizo vibrar el aire entre ambos. Se inclinó hacia ella, y sus ojos brillaron con picardía.

—Me parece un plan excelente —dijo, rozando su mejilla con un beso mientras sentían el movimiento del carruaje.

A medida que las calles de Londres se alejaban y el paisaje urbano se transformaba en campos abiertos, Brenna sintió una paz que no había experimentado en mucho tiempo. Junto a Wolf, con la vida palaciega detrás de ellos, todo parecía posible. Por primera vez en años, no se sentía atrapada por las expectativas, sino completamente libre para elegir su destino.